

Resurgir

CRÓNICAS DE ONTEIRA 2



ANDREA MENÉNDEZ

CRÓNICAS DE ONTEIRA II - RESURGIR

Crónicas de Onteira II **RESURGIR**

Andrea Menéndez

En esta guerra, ellos son los peones.
El ganador lo consigue todo.
El perdedor se queda sin nada.

¿Listo para luchar?

Crónicas de Onteira II: Resurgir.

Primera edición: octubre 2019.

Portada diseñada por Andrea Menéndez.
Créditos de imágenes para manipulación:
faestock (DeviantArt – *Girl's image*).

Todos los derechos de autoría son
propiedad de Andrea Menéndez.
Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo
puede ser realizada con la autorización
de su titular, salvo excepción prevista

por la ley. Diríjase a
andreamenendezwriter@gmail.com
bajo cualquier duda.
Esta obra está protegida legalmente,
guardada en SafeCreative® bajo la
cifra: 1910172260883.

Sobre la autora

Andrea Menéndez nació en Gijón, España, hace 17 años. Lleva cuatro de esos últimos escribiendo. Empezó en *Wattpad*, la plataforma web para compartir historias, siendo una escritora poco escuchada. Después de ser animada por lectores y amigos, su primera historia ha sido terminada y auto publicada. Ahora, con la meta de seguir creciendo como autora, comparte con el público *Resurgir*, el segundo tomo de su saga de fantasía épica.

Sobre la saga

“*Crónicas de Onteira*” es la trilogía fantástica compuesta por *Retornar*, *Resurgir* y *Alzar*. Gracias por comprar el segundo volumen de la saga.
¡Gracias por viajar por Onteira conmigo!

*A mi madre,
porque pedazos de este libro se
escribieron a diez mil metros de altura.
A mis abuelos Gonzalo y Mari,
gracias por todo lo que habéis hecho por mí.*

—Más allá del Bosque empieza el Ancho Mundo —dijo la rata—. Y eso es algo que no importa, ni a ti ni a mí. Yo nunca he estado allí, y jamás voy a ir, ni tú tampoco, si tienes una pizca de juicio.

Kenneth Grahame, *El viento en los sauces*.

La Era de las

Lunas

La segunda profecía

Prefacio

Guerras que separaban el mundo

Onteira, el pequeño planeta que constituye el hogar de diversas especies consideradas mágicas y mitológicas en la Tierra, se ve dividido por la segunda guerra civil que asola a su pueblo.

Las poblaciones, totalmente diezmadas, han conseguido un descanso gracias al armisticio firmado por los dos bandos. Sin embargo, la tregua llegará a su fin muy pronto, y los dos elegidos por las profecías deberán decidir el destino de miles y millones de seres.

Emma está a punto de someterse a un viaje que determinará si vive o muere.

Jack se prepara para guiar a su pueblo hacia la batalla y para adquirir su posición como rey.

Su mundo se encuentra entre las garras de Cáeim, el Nigromante Sin Corazón, y la desesperación baña las almas del pueblo.

Los menas habitan la Tierra desde hace miles de años, y ahora ya no pueden protegerla.

Si esta historia ha llegado a tus manos, entonces es que eres uno o una de ellos.

Capítulo 1

Juego de reyes

Si se detenía ahora, nada tendría sentido. Emma intentaba no desmayarse sobre la yegua, que caminaba sin detenerse o protestar. La lluvia le escurría por la crin hacia abajo, y la chica y su ropa también estaban empapadas. Llevaba una túnica vieja, de un color burdeos, y un abrigo lleno de bolas encima. Dicho artículo de vestimenta no era lo suficientemente grueso como para resguardarla del frío y de la humedad de las tormentas del bosque de Elium, pero después de viajar días y días, estaba acostumbrada a aparentar ser una mujer de mediana edad en busca de un lugar tranquilo y apartado donde vivir antes de que la guerra se desatase de nuevo.

Una mujer sola, aparentemente indefensa, y con tan pocas provisiones no se atrevería a cruzar el bosque a menos de un mes y medio antes del fin del armisticio, pero Emma no era una mujer cualquiera. Era la Portadora, la nueva recluta de lo que algunos llamaban la Resistencia a Cáleim, y su misión era muy clara. Cruzar el bosque era la forma más rápida de llegar a las catacumbas de Idek, y sólo le quedaba una semana y dos días para ello si quería tener algo de plazo para preparar el hechizo. Había podido subirse en un barco que descendía por el río Mantra, y eso le había ahorrado unos tres días de viaje. Aquello le había salido casi gratis tras acceder a lavar los platos durante el trayecto, que había durado veinticuatro horas terrestres. Emma trabajó cinco horas, durmió en la bodega, y sólo tuvo que ar una moneda de oro como billete.

Sin embargo, no había conseguido encontrar un pueblo donde dormir durante las dos noches siguientes al viaje en barco, y tanto ella como Victoria, la yegua zaina, habían tenido poco descanso. Normalmente, el arco que llevaba a la espalda no le pesaba nada, pero esta vez la parte de atrás del cuerpo le dolía por llevarla encorvada, y la única arma visible que llevaba parecía un estorbo.

Emma ansiaba llegar a la capital del bosque, que le daría una cama y una comunicación con Jack. La chica ya se había hecho a la idea de que quizás no le volvería a ver. Había asimilado que era posible que muriera hoy, o mañana, o en dos semanas. Que si la Orden de Fälet la encontraba nada bueno le pasaría. Que probablemente no iba a poder salvar a sus padres y que probablemente llevaban semanas muertos.

Emma se había hecho a la idea de que la vida que conocía se había esfumado y que la muerte le pisaba los talones.



El traje blanco le quedaba como un guante, pero llevarlo puesto no se sentía correcto. Sabía que los retoques dorados le quedarían que ni pintados una vez que llevase la corona puesta, pero eso no le arreglaba la mueca que le adornaba la cara. Dos mujeres trabajan en su aspecto de cuello para arriba. La primera le arreglaba el pelo mientras que la segunda intentaba tapar las ojeras que tenía bajo los ojos azules con maquillaje.

A partir de ese día sería oficialmente el rey de Walleyz, pero eso le daba náuseas más que anhelo. Por su mente también pasaban todos los desplazamientos de las tropas que ocurrirían en más o menos una semana, y todas las vidas que se perderían en el plazo de apenas un mes y unos días.

Jack se preguntó qué habría sentido su padre cuando había estado en su lugar años atrás. Él había sido educado desde niño para ser un rey bueno, valiente y justo para su pueblo, y probablemente no había sentido tanta ansiedad como Jack embotellaba en su corazón en ese momento.

Podía ver a Trevas desde su asiento. El tigre se echaba una siesta en la esquina de la habitación. La especialidad de su tripulante era, como se podía observar, esa: como representante de lo que Jack no era, se encontraba tranquilo, esperando el momento con calma absoluta.

El chico respiró hondo, tratando de poner sus pensamientos en un orden lógico. El reino de Elium había enviado mil elfos, Batrëum había sumado a la cifra quinientos ogros y dos mil soldados (enanos y menas entre ellos). Jack y su comité aún esperaban mil hombres más (magos y guerreros humanos) de diferentes partes del planeta que se unirían a ellos en la capital de Walleyz.

“Pronto nos conoceremos, hijo del Dorado”. Aquella voz femenina le sacó de su concentración, pero Jack no respondió, ya acostumbrado a ignorarla. *“¿No estás emocionado?”*

—Creo que deberías afeitarte.

Jack sonrió con sorna, moviendo la cabeza para mirar a Lyuke mientras las doncellas se apartaban.

—Creo que debería dejarme la barba —respondió Jack, acariciándola—. Me hace parecerme a mi padre, ¿no lo crees?

Lyuke puso una mueca y después soltó una risotada. El condenado rey tenía razón.

—Un poco, hermano, un poco.

Jack se levantó y se miró al espejo de cuerpo completo. Observó el reflejo de su amigo rubio detrás de él y suspiró.

—A Emma le hubieses encantado —dijo Hëlen desde el umbral.

Jack se esforzó por sonreírle.

—Vamos, vamos —suspiró—, no hables de ella como si estuviera muerta.

La chica no respondió, se limitó a bajar la cabeza y morderse los labios, incómoda. Lyuke miró a su alrededor, mientras las sirvientas recogían, y cambió rápidamente de tema.

—Recomiendo hacer una reunión inmediata después de tu coronación, aún se deben de discutir las organizaciones de los elfos y...

—Estoy pensando en hacer un cambio —interrumpió el príncipe.

Lyuke frunció el ceño.

—¿Un cambio sobre qué? —preguntó con voz grave.

—Quiero que seas mi nuevo consejero al mando del ejército, Trúlius se está quedando anticuado y no me fío de él.

Hëlen soltó un chillido de emoción y abrazó a Lyuke por la espalda. Se habían vuelto más cercanos desde que Emma se había ido: ella había dejado de tener una amiga con la que hablar y Jack había estado demasiado ocupado con sus cosas reales como para charlar con el rubio.

—¡Eso es genial, Lyuke! ¡Felicidades!

El chico no compartía su entusiasmo. ¿Se estaba volviendo Jack paranoico? ¿Ya se le subía el poder a la cabeza? Estaba destituyendo a uno de los mejores generales menas de la historia, uno de los mejores amigos del rey Dorado, para ponerle a él en el puesto, el hijo de un granjero.

Sin embargo, todas las miradas estaban puestas en él, así que sonrió y dijo solemnemente:

—Eso es un verdadero honor, mi rey.

Observó cómo a Jack se le inflaba el pecho y se acicalaba en el espejo mientras se le borraba la sonrisa.

Lyuke le conocía bien, y podía ver en sus ojos el sufrimiento y la tristeza que no dejaba mostrar físicamente en el exterior. Lyuke negó imperceptiblemente con la cabeza, temiéndose lo peor: la caída de un rey que aún no llevaba la corona puesta.



Los oídos de Jack pitaban mientras la confianza que solía aparentar se desvanecía. No conocía a algunos de los que asistían a la coronación, pero ¿quién conocía a cientos, a miles de personas? ¿Quién sería capaz de ver caras

familiares en cada uno de los palcos? No él.

Ahora se situaba delante de todos los nobles del reino, de todos los magos y generales del ejército. Muchos se habían desplazado para presenciar cómo él se convertía en su nuevo rey. O por lo menos todos los que habían sobrevivido a la Gran Guerra lo habían hecho.

A Jack le estorbaba la capa azul marino y de tacto de terciopelo, y el trono le intimidaba. La bandera de su reino se alzaba a su lado, el león blanco brillando como un diamante en una noche interminable sobre el azul cielo del fondo. La voz del Mago de las Cuatro Lunas hizo que sus oídos se centrasen en un sonido concreto.

Respiró hondo, sintiendo el suelo de la tarima del Gran Salón bajo sus pies y todas las miradas clavadas en él como cuchillos. Fiántir leía el libro que se encontraba sobre un pilar, dándole la espalda a todo el mundo para que Jack pudiese enfrentarse directamente a todos. Después de un largo discurso y promesas a los dioses, llegó el momento de la verdad.

—¿Juras proteger Walleyz, pase lo que pase, y no cometer traición?

—Lo juro.

—¿Juras ser un rey justo, y reinar sólo por tu gente y sus derechos e intereses?

Jack sentía los latidos de su corazón en sus oídos.

—Lo juro.

—¿Juras pelear por el reino perdido para que se alce de nuevo, bajo tu reinado o el de tus hijos?

“Respira.”

—Lo juro.

—¿Juras luchar por Onteira, protegerla y amarla como tus súbditos lo hacen?

—Sí, lo juro.

—En ese caso, yo te nombro Jack Séregon el Primero, rey de Walleyz.

Jack tomó asiento en el trono que estaba detrás de él, palpando el asiento de madera de roble que intentaba recrear el que se había perdido en Walleyz cuando su padre había muerto hacía aproximadamente una década. Fiántir alzó la corona que se encontraba a su lado, de oro, simple pero contundente, hecha para un rey fuerte y con un destino en mente.

La gente aplaudía y gritaba, pero Jack no podía oír nada. Sintió el peso de la corona en su cabeza, aumentando la presión que sentía, y se levantó firmemente, saludó a las masas, mientras intentaba calmar su respiración.

Ya no había marcha atrás. Su guerra había comenzado. Su destino se había hecho realidad, y no había ni dios ni mago que ahora pudiese salvarle.



Lyuke y Hëlen caminaban por los angostos pasillos, sin destino alguno, en silencio. Ambos parecían disfrutar de la calma que les rodeaba y, aun así, Lyuke no parecía poder respirar tranquilo. Hëlen sabía muy bien lo que le pasaba, mas no sabía si el chico quería mencionar el tema. Ella tampoco debería hablar a las espaldas de su rey, pero era cierto que se preocupaba por Jack, ya que, después de todo (incluso si no concordaban la mayoría del tiempo) él era su amigo.

—La coronación fue bastante bonita.

Ahí estaba, lo había dicho.

Él la miró de vuelta y asintió sin decir nada. Después de un rato abrió la boca con un tono seco.

—Jack parecía bastante nervioso —concluyó el chico.

—Quieres decir —dijo ella, intentando hacer un chiste para que su amigo se alegrase—, “Jack Séregon el Primero, rey de Walleyz”.

Después de decir la frase con tono grave ella rio poniéndose la mano sobre la boca, pero Lyuke seguía mirando serio hace delante, mientras sus pies se movían, monótonos, sobre el suelo de mármol.

—No quiero que el poder se le suba a la cabeza. O que se vuelva loco porque Emma no está aquí.

—O porque no puede igualar a su padre. O porque ganar a un nigromante parece bastante compli-...

Hëlen se calló a sí misma, frunciendo el ceño. Ya sabía que tenía una boca grande, pero ¿cómo podía decir esas cosas cuando Lyuke estaba tan seco? Debería de aprender a callarse la boca de vez en cuando, pero después de todo, seguía siendo una niña.

Que sus padres hubieran muerto en un incendio y que como huérfana hubiese sido criada entre las paredes del castillo de la Bahía de la Piedra Negra no cambiaba nada.

Le miró de reojo, pero él no la miraba a ella. No parecía estar enfadado, sólo perdido en sus pensamientos, serio. El pelo rubio lo llevaba despeinado y tenía ojeras bajo los ojos, pero se había afeitado inmaculadamente esa mañana. Hëlen soltó un suspiro.

—Jack estará bien, Lyuke —ladeó ella la cabeza, mirándolo directamente—. Sobre todo, si tú estás a su lado para apoyarlo.

Él la miró también, con sus ojos azules como un glaciar bajo el sol, y le dio una sonrisa con la que no parecía estar cómodo. Con todo estiró los anchos y cuadrados hombros e intentó erguirse en su alta altura.

Parecía querer aparentar ser fuerte, pero ella sabía que no lo era. Y no podía culparle. Ambos sabían que morirían pronto.

Hëlen esperaba morir pronto. Se volvería loca si pudiese ver al fantasma de su amigo en sueños.

—Gracias, Hëlen.

Capítulo 2

La calma antes de la tormenta

Emma no podía más. No sentía el cuerpo de cintura para abajo, tenía las manos con aspecto morado y los dientes le castañeaban sin parar. Estaba segura de que poco le faltaba para entrar en estado de hipotermia. Tampoco hacía tanto frío, pero su ropa húmeda y el hecho de que la temperatura bajara de golpe en el bosque de Elium cuando la noche caía y las lunas salían, no le eran condiciones favorables. Su yegua caminaba a duras penas y los ojos de Emma se cerraban. Le estaba perdiendo la batalla a la naturaleza.

Entonces los árboles comenzaron a hacerse menos numerosos y se abrió ante ella un claro. Una única cabaña en el medio del bosque apareció entre la maleza, y Emma subió la cabeza como un resorte rezando que no fuese un espejismo.

Bajó de la yegua en el umbral, y sus pies doloridos tocaron la madera del suelo de la entrada a través de los zapatos. Sollozó con alivio y tiró de las riendas de Victoria. La puerta de la cabaña chirrió cuando Emma la abrió. Aquella vivienda llevaba abandonada meses o años. Le quitó todas las bolsas y desensilló al caballo una vez dentro, que gracias a que no era muy alto había podido pasar por la puerta y cruzar el pasillo, y después se quitó su propia ropa mojada, desnudándose y tiritando. Encontró una pequeña chimenea de gas que debía de utilizarse para cocinar, y juntó las manos con felicidad cuando vio que aún funcionaba. Sacó la única manta seca que le quedaba de entre sus pertenencias y se envolvió en ella, muy cerca del fuego. Vio como Victoria se echaba detrás de ella, probablemente también agradeciendo el calor, y Emma se tumbó contra su lomo. Sus ojos se cerraron mientras le parecía ver unos

ojos azules muy familiares brillar entre las llamas.



Tiempos difíciles se acercaban, y Lyuke lo sabía. Observaba la única fotografía que tenía de su padre, un simple granjero enviado a la guerra, descolorida por el tiempo y arrugada por lágrimas. El hombre rubio le sonreía desde el papel, con el campo de su propiedad detrás.

Se metió la foto en el bolsillo de los pantalones, como siempre, y entró a la última reunión que el consejo del rey tendría entre aquellas muradas antes de partir al frente de la batalla. Apretó los labios cuando vio a Hëlen sentada allí con Jack. El nuevo rey había decidido hacerla a ella directora de toda la organización de las compañías de apoyo médico. A Lyuke no le gustaba la idea de poner a Hëlen en una de las primeras líneas de defensa, como ya le había dicho a ella muchas veces, por mucho que su poder curativo hubiese evolucionado en los últimos años y su magia fuese muy poderosa.

Se sentó y arrugó la nariz. Eran sólo tres personas. Jack había destituido a todo el consejo original formado por su padre en la anterior guerra.

—Bien, ahora que estamos todos, podemos comenzar —Lyuke intentó no reírse amargamente—. Esto será corto: —Ni Hëlen ni él dijeron nada, y Jack continuó— dos generales más se unirán a nosotros una vez en el frente. Áminor es un elfo mena enviado por el reino de Elium para comandar a sus tropas, y Meagha es una humana con cualidades mágicas y de hechicería enviada desde Batrëum.

Lyuke le interrumpió subiendo las cejas.

—¿Una humana? ¿Desde Bätreum?

No era nada nuevo saber que al rey enano no le caían muy bien los humanos, así que a Lyuke le sorprendía ver que era una humana la elegida para esa tarea.

—¿Prefieres trabajar con un ogro? —escupió el rey con dureza.

Lyuke soltó un bufido y se cruzó de brazos.

—¿Entonces cuándo partimos? —preguntó Hëlen, cambiando de tema y rompiendo la tensión entre los dos hombres de la sala.

Jack la miró subiendo la cabeza y estirando la espalda.

—Mañana al alba: preparad a las tropas.



La luz del sol despertó a Emma. Aquellas seis horas de sueño eran lo más que había conseguido dormir en días. Su cuerpo volvía a almacenar calor y estaba mucho más descansado. Las ropas que había dejado en la silla de

aquella habitación estaban secas. Se vistió y ensilló al caballo, que había agradecido el descanso en una estancia seca y lejos del frío. La cocina se había aado en algún punto en la noche. Suerte que el gas mágico de Onteria no era tóxico, porque Emma se había dormido con él encendido.

Se aproximó a la ventana más cercana y observó el amanecer desde allí. Las nubes tapaban el primer sol mientras que el segundo rozaba el horizonte. Un escalofrío le bajó por la columna mientras tragaba saliva: aquello era la calma antes de la tormenta, y Emma podía sentirlo.



Miró el mapa con decisión y comprendió que estaba cerca. Cerca de la capital del Bosque de Elium, donde había aliados y una comunicación con Jack. Y si sus cálculos no la fallaban, estaba sólo a cinco horas de distancia.

Así que cabalgó, con esperanzas y emoción renovadas, hacia el sur. Victoria estaba también más rebotante de energía: había podido descansar sus patas, dormir, comer algo de hierba y beber en un arroyo.

Emma iba al trote, entre los árboles, intentando no pensar en nada que no fuese su destino, hasta que vio una sombra moverse entre la maleza del bosque. De un ágil y ensayado movimiento, agarró el arco y sacó una flecha del carcaj. Usando las piernas, apretó el lomo de la yegua y ésta descendió la velocidad hasta el paso. Emma buscó entre los arbustos y apuntó con semblante concentrado. Volvió a ver a la sombra, pero no disparó.

«¿Desde cuándo me apuntas con ese arco?»

Emma resopló y devolvió el arma a su espalda.

«Casi malgasto una flecha en ti.»

Emma miró a la loba con cara de reproche y el animal pareció reír.

«Vamos, ambas sabemos que la hubiese esquivado.»

Emma se mordió el labio y habló en voz alta, casi para sí.

—Yo nunca fallo.

Akilah se acercó a Emma y Victoria se removi6, inc6moda por la cercanía de la loba. Emma le indic6 a Victoria que fuese m6s r6pido, mientras Akilah trotaba a su lado.

«Bueno, y ¿cuál es el plan ahora mismo?»

Emma miró a los dos Soles, llevaba una hora de camino ya hecha.

—En cuatro horas estaremos en la capital. La reina Einea me espera. Allí Victoria y yo podremos descansar antes de continuar con el viaje.

Aunque pensar la respuesta bastaba para que su tripulante la recibiese, hablar en voz alta hacía que Emma se sintiera menos sola, como si estuviera

hablando con otro ser humano. La voz de Akilah resonó en su mente.

«Y obtendrás una comunicación con el rey de Walleyz.»

Emma frunció el ceño y bajó la cabeza para mirar a la loba con gesto herido.

—Querrás decir, con Jack.

«La coronación fue ayer.»

—¿Se ha adelantado? —escupió ella frunciendo el ceño. Como la loba no respondió, supuso que la respuesta era un sí—. Eso no quita que Jack sea su nombre.

Los ojos del animal se clavaron en los de Emma como dagas. A la luz de la mañana, relucían como oro.

«Ahora es tu rey,» dijo sin piedad Akilah *«y deberías de comenzar a comportarte como lo que eres: su súbdita. Tienes una misión importante, y los sentimientos, a estas alturas, son sólo distracciones.»*

Las palabras le llegaron a Emma como una buena bofetada en la cara. Miró al frente, dándose cuenta de que Akilah tenía razón en todo excepto en una cosa.

—Yo nunca seré una simple súbdita. —Miró a la loba, y los ojos de la morena relucían con orgullo y tenacidad—. Yo soy la Portadora.

Akilah desvió la mirada y comenzó a caminar hacia los árboles, dejando a Emma y a Victoria de nuevo solas. La yegua pareció relajarse.

«Eso es cierto, pero no te convierte en su reina.»

Emma apretó los dientes y las riendas.

—No. No lo hace. —La loba desapareció entre los arbustos, pero Emma siguió hablando—. Yo no nací para ser la reina de nadie.



Jack estaba muy estresado, y no se necesitaba ser un elfo con cientos de años de sabiduría para ver aquello. El noventa por ciento de los menas a la disposición del rey trabajaban moviendo las tropas hacia Walleyz con conjuros de teletransportación. Miles de bloqueadores de señales trabajaban sin cesar en los alrededores, porque transportar tantísimas personas a la vez emitía grandes señales de movimiento que tirarían los planes de La Resistencia por la borda.

Nada podía salir mal, nada ni nadie podía fallar. Jack se paseaba por el exterior del pasillo, entre todos aquellos hombres y mujeres, con paso frenético. Le dolía la cabeza y tenía la respiración algo acelerada, fruto de la presión que sentía.

Podía ver a Hëlen y a Lyuke dirigiendo a dos de las divisiones para que nada fuese mal, y otros generales dirigían a sus propios hombres. Los menas conjuraban sin cesar.

Después de cuatro horas desde el amanecer, todas las tropas habían sido enviadas a Walleyz. Sólo quedaban Hëlen, Lyuke y el rey Jack en el exterior del castillo de la Bahía de la Piedra Negra, tal y como él había pedido. Jack miró al castillo, donde algunos menas, entre ellos Fiántir, habían observado el traslado de tropas sin intervenir. Sólo cien magos se quedarían en el castillo, siendo la última (y la más débil), defensa en el norte.

Los tres se miraron y Hëlen comenzó con un último conjuro de transporte. Jack comenzó a ser engullido por la clásica sensación de la magia, sintiendo un nudo en el estómago y la energía recorriendo sus venas. Tragó saliva mientras una luz blanca le cegaba. La guerra estaba más cerca que nunca.



Emma empezaba a acostumbrarse a aquello de viajar. Durante horas, había pensado en historias de la infancia o en chistes malos que su padre le había contado cuando era tan solo una niña, incluso había intentado contar todos los árboles de hoja élfica azul que se encontraba. Todo con tal de distraerse. No estaba preocupada por encontrarse a ningún enemigo por aquellos bosques, ya que La Orden de Fälet no se atrevería a acercarse tanto a la capital de Elium, sobre todo ahora que la reina había lanzado un comunicado oficial que clasificaba a su pueblo como aliado del rey Séregon con cara a la nueva guerra.

Victoria estaba cansada, la chica lo podía notar en sus lentos y monótonos pasos, pero Emma sabía que las dos estaban casi ya en la ciudad. No podía decirlo con certeza, ya que la entrada llevaba oculta por un hechizo desde hacía miles de años. La chica sólo podía esperar y rezarles a los seis dioses que sus cálculos fueran correctos.

Después de quince minutos, los dioses respondieron a sus plegarias.

La frondosidad del bosque descendió y un camino de piedras comenzó a aparecer bajo las patas de la yegua. Los cascos resonaron contra el suelo y el sonido le dio a la chica la nueva energía que necesitaba. Emma comenzó a poder ver el castillo en la distancia, la ciudad a los pies de este. Se bajó del caballo y avanzó, tirando de las riendas, hasta la reina élfica y sus guardias, que la esperaban bajo el arco de flores mágicas que señalaba la entrada a la ciudad.

Un sentimiento de alivio la recorrió entera. Sus hombros se relajaron y por

fin pudo sonreír.

La reina avanzó hacia ella y la abrazó con familiaridad. Seguía teniendo los mismos ojos jóvenes y violetas, la misma piel limpia y sin arrugas. Su sonrisa brillaba como perlas, como si la guerra no se acercara a su puerta en unas semanas.

—Querida, te hemos estado esperando —le dijo mientras revoloteaba sus alas.

—Mi reina, me alegra estar aquí —dijo con una reverencia tras el abrazo.

Uno de los guardias reales agarró las riendas de Victoria y se la llevó en dirección a las cuadras del castillo.

—Me imagino que querrás descansar. —Emma asintió—. ¿Algún inconveniente en la primera mitad del camino?

Comenzaron a caminar hacia la colina donde el castillo de mármol se alzaba, tal y como Emma lo recordaba. Negó con la cabeza y respondió.

—No. Opté por coger un barco aliado de mercancías por el río Mantra, y después entré directamente en el bosque. La parte más peligrosa del viaje comenzará mañana.

—Sabia decisión —opinó Einea—. Las tierras por las que el río corre son peligrosas después de que el rey del clan que allí había muriese en la primera guerra —le explicó—. Hasta que el orden de Onteira se restablezca, las tierras entre Sacleim y la Bahía de la Piedra Negra son territorio de bandidos que no respetan ley alguna. Me imagino que no le decidiste dar una visita al rey Gnomo, ¿verdad?

Aunque el reino de Baljëim “el Poderoso” era un aliado, Emma había decidido rodearlo.

—No, mi reina: no conozco al rey en persona, así que decidí ahorrar tiempo atravesando la costa norte del continente hasta el curso bajo del río.

—Comprendo —se iban acercando a las puertas del castillo—. Puedes asearte y bajar a cenar al comedor cuando desees. Supongo que después querrás usar la radio de señales.

—Sí, me gustaría hablar con Jack. —Sonrió—. Muchas gracias.

—Claro, claro... Querrás hablar con el rey para comunicarle tu posición.

Emma tragó saliva y recordó su conversación con Akilah. Miró al hada mientras las puertas de palacio se abrían para ellas. “*Yo no soy su reina. Soy la Portadora*”.

Asintió con la cabeza.

—Sí, quiero hablar con *el rey*.

Capítulo 3

Divide y vencerás

Emma había llegado a pensar que ya nunca se metería en una bañera como aquella. La espuma le rodeaba el cuerpo como una nube, y todos sus músculos adoloridos se relajaban bajo la temperatura caliente del agua.

Akilah apareció por detrás de la cortina, y Emma tuvo un deja-vú. La loba se tumbó al lado del tubo de la bañera y no dijo nada. Sólo se tendió allí, al lado de su compañera, en silencio.

La chica se dedicó a disfrutar de su amiga, y a relajarse por unos instantes antes de abandonar la calidez del agua. Se secó el cuerpo y el pelo castaño con la misma toalla y se vistió con unos pantalones negros y una sencilla camiseta blanca. Al parecer, el castillo había recordado sus preferencias a la hora de vestir.

Volvió al baño, donde Akilah seguía tumbada, y se observó en el espejo.

Tenía el aspecto de una joven de diecisiete años, pero el cansancio en sus ojos le ponía muchos veranos encima. Su pelo castaño le caía húmedo por los hombros y sus ojos marrones como el café pedían descanso.

Emma volvió a ir al dormitorio de sus aposentos y miró la cama, deseando echarse en ella y desmayarse hasta el amanecer del segundo Sol; pero sabía que no bajar a cenar con la reina sería una falta de respeto, así que salió de la habitación mientras Akilah dormitaba en el baño.

Un guardia estaba delante de su puerta, un elfo rubio con armadura azulada y estandarte con el dibujo de un árbol élfico y los dos Soles detrás de este, en colores vivos. El hombre no dijo nada, y Emma se dispuso a seguir su camino, bajando los gigantescos escalerones de marfil hacia el comedor.

Una vez allí, sólo la reina se encontraba en la cabecera de la mesa oscura, cenando. Emma entró, caminando entre los guardias con gesto serio.

La mesa de roble era estrecha, pero la joven castaña estimó que quizás su longitud podía llegar a los diez metros. Sobre la madera había un mantelillo de la longitud del mueble y de un tono azulado, con diversos floreros sobre este. Emma frunció el ceño al ver que algunas de las flores en ellos estaban mustias.

Colgando del techo, las lámparas de araña caían gráciles sobre sus cabezas, conjuntando con las cortinas azules que tapaban los grandes

ventanales por los que, a aquellas horas del día, sólo la luz de las cuatro Lunas traspasaba hacia la habitación.

En una de las paredes estaba colgada una pintura enorme de los Seis Dioses. En la parte de abajo, Irahlt se encontraba reproducido rodeado de oscuridad, en su infierno de Idek. Algo más arriba, espalda con espalda, Elahia y Jenit estaban rodeados de luz, de lunas y de soles, respectivamente. Acabando, en lo más alto del cuadro y representando una tríada, estaban dibujados Qüeriam y sus olas, Asleim y sus plantas y Bayten y sus dragones.

Emma volvió a mirar a la reina. Al lado de esta, había otro plato y cubiertos ya preparados. Se sentó al lado de Einea y esta le sonrió.

—Siento llegar tarde, mi reina.

Inclinó la cabeza.

—No te disculpes, querida. Es agradable cenar con alguien ahora que mi marido ya no está.

Emma conocía la historia. El marido de la reina Einea había apoyado al padre de Jack en la primera guerra, y muerto. A Emma le sorprendía que Eium aún apoyase la causa después de perder a su rey hacía una década.

La chica no supo qué decir, y simplemente se dedicó a tomarse la sopa de fideos que una sirvienta le sirvió instantes después de sentarse, en silencio.



Después de la cena, Emma había vuelto a su dormitorio. La reina y ella habían conversado sobre la decadencia del reino, cuyos habitantes o bien estaban entre las tropas del rey Séregon, o habían muerto de hambre por la escasez típica de la postguerra. Los que quedaban se lamentaban la pérdida de sus seres queridos y rogaban que la guerra acabase pronto.

Todos echaban de menos las relaciones diplomáticas y una economía basada en la convivencia entre reinos. El hada le confesó que le hubiese gustado que los fondos se destinasen al pueblo en vez de al conflicto bélico, pero, evidentemente, aquello no era posible.

La chica se había despojado de sus ropas y caído en la cama, muerta de cansancio. Su tripulante no estaba en ningún sitio, y Emma intentaba empujar sus pensamientos fuera de su mente para poder conciliar el tan deseoso sueño.

Su cuerpo se retorció, dolorido, entre las suaves sábanas. Su espalda gritaba agradecida por un colchón. Los ojos de la Portadora se fueron cerrando poco a poco, hasta que, en su mente, sólo quedaba oscuridad.



El primer amanecer despertó a Emma. La muchacha había descansado, y su cuerpo ya no sufría tanto como antes. Se vistió rápidamente con ropas que la hiciesen aparentar ser una mujer sin hogar, para facilitar su tapadera, y, tras reunir todas sus pertenencias, abandonó la habitación.

La reina la esperaba en el comedor, donde Emma desayunó rápidamente y reunió el valor que necesitaba para seguir al hada a aquella caseta en la que se encontraba el comunicador de señales.

Emma entró en la estancia que ya conocía, y los recuerdos se agolparon en su mente como toneladas de agua. Se forzó a echarlos a un lado, mientras se sentaba en la silla correspondiente. El duende que Emma había conocido en el pasado y que solía habitar la destartalada casa ya no estaba, aunque los muebles estaban iguales a como ella los había encontrado la última vez. Se preguntó si él había sido también una de las víctimas del hambre.

La chica sacudió la cabeza y tragó aire. Pulsó los botones y marcó la dirección a llamar tal y como le habían explicado que hiciese. Se puso el comunicador a la altura de la cara y esperó. Ella iba a hablar con su rey, a comunicarle sus avances. “*Los sentimientos, a estas alturas, son sólo distracciones*”. Se repitió las palabras de Akilah mentalmente mientras la voz de un hombre sonaba por el intercomunicador.

—Identifíquese.



Jack estaba cansado. Intentaba colocar sus tropas en el mapa, de forma que todo tuviese sentido para el plan. Se negaba a pedirle ayuda a Lyuke. No aún. Él era el rey, y él tendría que saber valerse solo en este tipo de situaciones.

Alguien llamó a la puerta de la sala de reuniones.

—Adelante.

Uno de sus generales pasó con un comunicador portátil en la mano, se lo tendió al rey con una reverencia.

—Mi rey, es para usted.

Jack cogió el aparato y el hombre salió de la sala. Apretó el botón y habló con la voz más clara posible.

—Al habla el rey Séregon, ¿con quién hablo?

—Mi rey, soy Emma Calmcacil, al habla desde la capital del Bosque de Elium.

Su corazón se le paró por un instante y después cabalgó en su pecho. No pudo evitar hablar con una sonrisa. Sentía cómo sus músculos se relajaban y cómo el dolor de cabeza debido a todo el estrés se le iba. Pudo ver claro por unos instantes.

—¡Emma! Qué alegría oír tu voz, te echo de menos —le confesó.

—Quería comunicarle que me dispongo a partir de Elium, con rumbo directo a las catacumbas. Esta será mi única comunicación hasta mi vuelta al bosque una vez que mi misión llegue a su fin.

Jack frunció el ceño y no respondió durante unos segundos. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué lo ignoraba? Un sentimiento de decepción lo bañó entero y su mirada se volvió tormentosa de nuevo, fruto de la locura y el remolino de sentimientos y pensamientos en su cabeza. ¿Acaso todo lo que se habían dicho cuando ella había partido no había importado? Jack se sentía traicionado y enfadado.

Carraspeó y habló con voz dura, como si nada le importase. Y, en parte, no lo hacía.

—Me alegra oír eso —dijo sin emoción—: que los Dioses estén a tu lado en tu misión y que los dos Soles iluminen tu viaje.

—Gracias, mi rey. Cambio y corto.

Y, tal y como la chica dijo, la comunicación se rompió. Jack dejó el aparato en la mesa y siguió trabajando en la posición de las tropas, como si nada hubiese pasado y como si todo su mundo no se hubiese muerto ante sus ojos en un instante.



A Lyuke le dolía mucho la cabeza, y sabía que, aunque podría tomarse toda la medicación que quisiera, no había sopa, ungüento o pastilla que curase sus males. No había remedio para el estrés que le consumía, el miedo que le despertaba por las noches, y los celos que sentía.

Los enviados por los aliados habían llegado con sus tropas, justo a tiempo para que el rey colocase a cada uno de sus hombres en el lugar que ocuparían en la batalla. Lyuke, por supuesto, debía de cumplir su deber como consejero del rey, y debía estar ahí para cualquier consulta, cada problema, y cada asunto que el rey en persona creyese oportuno de ser discutido con él. También debía de encargarse de coordinar a todos los generales y capitanes, y de entregarles personalmente cada noticia y orden de importancia que el rey

dictaba.

Muchos hombres hubieran matado por su puesto: muchos hubieran arriesgado ser tratados de traidores sólo para ser la mano derecha y el hombre de confianza del rey de Walleyz. Sin embargo, Lyuke no creía ser merecedor de tal puesto, y tampoco lo quería. No tenía los conocimientos necesarios para ejercer tal posición, y no quería arriesgarse a cometer error alguno que pudiese llevar su pueblo a la derrota o a su cabeza a la guillotina.

Pero, al fin y al cabo, les gobernaba a todos un crío.

Se paseó entre las tiendas situadas alrededor del castillo, donde todos los hombres del rey dormían, esperando la batalla que se acercaba. Áminor, el elfo enviado desde el bosque de Elium, hablaba con Hëlen mientras ella escribía algo en una libreta. El hombre no le inspiraba confianza a Lyuke. Su pelo rojo como el fuego le recordaba a la sangre, y sus ojos eran de un color indescifrable y demasiado intenso para su gusto. Era cierto que, aparte, tampoco le agradaba el hecho de que se tomara tantas confianzas con todo el mundo, y que hablase con todos en todo momento: ¿no tenía aquel hombre un trabajo que hacer?

Lyuke desde luego que lo tenía: sacudió la cabeza y se concentró en todos los quehaceres que tenía que terminar para el rey.



Emma había retomado su camino, e iba trotando a los lomos de Victoria con la cabeza perdida en las nubes. Aunque no se arrepentía de nada, no podía evitar pensar en la sonrisa que algún día Jack había portado. Una sonrisa ahora hecha de guerra que conjuntaban con unos ojos conformados de dolor. Podía imaginárselo a la perfección.

En el fondo, Emma sentía que ganar esa guerra era imposible. No creía que hubiese hombre, animal o magia que arreglase lo que se había desatado. Creía que ni siquiera mil barcos, mil hombres, mil flechas, mil espadas, mil caballos o mil conjuros serían suficientes para ganar a un Nigromante que atacaría desde las sombras.

En el fondo, ya no le importaba tanto. Cada día que pasaba en soledad, Emma moría un poco por dentro, y con eso, aceptaba la gran probabilidad de que sus padres estuvieran muertos y aceptaba el hecho de que ella también llegaría a morir con ellos.

Ya no sentía muchas cosas y, por tanto, la idea de descansar no le parecía tan absurda. ¿En qué se había convertido su vida? Ni siquiera ella lo sabía. En un chiste de mal gusto, quizás. O en una historia absurda. No podía decidirse.

Continuó por el bosque durante algunas horas más, hasta que terminó llegando a la periferia, y consigo, a una pequeña zona de altares.

Desmontó y se acercó a las piedras talladas, decoradas con ramas de zarza y flores, cada una de las seis representando con dibujos algo toscos a los correspondientes dioses.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención a Emma fue un pequeño cartel posado a los pies de un árbol, que advertía a cualquier viajero de lo que le pasaría si continuaba más adelante. La chica tragó saliva mientras volvía a montarse en su caballo y hacía que Victoria se moviese hacia delante. Dejó el cartel atrás como si no lo hubiese visto. Se leía:

“Peligro. Se está usted adentrando en territorio enemigo.”

Capítulo 4

Destinados a la tumba

—**N**uestros exploradores no han visto ningún movimiento del bando enemigo, mi señor.

—¿Y a qué demonios están esperando esos demonios para formar un ejército? —despotricó el rey—. Por ley, podríamos atacar en dos semanas.

—Quizás saben que no vamos a atacar primero...

Jack se giró hacia Lyuke con el ceño fruncido y este calló.

—No tenemos suficientes hombres, y...

Esta vez, fue Lyuke quien respondió.

—Con todo mi respeto, mi rey, es esto o nada: tenemos a todos los aliados posibles de nuestro lado.

—¡No a todos! —exclamó él con angustia—: las Torres de la cala del Sol, por ejemplo, no han respondido a nuestro cuervo, y se sabe que tienen una tropa marítima bien preparada...

—Jack, todo el mundo sabe que Las Torres permanecerán neutrales, ya lo hicieron durante la última guerra. No quieren saber nada de magia ni de batallas.

El chico se sentó en el trono con un suspiro. Todo el mundo había abandonado el salón para que el rey y su consejero pudieran hablar con calma. Lyuke podía ver en su amigo las arrugas de la angustia y las consecuencias del agobio: sólo había que mirar su rostro para darse cuenta de que el rey de Onteira estaba desesperado incluso antes de que su primera guerra comenzase.

—Lo sé, es sólo que tenemos tan poca información...

—Dales permiso a los exploradores para que entren en la Península de Fälet —razonó Lyuke—. Si el nigromante está movilizando a sus hombres y creando un ejército, lo hará dentro de la parte más segura del territorio que controla, y desde la frontera no hay mucho que nuestros hombres puedan hacer o ver...

—¡¿Estás loco?! —se escandalizó el rey—. ¡Estaré mandando a tres de nuestros mejores hombres a la tumba!

La paciencia de Lyuke llegó a su fin, se levantó de la silla en la que estaba sentado y comenzó a caminar hacia la salida mientras le gritaba a su amigo una última cosa.

—¡Esto es una guerra y la gente muere! ¡Y si no estás listo para hacer

sacrificios: entonces nos estás destinando a *todos* a la tumba!



Después de mucho tiempo, Emma comenzó a pasárselo bien sola. O quizás sólo estaba enloqueciendo. Fuese lo que fuese, ya no le interesaba. Se sentía emocionada de llegar al peligro, de quizás luchar y matar; incluso estaba ilusionada ante la probabilidad de ser descubierta. Sí, se estaba volviendo loca.

Continuó su camino despacio, atravesando diminutos poblados de vez en cuando, donde nadie le preguntaba quién era o adónde iba. A la chica le costaba creer que estuviera en territorio hostil, ya que allí, los aldeanos parecían más sanos y más felices que en el resto de Onteira.

Veía a niños correr de las manos de sus madres, a pequeños hombres ancianos de sonrisa amable en los mercados... y también veía a los guardias. Todos llevaban el escudo del Nigromante sin Corazón en el uniforme, una estrella de ocho puntas. Para los humanos, ese era el símbolo de la entrada al Cielo, pero para los menas era un signo de mal augurio: era la llamada al inframundo.

Emma apretó las riendas de Victoria bajo sus manos, descansando sus extremidades en el cuello de la yegua y haciéndola ir al paso entre la gente y el resto de los caballos que pasaban por el mercado del pueblo. La chica se cercioró de que su capucha estuviera correctamente colocada y desmontó a las puertas de la posada más apartada.

No era la más acogedora, pero era la que peor olía y la más vacía de todas, así que Emma entró. Se le acababa el tiempo, pero estaba ya muy cerca de las catacumbas y deseaba una última noche de sueño en una cama antes de morir.

Se quitó la capucha y se dirigió al mostrador atendido por una mujer humana, flaca, de pelo negro como el azabache y de vista amable, pero gesto ruin. La joven dejó dos monedas de oro sobre la mesa.

—Quiero una habitación individual —dijo simplemente y sin aguantar la mirada de la mujer.

—Claro, ¿puedo ver su identificación?

Emma apretó los dientes y sin decir nada soltó tres monedas más encima del mostrador, las cuales sonaron estrepitosamente al golpear la madera.

La mujer pareció pensárselo durante sólo un segundo. Acabó sonriéndole.

—Por esto puedo darle la mejor de nuestras habitaciones, señorita —la mujer recogió con rapidez las monedas y las metió en la caja.

—Mi yegua está afuera —añadió Emma.

—Yo misma la llevaré al establo: la alimentaremos y tendrá lecho seco.

Emma asintió y tomó la llave que la mujer le tendía. Susurró un corto “hablëisa” y subió las escaleras con rapidez. De la llave plateada colgaba una etiqueta con el número treinta y seis. Emma encontró dicha habitación en el tercer piso y cerró la puerta tras de sí con seguro. Se quitó la capa que le cubría el arco y el abrigo que llevaba debajo, se deshizo de las botas y lo dejó todo en la única silla de la estancia.

Tanto el suelo como las paredes estaban hechas de la misma madera y todo crujía bajo sus pasos, pero ella se lanzó en la cama estrecha y baja de igual forma. La habitación comenzaba a quedar oscura cuando Emma sintió el calor de Akilah a su lado, en la cama, y la oscuridad la absorbió por completo en un último sueño antes del cambio.



Cuando Emma se despertó a la mañana siguiente, se dio cuenta de que había dormido demasiado. La loba no estaba a su lado y la chica se calzó las botas rápidamente y se puso el abrigo y la capa mientras bajaba las escaleras y se aseguraba de tener escondido el carcaj. Devolvió la llave y la mujer le indicó dónde estaba el comedor. Después de tomar un pobre desayuno a todo correr, Emma se encontró que la muchacha había ensillado a Victoria. Emma montó en el caballo y le agradeció de nuevo.

—Buena suerte.

Se miraron un momento, como si una conversación silenciosa estuviera sucediendo, y Emma volvió a ponerse la capucha, asegurándose de que esta tapaba sus rasgos. Apretó los talones contra el vientre de la yegua y salieron del pueblo con rapidez. Una vez en las llanuras desérticas de la península, la chica forzó al caballo al galope.

Se agarraba bien a las riendas y dirigía a Victoria entre lo que pensaba que podrían ser atajos. Había perdido dos horas de luz. Aunque gracias a su estrategia con el barco se había ahorrado dos o tres días, no podía saber si todo lo que planeaba iría bien. Podría morir antes de llegar, por supuesto, pero peor sería llegar y después encontrarse con un imprevisto. Estaba demasiado cerca de su meta (de su primera meta, al menos) como para arriesgarse.

Algo aquella mañana había cambiado la forma en la que Emma se sentía. Quizás la mirada de la joven dueña de la posada le había dado esperanzas, o puede que, simplemente, cabalgar a dicha velocidad estuviera dotando a su cuerpo de una adrenalina que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Estaba, también, más cerca de encontrar a sus padres. Quizás no de encontrarlos vivos, pero sí de saber qué les había pasado exactamente. Una vez que descubriera eso, Emma podría descansar en paz, y entonces aquella esperanza que sentía en ese momento moriría, y no le importaría morir también ella misma. No podía rendirse antes de eso.

A no ser que sus padres hubieran sobrevivido. Pero aquel era un pensamiento tan remoto, tan fantástico, que en el fondo la chica sabía que era un disparate.

En un momento dado, la sombra de un dragón que sobrevolaba el cielo cayó sobre ella, y sorprendida, frenó a la yegua y desmontó. Jadeó un momento y tiró de las riendas hasta la copa de un árbol, uno de los pocos que había, y se sentó contra este. ¿Qué pensarían sus padres de ella si la vieran en aquel momento? Se frotó las sienes en un intento de frenar sus pensamientos, y después de un rato se levantó y comenzó de nuevo su travesía, esta vez mucho más centrada.

No tardó en llegar a un río, cuya agua se movía lentamente, y dejó que Victoria bebiera. Ella misma rellenó su cantimplora y miró a los dos Soles, intentando entender hacia dónde se debía de dirigir ahora. Aquel era el curso bajo del río, lo cual eran buenas noticias.

Se lavó la cara y esperó a que las ondas del agua desaparecieran para poder observar su reflejo. Se pasó la mano húmeda por la melena.

Sacó de su bota un cuchillo y agarró su larga y ondulada cabellera entera, todo el pelo a la vez, alrededor de su puño, y lo cortó de cuajo, a la altura del hombro, sin más miramientos.

Se mordió el labio con arrepentimiento unos segundos después, aún arrodillada frente al agua, e incluso se le aguaron los ojos al recordar cómo su madre tenía su misma cabellera castaña, cuidada durante años.

Había tenido demasiada suerte hasta entonces. Si eso la ayudaría a no ser descubierta, había sido un buen impulso.

Se puso de pie de sopetón, les hizo un gran nudo a los mechones, y escondió los restos de su pelo en el fondo de su mochila, sin saber bien cómo deshacerse de la prueba de que Emma Calmcacil estaba allí, viva.

La yegua la miró desde abajo, con la cabeza gacha, y Emma se acercó para volver a montarla.

—No me mires así —le dijo como si pudiera entenderla—, no sabemos si la Orden de Fälet tiene sabuesos.

Dio un salto y montó en el caballo, y sus botas levantaron polvo con el

impulso.

Una vez que uno se adentraba en la llanura de Fälet, se daba cuenta de que cada vez se asemejaba más a un desierto. Los árboles desaparecían poco a poco, los poblados eran cada vez más difíciles de encontrar, como si aquello fuese una región deshabitada, los ríos eran estrechos e incluso la hierba desaparecía para dar paso a una tierra marrón y empolvada. A Emma le daba la sensación de que el planeta estaba muriendo, empezando por allí.

Mientras continuaba su camino, recordaba los pasajes que había leído cuando, meses atrás, se había encerrado en la biblioteca de la casa de Jack. Fälet siempre había sido tierra de bandidos, de magos y menas sin ley, pero una tierra próspera para la ganadería y la agricultura. Muchos granjeros la habitaban, pero cada vez que daba un paso más hacia las catacumbas, la tierra parecía pudrirse. Emma se preguntó cómo todo podría haber cambiado tan rápido.

Caminó y trotó durante más horas, teniendo expreso cuidado en rodear lo más posible la Capital de la provincia, Cerghá, donde Cáeim tenía su palacio, su reino, su ejército, y probablemente, los cuerpos de sus padres.

Capítulo 5

La Cruz del Sur

Tras largos minutos y horas de viaje, Emma llegó a tierra de nadie. No supo bien distinguir el camino, pero un sexto sentido (El Poder, probablemente) la guiaba en todo momento.

Fue así cómo encontró el arco de Idek, alto y robusto en medio de la explanada. Se detuvo a tocarlo, ensimismada por su aspecto. Era suave, pulido, pero estaba hecho de algún tipo de piedra negra que desprendía un polvo fino de su mismo color cada vez que algo la tocaba. La chica se frotó las manos para limpiárselas, y observó los dos demonios que había a cada lado de la estructura. Probablemente, aquella construcción sería disuasoria para otros viajeros, pero Emma se sentía atraída y bienvenida por el arco. Lo cruzó, sin más, ignorando la estrella de ocho puntas que los demonios sujetaban justo arriba, en el centro de la curva.

Cabalgó durante algunos minutos más, todo recto, hasta que, frente a ella, aparecieron las Catacumbas de Idek. Victoria frenó asustada, y Emma tuvo que hacer uso de sus reflejos para no caer de la montura. Observó la entrada a la galería subterránea con nervios de anticipación.

Desmontó, cansada, y volvió a observar la antigua construcción de piedra en aparente forma de choza. Podía casi ver las escaleras que guiaban al supuesto infierno desde donde estaba. Se preguntó qué tipo de civilización anterior a los menas podría haber construido semejante leyenda.

Tomó aire y supo que el momento había llegado. El primer Sol estaba a punto de ponerse, así que se dio prisa. Trabajó rápido, desensilló al caballo y desprendió de su montura todos los enseres que había traído con ella desde la Bahía de la Piedra Negra.

Cuando hubo acabado, agarró la cabeza de yegua zaina con ambas manos y la forzó a mirarla. Recordaba haberse sentido intimidada la primera vez que tuvo que montarla, pero tras aquel viaje, tras lo que Emma había vivido en su compañía, consideraba a aquella yegua su amiga.

—Es hora de que nos despidamos, Victoria: tú no puedes venir conmigo ahí dentro. —Fijó sus ojos marrones en los negros del animal—. Sé que, aunque estás muy lejos de tu hogar, serás feliz aquí, en tierra de nadie, donde ninguno de los dos bandos se adentrará para pelear. Sé que encontrarás aquella zona de hierba y flores, que no está muy lejos de aquí... Espero que

recuerdes el arroyo que pasamos hace no mucho. —La chica comenzó a llorar, presa de su propio pánico—. Siento tener que abandonarte: gracias por traerme hasta aquí. Has sido una buena compañera de viaje.

Soltó la cabeza de la yegua, que pareció comprenderla. El animal golpeó suavemente su cabeza contra el hombro de la mena una última vez y se giró sin más, como si la vida durase cientos de años, y caminó despacio, muy despacio, en dirección al arco. Movía su cola de vez en cuando, sin preocupaciones, y Emma reprimió la necesidad de no seguirla de vuelta al norte del minúsculo planeta.

Miró a sus pies, aun llorando y viendo a través de las lágrimas las riendas, la manta, la silla y la brida de Victoria. Se reafirmó el arco y el carcaj a la espada y tomó consigo solamente una bolsa que llenó con las cosas más importantes para su propia supervivencia.

Dejó sus mechones de pelo entre las cosas sin utilidad.

Sin ganas de nada, casi rindiéndose, dejó allí mismo todo lo demás, como si no le importase que la encontraran. Parte de ella sabía que la Orden de Fälet no se adentraría en las Catacumbas, y como creía que no saldría viva de ellas, tampoco le importaba si un ejército la esperaba para matarla a la entrada.

Se giró y caminó hacia las escaleras sin detenerse o mirar atrás. La estrella de ocho puntas volvía a estar grabada en el umbral, pero Emma volvió a no fijarse en ella.

No había puerta o barrera que separase la bajada del exterior, y la chica no pudo evitar mirar a su alrededor antes de adentrarse.

—¿Akilah? —preguntó—. ¿Estás ahí?

Unas sombras se formaron en el aire a su derecha, y desde ellas, la tripulante se zambulló hacia la chica.

Emma intentó no sollozar cuando sus miradas se encontraron, pero por dentro se admitió a sí misma que estaba aterrorizada. Lo había logrado, había llegado hasta allí, pero nada parecía correcto.

Incluso si había evitado a conciencia todas las grandes poblaciones en tierra enemiga, le resultaba demasiado sospechoso e irreal que no hubiese sido descubierta.

La loba se acercó tranquila mientras la cabeza de Emma seguía dándole vueltas. ¿Sabía el enemigo que ella estaba allí, que iba a hacer aquello? ¿Era una trampa? ¿O estaban simplemente esperando a que las Catacumbas acabaran con ella y la profecía y les hicieran el trabajo sucio? No podría saberlo.

Sin embargo, la loba parecía bastante tranquila, y la miraba desde abajo, con calma, como si el momento hubiera llegado y Emma no se diese cuenta.

«*Has llegado hasta aquí, niña.*» Le dijo el animal despacio, con aquella voz maternal que la caracterizaba. «*Es hora de que te adentres en las Catacumbas de Idek y encuentres al Mago de los Dos Soles. Estoy segura de que te está esperando.*»

La mena se pasó las manos por el pelo corto e irregular y miró atrás. Victoria se había ido, ya no podía verla. Observó los Dos Soles durante un momento, por si acaso fuera la última vez que estaban ante ella. Se escondían poco a poco.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

«*Eres la Portadora, no hay nada que debería ponerte nerviosa. Has venido a salvar tu vida: si lo consigues, las probabilidades de ganar esta guerra se multiplicarán por cientos.*» Le explicó Akilah con voz sosegada antes de bajar el tono. «*Si no lo consigues, ambas sabemos que te reunirás con tus padres, ¿no es eso lo que deseas?*» La chica guardó silencio, ahora mirando hacia las escaleras descendientes que se fundían con la oscuridad. «*Querida Emma Calmcacil, Portadora y reina de nadie...*» se burló: «*Tu destino está en tus manos.*»



El rey había accedido a enviar a los tres exploradores a la Península de Fälet. Lyuke se había alegrado de que su amigo hubiese entrado en razón, pero no pudo evitar sentirse culpable cuando sólo uno de los tres enviados regresó. Se obligó a relajarse, a olvidarse de la responsabilidad y a superar la pérdida: aquello era una guerra y la gente moría.

Jack no se lo tomó tan bien, pero el rubio sabía que el rey cambiaría de mentalidad una vez viera que sus soldados morían en el frente de batalla de forma inevitable. Simplemente esperaba que entonces no fuera demasiado tarde.

El hombre traía mucha información, pero el rey había dado órdenes expresas de que descansara y de que se presentara frente al Consejo una vez hecho eso.

“*¡Menuda gilipollez!*” había pensado Lyuke al oír los planes. El armisticio finalizaría en una semana y dos días y Jack sólo pensaba en darle una cama al explorador. Evidentemente se merecía un descanso tras ver a sus compañeros morir, pero Lyuke no podía esperar a saber qué pasaba más allá de la Explanada de Trílea y el Bosque de Elium.

Cuando el momento llegó y Jack convocó la asamblea, Lyuke se dio prisa para llegar el primero.

Se sentó al lado del rey, en la mesa redonda, entre aquellas paredes de piedra decoradas con simples telas, y se echó para adelante, buscando intimidad.

—Deberías de haber hecho esto esta mañana.

El joven se giró hacia él y lo miró con sus ojos azules, más oscuros de lo normal. Los años que no tenía se le caían encima con el paso de los días.

—¿Qué te hace pensar eso?

Era como si aquel castillo estuviera envenenando al rey. Lyuke se removió en su asiento.

—Lo que este hombre haya visto nos será de mucha ayuda para los próximos días —le explicó despacio y con cuidado.

—Meagha sugirió que el soldado debía descansar primero: y tenía razón. —El rey miraba la puerta de madera oscura con impaciencia—. ¿Cómo te hubieras sentido tú si vieses a tus amigos morir en esas condiciones?

Decidiendo que lo mejor sería no responder, Lyuke se pasó las manos por el pelo. La nueva enviada por el rey Gnomo no le daba buena espina. Al principio, supuso que era porque ella había nacido en el mismo lugar que él, así que simplemente achacó sus prejuicios a los malos recuerdos. Sin embargo, después de algunas horas comenzó a preguntarse si todo se debería al hecho de que era sabido que los Gnomos odiaban a los humanos. El cómo había conseguido aquella mujer convertirse en una general del ejército preocupaba a Lyuke.

No se había rebajado a dirigirle la palabra, pues había algo de su pelo azabache y forma altiva de andar que le decía al joven que intentarlo sería una pérdida de tiempo.

Se sentó recto en la silla cuando Hëlen entró acompañada de Áminor. Le hervía la sangre al ver al elfo. Ni siquiera sabía por qué, pues era amable y respetuoso, pero la repugnancia que le inundaba cuando veía a la humana no se comparaba de ninguna manera con lo que sentía al ver al feérico.

Llegó entonces a dos conclusiones: o bien estaba destinado a morir entre gente que odiaba, o directamente se estaba volviendo paranoico. Quizás ambas eran acertadas.

Por lo menos aún no estaba tan loco como Jack, que cuando Meagha llegó le pidió que dejase libre la silla a su derecha y que se sentara en la contigua. Tanto Lyuke como Hëlen sabían que el nuevo rey reservaba esa silla para

Emma, incluso si la chica nunca llegaría a sentarse en ella.

Un guardia llegó acompañado del hombre que todos estaban esperando. De mediana edad, hombros anchos, piel oscura como la de Meagha, y el pelo rapado al cero.

Aunque había descansado, sus ojos estaban hinchados y casi entrecerrados. Se arrodilló frente al rey, dio sus respetos, e inmediatamente después Lyuke le pidió que comenzara el informe.

Habló durante largos minutos en los que la mano derecha del rey anotó los detalles más importantes. Cáleim no se había dejado ver, pero su ejército era difícil de ignorar. El explorador no sabía con certeza si aquel era su completo arsenal, pero al rubio cinco mil quinientos guerreros de las sombras le parecían suficientes. Ya eran mil más de los que el rey Séregon tenía a su lado.

Los presentes se miraron entre sí, no seguros de qué decir, pero el hombre continuó. Habían sido descubiertos en su viaje de vuelta. La decisión de los soldados había sido asegurarse de que al menos uno de ellos saliera con vida. El hombre no entró en más detalles sobre la muerte de sus compañeros, pero aquel relato fue suficiente para poner un peso sobre los hombros de Lyuke.

Sintió la calidez de una mano en su rodilla, y se giró para mirar a su amiga Hëlen, que le daba una sonrisa forzada que le reconfortó. La guerra. La guerra se llevaba muchas cosas. Se había llevado a su padre, a los de Emma, al de Jack, y a aquellos dos exploradores. No había nada que Lyuke pudiera hacer para evitarlo.



Emma caminó con Akilah a través de los oscuros pasillos durante lo que le parecieron días. No podía estar segura del transcurso del tiempo, ya que la luz solar había quedado ya muy atrás, pero el camino hacia lo desconocido se le hacía interminable.

La loba la acompañaba en cada paso, y decía quedarse despierta cada vez que Emma decidía echarse una siesta apoyada en una de las frías y húmedas paredes de piedra.

La chica se preguntó si aquellas galerías habrían sido construidas con el mismo objetivo que las de Roma: enterrar a muertos. Los pasillos eran tan estrechos que se supuso que no servirían para otra cosa. Sin embargo, eran interminables, con cada vez más escaleras que llevaban más y más abajo.

—¿Cómo es posible que aún respire?

El aire seguía sintiéndose fino y fácil de inhalar, como si la muchacha se encontrara en un campo de flores.

Intentaba racionar su comida, ya que no sabía cuánto tiempo pasaría allí o cuánto le durarían los alimentos en sobre. El agua ya había empezado a ser un problema, y su boca reseca se lo recordaba a cada segundo que transcurría.

Caminó y bajó escaleras durante minutos y horas, intentando no sucumbir al sueño, al hambre y a la sed o al frío.

Tras bajar un último tramo de escaleras, Akilah, que iba delante, se giró hacia ella. «*Mira esto, niña.*»

Emma elevó la cabeza para ver una intersección y una inscripción en la pared que ponía “la Cruz del Sur”.

Capítulo 6

Forthan el oscuro

El nombre de la constelación resonaba en la cabeza de Emma. No sabía dónde lo había leído o escuchado, pero conocía precisamente lo que era. Un conjunto de estrellas con forma de cruz latina. Uno de sus dos travesaños cruzados indicaba el punto cardinal sur.

Se preguntó qué tenía aquello que ver con la intersección del camino ante ella.

Los ojos ambarinos de Akilah la miraron desde abajo, esperando su reacción.

—¿Y bien? —le preguntó a su tripulante—. ¿Qué crees que significa?

El animal ladeó la cabeza con burla.

«¿*Qué te hace pensar que yo sé la respuesta?*»

—Me he acostumbrado a pensar que tú sabes más que yo.

La loba se sentó en el suelo, ahora mirando de nuevo a los dos caminos.

«*No. Esta vez no.*»

Emma suspiró con fuerza. De repente le dolían los ojos como si no pudiera creerse lo que estaba pasando. Se pasó las manos por la cara.

—Bueno, pues es obvio que al menos una de las dos debe de encontrarle una solución a esto.

Dio un par de pasos adelante y se quitó la mochila y el arco y carcaj de la espalda. Su abrigo siguió el mismo destino. El frío la había abandonado. No había llegado tan lejos como para rendirse. ¿Qué pensarían sus padres de ella si lo hiciese?

Tamborileó sus dedos de la mano derecha sobre su barbilla mientras pensaba.

Era cierto que siempre tenía tiempo a volver, decir que no había encontrado al Mago de los Dos Soles y esperar a que El Poder acabase con ella para poder reunirse con sus padres, tal y como Akilah había dicho. Pero Emma sabía que aquello no iba a pasar.

Sus botas viejas pisaban el suelo de piedra oscura mientras paseaba por la angosta estancia. Las paredes grises y tristes, frías al tacto y hechas de bloque parecían reírse de ella.

Se volvió a situar frente a Akilah.

«*¿Y bien, reina de nadie?*» se volvió a burlar. «*¿Qué has pensado?*»

Emma dudó durante un instante.

—Es obvio que debemos de ir al sur, eso lo que la constelación indica en la Tierra.

«¿Cómo sabes que se refiere a la Tierra?»

—¿Por qué mencionaría un cúmulo de estrellas que no puede verse desde este planeta? —Akilah no respondió y Emma tragó aire—. La pregunta es: ¿cuál de las dos va al sur?

La Península de Fälet constituía el sur geográfico del planeta en sí misma, así que Emma sabía que la inscripción no se refería a eso.

«¿Emma?»

—El brazo mayor de la constelación siempre indica el sur. No importa dónde en el cielo: se debe a la forma en la que gira, lo estudié en el colegio. —La loba la miraba, esperando—. Así que una de las dos es una trampa.

Se hizo el silencio.

«Vale. ¿Pero cuál? No puede ser tan difícil.»

Akilah tenía razón. Emma estaba segura de que la respuesta tenía que estar justo frente a ella.

Exasperada, se llevó las manos a la cabeza de nuevo, y la inclinó hacia atrás, suspirando. Estiró la espalda y abrió los ojos, que había cerrado con fuerza un par de segundos atrás.

Exclamó sorprendida.

—¡La respuesta está *encima* de nosotras!

Casi quiso reír. En el techo de forma de bóveda, inclinado y cubierto de algo que parecía hormigón, estaba grabada la Cruz del Sur. Su travesaño más largo indicaba claramente a la salida de la derecha.

«Gracias a los Dioses. Ya era hora.»

Emma acarició la cabeza de Akilah, alegre de poder continuar.

—Por aquí —dijo tras recoger sus cosas del suelo.

Emma dirigió el camino esta vez, dejando atrás la encrucijada. Ahora con los ánimos más altos, caminaba más deprisa. Aunque los pasillos volvían a ser tan angostos y eternos como antes, la Portadora se sentía más cerca de encontrar al Mago de los Dos Soles.

Podía oír las uñas de las cuatro patas de su tripulante tras ella, arañando el suelo de piedra mientras la seguía. El arco comenzaba a pesarle en la espalda de nuevo, y su mano comenzaba a quemar debido al roce que la tela de la mochila que cargaba le producía, pero no aminoró su paso.

Decidieron parar a comer lo poco que aún quedaba en la mochila dos

horas después, pero ya no quedaba agua.

El suelo donde Emma estaba sentada estaba tan frío que le helaba los huesos, incluso si se había vuelto a poner el abrigo.

—¿Crees que Victoria estará bien? —rompió ella el silencio, y su voz produjo un eco que la hizo estremecerse.

«*Es sólo un caballo*», razonó Akilah. «*Estará tan bien como cualquier caballo podría estar en este mundo. Debes dejar de pensar en ello.*»

Emma quiso responderle que otros podrían pensar de ella como una simple loba, pero tal y como su amiga había dicho, la chica se levantó e intentó pasar página. Continuaron caminando hasta que al girar a la derecha una vez más, Akilah dijo su nombre.

Emma se giró, y la miró sin comprender. El pelo oscuro de la loba se movía con una brisa que la chica no podía sentir. Sus ojos amarillos la miraban con intensidad. El animal se sentó y levantó una de las patas delanteras. Emma se agachó e intentó tocar la extremidad, aún confusa, pero su mano la atravesó como si se tratara de un fantasma.

Se cayó hacia atrás con espanto.

—¿Qué está pasando?

«*No puedo continuar. Debes seguir sola.*»

Emma negó con la cabeza. Era cierto que los tripulantes solamente podían ser tocados cuando su mena estaba en Onteira y, por ejemplo, si el mago estaba en la Tierra y el animal aparecía a su lado, estaría simplemente constituido por humo.

Sin embargo, Emma no comprendía por qué Akilah no podía seguir su camino o por qué ahora mismo parecía un fantasma.

—Aunque no pueda tocarte, por favor, vamos. No me dejes sola.

El animal agachó la cabeza, y la chica observó cómo su pata se doblaba, como en un intento de empujar el aire.

«*No puedo, Emma*», insistió.

La Portadora entonces comprendió que había algún tipo de barrera mágica que se lo impedía. Se levantó gruñendo del suelo y se recompuso.

Se miraron por un instante y la chica asintió. El pelo corto le hizo cosquillas en el cuello.

«*Estaré contigo: pero no podrás verme.*»

Apretó los dientes e intentó sonreírle.

—Gracias por acompañarme hasta aquí.

Akilah se incorporó. A Emma se le hizo más alta y feroz que nunca.

«Buena suerte, niña.»

Con eso, Akilah se transformó en un humo que se esfumó, siguiendo aquella brisa que Emma podía ver anteriormente reflejada en su pelo.

Se pasó las manos por la cara y se giró. Tenía que continuar.

Solamente se había despedido de un caballo, que era un animal algo lento y que no hablaba; y después de Akilah, a la cual esperaba ver más adelante (si sobrevivía); pero el no tener a nada vivo a su lado con ella, en aquellas galerías de piedra gris y magia extraña, sólo alimentaba su terror, que volvía a sentir a flor de piel.

Continuó andando hasta el final, ahora concienciada de que no le quedaba mucho, siguiendo los angostos pasillos y no parándose a mirar qué había dentro de algunas cámaras abiertas.

Fue así como llegó a una puerta. Sin más, el pasillo estrecho y húmedo terminaba en una puerta como la que se podría encontrar en el porche de cualquier casa de Londres.

Hecha de madera negra y con mirilla, cerrojo y pomo incluidos. Emma miró a su alrededor, pero no había nada que ver. Excepto la puerta.

Sacudió los hombros en un intento de calmarse y reprimió un resoplo de ironía. Espiró con fuerza y golpeó su puño contra el duro material tres veces.

Aguantó el aire mientras esperaba. Cuando la puerta se abrió, Emma vio un pelo naranja color fruta y unos ojos negros que la saludaban.



Emma se sentaba, aun esperando, en el salón de Forthan. El hombre le había dado la bienvenida y le había dicho que la llevaba un par de días esperando. Sorbió el té que el mago le había dado una vez más.

La sala de estar no parecía propia de unas catacumbas. Una alfombra granate cubría los suelos de madera oscura que conjuntaban con los muebles y los sillones. Había muchas estanterías repletas de libros antiguos, y las paredes estaban hechas de ladrillos. A Emma le gustaba el sencillo candelabro con velas encendidas que colgaba del techo.

El hombre cruzó el arco que llevaba a la cocina y volvió a unirse a ella en la estancia principal. Era alto y alargado, tal y como el Mago de las Cuatro Lunas, pero su cabello era de un tono muy brillante que contrastaba con sus ojos de obsidiana.

Parecía muy joven, con una corta barba de cuatro días en la cara, algo más oscura que su pelo, que le conjuntaba con el bronceado de la cara. No aparentaba más de treinta y cinco años, y esa era probablemente la mayor

diferencia que tenía con Fiántir. Emma se preguntó cuál sería su secreto.

El hombre le ofreció un bocadillo de jamón y queso, y fue entonces cuando Emma reparó en que llevaba puestos unos vaqueros y un jersey negro.

—Gracias.

La joven atacó el bocadillo y lo devoró en un par de minutos. Luego lo bajó todo con el té y suspiró. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta entonces.

El hombre le dio una sonrisa cálida y teñida de empatía.

—De nada, señorita Calmcacil.

Emma no le había dicho su apellido, pero imaginó que eso no importaba. Aquel hombre sabía probablemente mucho más de lo que ella creía.

Tenía muchas preguntas.

—Llámeme Emma. —Le devolvió el plato y la taza—. Muchas gracias de nuevo por su hospitalidad.

Él volvió a sonreír.

—No hay de qué: como dije antes, llevaba tiempo esperándote. Quedan siete días.

Emma comprendió que se refería al solsticio. Asintió.

—Vine hasta aquí con mi tripulante como acompañante —le explicó al mago, que había ya devuelto los platos a la minúscula cocina—. No pudo cruzar un tramo de las galerías.

—Es un método de protección.

La chica tragó saliva: ¿por qué iba la loba (o cualquier otro animal en su defecto) a ser un peligro? No preguntó.

—Ya veo.

—¿Te costó atravesar el Cruce de las Almas? —el hombre se sentó frente a ella en un sillón de cuero alto y robusto.

Emma titubeó un momento.

—¿Perdone?

—La parte de los dos pasillos.

—Tenía truco. Pero no, no demasiado. ¿Por qué...?

—Yo no creé la encrucijada —la interrumpió Forthan—. La prueba cambia según quién se acerque a ella, de modo que se pueda siempre responder. Es así como los dioses guían las almas de los muertos hacia Idek, y como los menas pueden llegar a mí.

Emma asintió y después bostezó.

—Lo siento.

—No te preocupes —rio él—. Te enseñaré tu habitación.

Emma levantó sus enseres del suelo y siguió al hombre a través de la cocina y después por un pasillo. Supuso que todo aquello había sido construido y funcionaba a través de magia.

Llegaron entonces hasta una puerta. El mago la señaló y le deseó las buenas noches antes de marcharse. Ella entró y cerró las puertas tras de sí.

Las paredes eran blancas. Había un solo vestidor marrón con espejo, una cama de ciento sesenta con un edredón azul y una puerta que daba un baño.

Dejó sus cosas en cualquier lado y entró al servicio. Se dio una ducha rápida y se lavó el pelo con el jabón que había en la pared. No sabía a dónde iba el desagüe, pero la verdad es que no le importaba demasiado. Se puso una camisa que había en el vestidor y un cambio de ropa interior limpia. Había una nota en el mueble de madera.

“Para cualquier Portadora que ahora duerma en esta habitación: sé libre de usar mi ropa. Firmado: Cerai de Bätreum.”

Intentó recordar ese nombre, pero nada le vino a la cabeza.

Se acercó a la pared y apretó la llave de la luz, que, de alguna manera que no supo adivinar, aó todos los candelabros de la habitación a la vez.

Emma se echó en el suave colchón y cerró los ojos.

—Akilah, estoy bien —intentó avisarla.

No obtuvo respuesta, pero su cabeza se iba hundiendo poco a poco en la almohada...



Él la observaba, y ella lo sabía. Podía sentir su mirada sobre ella desde el momento en el que él había puesto pie en el castillo.

No le importaba que la mirara, que soñara con ella. Era obvio que Áminor era guapo, hermoso, de una belleza incommensurable. Su pelo rojo como Ireth parecía estar en llamas, y sus ojos oscuros y cambiantes hipnotizarían a cualquiera que se fijara en ellos. Lo conjuntaba todo con un cuerpo de guerrero que todas las doncellas de la corte hubiesen querido, pero Hëlen se dijo, en un principio, que no tenía tiempo para juegos de adolescentes.

Intentó centrarse en su trabajo, en las responsabilidades que el rey le había otorgado, y a pesar de todo aquello seguía sorprendiéndose a sí misma buscándole entre las estanterías de una de las bibliotecas del castillo.

Algunos volúmenes se habían perdido durante la guerra, pero aún había algunos ejemplares que parecían interesar al elfo. Hëlen no comprendía cómo una persona de apariencia externa tan joven pudiera saber tanto, pero era

obvio que, al ser un elfo, aquel ser había tenido muchos años para leer y aprender.

Pronto formaron una amistad, y Hëlen no pudo nunca olvidar la manera que el hombre tenía de hablarle y de desnudarle el alma a base de palabras. No creía haber conocido nunca a nadie que estuviese tan dispuesto a darle algo de su tiempo, y aunque a Áminor le sobraba, seguía siendo sorprendente para la chica.

No tardaron en formar una amistad, en verse todos los días y como todas las historias de adolescentes, acabaron siendo algo más.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que la chica deseó nunca haber conocido al elfo con el corazón de carbón.

Capítulo 7

El secreto del mago

Jack se posó la mano por el cuello. Meagha le había traído unos carteles que habían sido enviados a través de un cuervo por un aliado en Cerghá. En cada poste, árbol y escaparate de la Península de Fälet estaba la cara del nuevo rey de Walleyz. Su cabeza anunciaba un succulento premio por traer al joven “vivo o muerto ante el rey de Onteira, Cáleim Sin Corazón”.

Aunque a Jack le parecía que el seudónimo autoimpuesto era un tanto exagerado, no pudo evitar el escalofrío que le heló los huesos. Cuando la mujer le dejó a solas en sus aposentos tras darle la información, Trevas apareció desde detrás de una silla. Ambos se miraron en silencio por un momento. El tigre comenzaba a tener canas alrededor de los ojos, y Jack sabía que era una forma de la magia para reflejar físicamente la pena y estrés que él mismo sentía.

—Soy yo el que le va a cortar la cabeza —declaró el rey con rabia.

«Debes de aprender cuándo ser paciente y cuándo ser agresivo.»

El rey rodó los ojos y se calzó las botas. Había decidido empezar a ponerse vestimenta más discreta y, tras la coronación, había pedido que la corona se mantuviese guardada en una de las numerosas cajas fuertes de su castillo. Ese día había optado por unos pantalones negros y una camisa blanca cubierta con una capa marrón con capucha que le resguardaría del frío que se acercaba.

Su indumentaria oscura conjuntaba con los aposentos que habían sido de su padre. La cama inmensa de telas granates y negras destacaban gracias al contraste con la madera oscura de los suelos y paredes. Los vestidores eran inmensos, y no los llenaría nunca con suficientes prendas. La estancia era gigantesca, casi comparable a toda la planta baja de su casa en Londres.

Su mente le hizo reparar en su madre casi al instante, pero no quiso preguntarse cómo estaba. Tenía que estar bien o él no se lo podría perdonar nunca. Ya había perdido a su padre (y posiblemente también a su tío, al que le hubiera gustado tener a su lado en ese momento) a manos de la guerra, y no iba a dejar que Cáleim le arrebatase también a su madre. Eso lo tenía muy claro.

¿Cuál era si no su objetivo como rey? Defender a los inocentes, claro, y su madre era uno de ellos. Sin embargo, había muchos, muchos inocentes, y Jack se preguntaba si sería él de verdad capaz de salvar a todos aquellos seres. En

realidad, la respuesta ya se la habían dado las profecías: sin Emma, no había nada que ganar.

Estaba entonces enviando a sus hombres y mujeres, a los hombres y mujeres de sus reinos aliados, a lo que probablemente sería una causa perdida, por supuesto, pero también era cierto que no le quedaba otra opción que no fuera intentarlo. Porque era posible que Emma hubiese llegado sana y salva a las Catacumbas de Idek y que estuviera a pocos días de volver con él. Jack esperaba que la chica sobreviviese. No sólo por ella misma (él sabía que las emociones de la joven habían quedado marchitas para siempre tras sus encontronazos, y que perdería todas sus ganas de vivir si sus padres morían), pero también por todos aquellos seres indefensos a los que se suponía que debía proteger.

No quería ser el rey joven, el segundo muerto a manos del ejército de Cáleim en su línea de sucesión. No quería que su nombre pasara a la historia como Jack El Derrotado. Sería una vergüenza para la Casa Séregon y para su padre. Aunque Jack nunca hubiese tenido entrenamiento acorde, debía intentar triunfar (aunque todos los pronósticos brillaran en su contra).

Apretó del todo el cordón de la bota izquierda. Estaban algo desgastadas, pero le daba igual que no fueran dignas de un rey.

El tigre se incorporó del suelo cuando Jack lo hizo. El animal se acercó a él, casi buscando algo, intentando llegarle hacer un mensaje sin usar la telepatía que los unía. Jack había aprendido a respetar a Trevas, y aunque no le gustara admitirlo, sabía que habría perdido la cordura antes sin él como amigo.

—¿Qué? —le preguntó al final, cansado de sus miradas inquisitivas—. Sé que hay algo que quieres decirme.

El lobo ladeó la cabeza y el rey supo que su tripulante se volvía a burlar de él.

«¿Cómo de preparado estás para matar?»

Jack chasqueó la lengua con molestia. Agarró el tahalí que estaba al lado de la cama y se lo ató a la cintura con rapidez.

—No ha parecido quedarte claro lo que he dicho antes. ¿Verdad?

El tigre pareció asentir, pero Jack no podía estar seguro. Todos sus movimientos eran limpios, lentos, certeros, medidos al milímetro como los de un experto espadachín. Los ojos ambarinos del animal casi rozaban el color miel y le escrutaban con práctica versada.

«¿Cómo de listo estás para hacer sacrificios?»

Jack ladeó la cabeza mientras caminaba hacia la puerta. Descansó la mano contra el pomo, preparándose para salir. Lo sintió helado.

—¿Sacrificios como qué?

Trevas abrió la boca y sacó la lengua, enseñando los colmillos de arriba como si la pregunta le hubiese ofendido. Cuando respondió, Jack pudo darse cuenta del frío en su voz. Casi parecía que el invierno le llegaba a él también.

«*Como tu todo.*»



Cuando las luces de su habitación se encendieron y la despertaron, Emma supuso que era ya hora de levantarse. No sabía cómo el mago medía el tiempo, pero se dio prisa en prepararse y en presentarse en la cocina.

El hombre la esperaba allí para tomar el desayuno, y tras engullir huevos con tostadas y más té negro con leche, Forthan le enseñó lo que él llamaba “la sala de la magia”.

Era esencialmente un estudio vacío con una mesa y una silla en una esquina de la cuadrada habitación. La estancia no tenía nada de mágica, así que su nombre debía de deberse a las actividades que normalmente transcurrían en ella.

Cuando el Mago de los Dos Soles le preguntó qué era a lo que primero recurriría en un campo de batalla, la respuesta vino a la mente de Emma en cuestión de instantes.

—Mi arco. Nunca fallo. —O el arma en sí nunca fallaba, al menos.

El hombre reía.

—El arco no te servirá de nada contra Cáleim, Emma Calmcacil.

—Pero, no soy nada sin el arco —se lamentó con ansiedad.

¿Estaba él diciéndole que se tendría que enfrentar cara a cara con el nigromante?

—Eso es lo primero que debemos cambiar.

Fue así como Forthan le prometió que su magia sería más poderosa que la flecha más certera.

Entrenaba del amanecer a la noche, primero con libros y después, al final de la jornada, enfrentándose directamente al mago pelirrojo.

Era obvio que él siempre ganaba, y Emma se desanimó bastante rápido. No pensaba que su magia fuese a crecer lo suficiente como para poder efectuar el famoso hechizo milenario en la noche del solsticio.

—Es importante que mejoremos tu ataque, tu defensa, y toda tu capacidad mágica en general. Debes aprender nuevos hechizos, y espero que al final de

la semana hayas conseguido la suficiente energía como para sentir cómo esa esencia del Poder corre por tus venas en cada movimiento que hagas —le había explicado durante la primera cena su maestro—. Si no lo consigues, si no elevas tu talento al siguiente nivel, puede que no sobrevivas al hechizo.

Tras esas palabras, la chica comprendió que no tenía otra opción. Se levantaba todas las mañanas antes de que se encendieran las luces, se aseaba, agarraba algo de beber, y se dirigía a la sala de la magia.

Se sentaba en el escritorio, con la puerta cerrada, y estudiaba durante horas los libros que Forthan le había dado, sólo parando a meditar, practicar o para cubrir sus necesidades básicas. Entonces, al final del día, maestro y alumna se sentaban en el suelo y combatían a través de la magia.

Ningún movimiento ni ninguna palabra, le había indicado él.

—Sólo tus pensamientos contra los míos. Tu magia contra mi magia.

Como siempre, Emma perdía, y aquello sólo hacía que se levantase un poquito antes, para estudiar unas páginas más que el día anterior.

Akilah no respondía a nada de lo que ella le decía, y sólo hacía todo aquel proceso más tedioso y solitario. Y también más terrorífico.

En el día cuatro de su estancia en las Catacumbas, Emma se vio atascada en un hechizo.

Nunca sabía dónde Forthan estaba durante el día, pero siempre había supuesto que se encontraba en alguna de aquellas habitaciones subterráneas, detrás de alguna de esas puertas que Emma jamás había abierto.

Ese día, sin embargo, llamó su nombre por los pasillos, y tras no recibir respuesta, abrió todas y cada una de aquellas puertas, sólo para encontrarse dormitorios, estudios y un par de bibliotecas. Forthan no estaba en la vivienda.

La chica volvió a la habitación, continuó estudiando, y el hombre apareció a la hora prevista para su duelo diario. La prueba de nivel, como él la llamaba.

Era como un profesor particular extraño.

Emma volvió a salir de su dormitorio la siguiente mañana, con los rasguños de la magia de Forthan (que se había ganado durante el duelo el día anterior) escociéndole con cada paso.

Volvió a llamar su nombre y a abrir las puertas con la excusa de hacerle su pregunta, pero el hombre no estaba en ningún lado.

Aquella noche lo esperó leyendo cerca de la puerta principal, en el salón, hasta que cinco minutos antes de la hora de su duelo, el hombre por fin apareció. Había estado fuera todo el día.

—¿Qué haces aquí? —le dijo al entrar por la puerta.

—Necesitaba cambiar de lugar, no entiendo bien esta parte y me estaba bloqueando —mintió.

Emma aprovechó para hacer su pregunta de magia y después le atacó con una personal.

—¿Dónde estabas? —le dijo con falsa inocencia mientras se dirigían a la sala de magia.

—Sólo fui a dar un paseo por las galerías.

Se sentaron, pelearon, y Emma perdió, pero eso no impidió que, al día siguiente, cuando apenas quedaban tres días para el solsticio y tras cerciorarse de que Forthan había vuelto a salir de su guarida de piedra, se aventurara de nuevo en las Catacumbas.

Se dio prisa en salir tras él, con el arco a la espalda como método preventivo. Había trotado por las estrechas galerías, dándose toda la prisa posible, preocupada de ser descubierta.

En algún momento de su carrera, Emma cruzó la barrera mágica y Akilah apareció delante de ella.

Emma jadeó con estupor, pero se arrodilló a abrazarla, contenta de que podía tocarla sin problema. El animal le lamió la cara con cariño, pero no había tiempo que perder.

Se volvió a incorporar mientras le explicaba la situación. Siguieron corriendo mientras la loba le hacía preguntas a la chica.

«¿Dónde puede estar entonces?»

—No lo sé, pero no me fio de esto. Tú no puedes entrar, ni verlo, ni oírlo por su hechizo de “protección” —dijo Emma—. ¿No te parece extraño? Estoy segura de que oculta algo.

Cuando por fin llegaron al Cruce de las Almas, la chica gruñó.

«¿Debemos salir al exterior o tomar el otro camino?»

Emma sabía lo que tomar la bifurcación de la izquierda significaba, pero también sabía que Forthan no tendría suficiente tiempo como para salir al exterior, realizar lo que ocultaba y volver a su casa de piedra para valerse contra Emma cada noche.

Se rascó la mandíbula con nerviosismo y miró a su tripulante. Tras aquellos días de estudio y batallas que habían grabado moratones y rasguños en su cuerpo, Emma se había dado cuenta de cómo la había echado de manos. Era la única compañía que le quedaba en ese viaje.

—Tomar el otro camino.

Emma se acercó al umbral para entrar al nuevo túnel. Pudo oír las patas de Akilah correr tras ella. La voz femenina de la loba se coló en su mente, haciéndola detener su paso.

«¿Qué pasa si nos lo encontramos? Este es un camino estrecho, niña.»

Le sonrió a su amiga con confianza.

—Es entonces cuando el hechizo de invisibilidad que él mismo me ayudó a perfeccionar nos viene que ni pintado.

Ambas se dirigieron entonces por el camino desconocido, ignorando la gran constelación grabada en el techo que les indicaba que se equivocaban.

Caminaron durante largos minutos. Aquellas galerías les parecían iguales a las otras que habían tenido que recorrer para llegar al mago días atrás, pero Emma sabía lo que se encontraba al final del pasadizo y no iba a detenerse.

Sabía que si Forthan le había contado a dónde se dirigía la otra bifurcación había sido en mera esperanza de que ella se abstuviese de querer comprobarlo. Especialmente si ocultaba algo que tuviera que ver con el demonio.

La piedra pulida bajo los pies de la Portadora comenzó a convertirse en roca suelta y gravilla. Fue entonces cuando supo que estaba cerca, por eso y el frío repentino que sentía en la nuca.

Se giró hacia Akilah.

«Yo también lo siento.»

Emma asintió hacia su compañera.

—Voy a realizar el conjuro ahora, al menos por si acaso nos cruzamos con él.

«Si lo hacemos, yo me esfumaré antes de que me vea.»

La chica le sonrió y cerró los ojos. Sintió el característico tirón de estómago y ganas de vomitar de la magia. Cuando miró sus manos, no pudo ver nada.

Continuaron en silencio hasta que se oyó un murmullo. Ambas giraron a la derecha, y como acto reflejo Emma se agachó contra la pared, para quedar escondida tras la curva incluso si nadie podría verla gracias a su magia. Akilah la imitó, agazapándose como si fuese a saltar sobre una presa.

Los ojos de Emma se oscurecieron mientras miraba la escena frente a ella con ávida atención.

Su nuevo maestro se inclinaba sobre una lámina de aspecto etéreo, similar a un espejo, que hacía que el pasillo terminara abruptamente en la entrada al infierno.

Una masa oscura, parecida al humo que conformaba los soldados de la Orden de Fälet, emanaba sobre su cuerpo inerte y entraba de continuo en dicha superficie misteriosa.

Había algo de la escena que asustaba a Emma, que la incomodaba para hasta límites insospechados y la hacía querer retorcerse y salir de allí.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el Mago de los Dos Soles tenía un trato con el diablo.

La siguiente pregunta que la invadió fue un por qué. Aquel hombre era el más sabio y poderoso que Emma había conocido jamás: le había enseñado a realizar hechizos sin siguiera hablar o mover sus manos; conocía el hechizo milenario y era el único capaz de llevarlo a cabo. La chica no podía imaginarse a aquel hombre sólo pudiendo obtener algo de la mano del dios de la muerte.

Miró a Akilah, que estaba agazapada aún entre sus piernas, pero el animal se desvaneció en el aire cuando Forthan habló. Emma levantó la cabeza para mirar. El ritual había terminado, y aunque sólo podía verlo de espaldas, Emma se dio cuenta de que el pelo del hombre cambiaba de color a un tono blanco como un holograma parpadeante cada segundo.

Quiso otra vez retroceder hacia la casa y encerrarse en las paredes de piedra subterráneas de la sala de magia, pero se obligó a quedarse allí y no mover ni un dedo.

“¿Quién eres?” se preguntó. “Eres la defensora del Poder de Onteira; y lo quieras o no, es tu deber descubrir qué se trae este hombre entre manos.”

Fue así como esperó pacientemente, escuchando con atención y oculta bajo su hechizo de invisibilidad, a que el Mago de los Dos Soles acabara de hablar en un idioma extraño que Emma no comprendía.

En un principio había esperado poder entenderlo como entendía el obleico, gracias a la magia, pero, aunque algunas frases se parecían, la verdad es que la muchacha tuvo que esperar en silencio y sin comprender mucho, de pie tras la pared, hasta que Forthan hubo acabado.

Mientras contenía la respiración y el hombre pasaba por su lado sin reparar en su presencia, Emma se fijó en que su apariencia física había vuelto a la normalidad.

Calmó su joven corazón, que le latía desbocado en el pecho, mientras veía cómo el hombre se perdía por el pasillo.

Emma sabía que no regresaría a la casa, porque nunca lo hacía hasta la noche, para luchar contra ella en ese juego sádico que tanto le gustaba.

Cuando su silueta se hubo perdido al final del pasillo, la chica se dio la libertad de deslizar su espalda por la pared hasta acabar sentada y abrazar sus rodillas.

Parte de sí quería llorar, ya cansada de aquella aventura absurda, y otra estaba deseando llegar al fondo de aquel misterio.

Akilah no tardó en volver a reunirse a ella. La loba parecía sí poder verla, porque Emma sintió cómo apoyaba la cabeza en sus rodillas, entendiendo las emociones de la muchacha, y esperó sin decir nada, a que ella hablara.

«*Es hora de ver que está pasando.*» No podía encontrar su voz, así que le envió sus pensamientos a la tripulante, con terror a abrir la boca.

«*¿Estás segura?*» Akilah ladeó la cabeza. Sus ojos amarillos parecían dos farolillos iluminando la oscuridad de la galería. «*Eres consciente de lo que él estaba haciendo, ¿verdad? No es a esta misión a la que te envió el Consejo, Emma.*»

«*Lo sé.*» Se frotó la cara con las manos, que no podía ver. «*Pero hay algo que me dice que si no hago esto ahora me arrepentiré durante los siguientes tres días.*»

Akilah pareció pensárselo, pero al final, ambas se levantaron del congelado suelo de gravilla, y miraron hacia el espejo.

Emma dio un paso hacia delante mientras se deshacía de su hechizo de invisibilidad para poder hablar cara a cara con Irahlt, el dios de la muerte.

Capítulo 8

Adiós

La loba siguió los pasos de Emma hasta que ambas podían ver sus reflejos en el cristal. Parecía una catarata fina de corriente minúscula, que hacía que la superficie se torciera y doblara con la luz.

Se miraron un momento, y Emma colocó la mano en la fría pantalla, lo que le dio escalofríos. Nada pasó de inmediato, y Emma dejó que su brazo cayera hacia abajo. Se miraron durante un instante, con la duda de qué hacer a continuación.

Cuando Emma levantó la cabeza, unos ojos negros de carbón la miraban desde el otro lado.

No pudo evitar chillar y caerse hacia atrás. Akilah también retrocedió con

el lomo arqueado y las orejas hacia atrás, en punta. Gruñó y avanzó para colocarse delante de Emma. La chica nunca la había visto actuar así. Dándose cuenta de que Akilah le gruñía a un dios, Emma la apartó con su pierna y se puso de pie. Chistó y la hizo callar como si fuera un perro. Akilah le devolvió una mirada de tristeza.

Emma no pudo evitar pensar que se había metido en un lío.

—No estás muerta —dijo la voz entonces. Era oscura, profunda, y aterrorizaría hasta el mismísimo Nigromante Sin Corazón. Y, sin embargo, Emma se tragó el pánico y se recompuso, buscando valentía para hablar—. Aquí sólo le damos la bienvenida a los muertos.

Emma ladeó la cabeza. Le resultaba algo extraño que aquella fuera la entrada al infierno, al mundo de las tinieblas. ¿Era aquello sólo una tapadera? ¿Se encontraría la verdadera puerta detrás?

—También le dais la bienvenida al Mago de los Dos Soles —replicó Emma. Casi le temblaba la voz.

Aunque sólo podía ver los ojos del dios, este parecía estar divirtiéndose.

—¿Tienes tú algo que se compare a su poder?

Emma no pudo evitar sonreír.

—Soy Emma Calmcacil, La Portadora. —Inclinó la cabeza como reverencia, pero se aseguró de hacerlo lo menos posible—. Yo tengo *El Poder*.

La voz no dijo nada durante un instante, y fue entonces cuando Emma pudo ver una figura completa al otro lado del espejo. Un hombre flaco, pálido y de aspecto demacrado la miraba con autosuficiencia. No era para más, era el dios de la muerte, y ella una simple mena que había llamado a su puerta.

—Ya veo. —Sonrió y Emma pudo ver una dentadura tan brillante como las lunas—. ¿Qué te trae por aquí entonces, mena?

—He venido a las catacumbas para encontrar la ayuda del Mago de los Dos Soles: para amansar el Poder la noche del solsticio. Pero creo que me oculta algo —Emma midió sus siguientes palabras con cuidado—. Y creo que eso que me esconde tiene que ver con usted.

El dios ladeó la cabeza. Emma pudo ver como su pelo negro se retorció con movimientos inhumanos. Se parecía a Medusa.

—Soy un hombre de negocios —se limitó a decir él en un principio—. Y Forthan ha hecho un trato conmigo.

—¿Qué podría desear él que su magia no pudiera darle? —le intentó sonsacar Emma.

«*La inmortalidad.*» No pudo evitar sorprenderse al oír la voz de su amiga

en su cabeza. Se miraron durante un instante que pareció eterno, mientras el cerebro de Emma corría para hacer cálculos.

—Soy el rey de la muerte: ¿por qué debería darte explicaciones?

—Es la inmortalidad, ¿verdad? —se arriesgó—. Es eso lo que el Mago busca.

Había algo del Dios que había hecho que Emma ya no se sintiera intimidada. Él podría matarla en un instante, tirar de su brazo y encerrarla en su mundo de oscuridad. Pero si no lo había hecho ya, era por algo.

—Tu perro es listo —afirmó Irahlt.

Tenía un lunar en la mejilla izquierda que resaltaba frente a su aburrida túnica negra.

—Su dentadura es más fuerte que la de un perro.

Irahlt sonrió de nuevo, esta vez con los ojos negros.

—Forthan vino a mí para buscar un nuevo tipo de magia —comenzó el dios a explicar—. Hicimos un trato, un negocio, una promesa: él sería siempre joven si conseguía robarle la juventud a otra persona. Él me daría a mí un poco de esas almas justo antes de cada Solsticio.

Emma tembló.

—¿Para qué quiere usted más almas? Debe de tener muchas al otro lado de esta barrera.

—Porque sólo con esencias de almas que no haya yo mismo cazado puedo volver al cielo. Sólo durante unas horas, en cada solsticio, pero vale la pena.

Emma entonces entendió que el dios quería hacer aquello para poder ver a sus hermanos y hermanas, a los que lo habían apoyado durante otras leyendas que se contaban en Onteira. Nadie visitaba el reino de los muertos por gusto propio, así que Emma supuso que era Irahlt en persona el que tenía que hacer el viaje al mundo de los vivos.

—¿Y cómo obtiene él las almas?

—Me sorprende que no te hayas dado cuenta ya.

Emma retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

—El Hechizo salva a las portadoras —se negó ella.

—Sólo a aquellas que sobreviven a él. El truco está en que desde nuestro trato... Forthan ha cambiado algo para asegurarse de que no lo hacen.

Akilah y la chica se miraron. Todo su viaje no valdría para nada si moría ahora. El Poder podría matarla a la larga, pero el hechizo acabaría con su vida en un instante.

Entendió ahora por qué otras Portadoras no habían sobrevivido al proceso.

Lo fácil era entrar en las catacumbas, no salir de ellas. Sin embargo, recordaba las palabras de su querido Jack aquel día: una sí había vivido para contarle.

—Debe de haber una manera —le suplicó al dios—. Si yo muero, la guerra se perderá.

El hombre rio al otro lado, y a Emma le dieron escalofríos.

—A los dioses nos dan igual las guerras, niña. Pero, a mí me interesan los negocios. Tú y yo podemos hacer un trato.

No se pensó la respuesta dos veces.

—¿Cuál?

—Haré que sobrevivas al hechizo, pero todo tiene un precio. —Irahl meneó la cabeza, divirtiéndose—. Quiero el alma de tu perro.

Emma no estaba segura de lo que sus palabras significaban exactamente, pero sintió cómo el alma se le caía a los pies, como si su corazón se hubiese desplomado o como si alguien hubiese vertido un cubo de agua fría sobre sus hombros.

Intentó tragar saliva para hablar, pero no estaba segura de que pudiera hacerlo. Sentía la boca seca como un desierto árido infinito, como si su lengua, sus paladares y sus dientes fueran ahora las dunas del Sáhara.

La vitalidad le volvió de sopetón, haciendo que su corazón latiese a velocidad de vértigo. Más rápido que cuando Forthan había pasado a su lado minutos atrás y más rápido que cuando estaba a solas con Jack. Casi tan rápido como cuando había descubierto que sus padres habían sido raptados.

«Hazlo. El destino del planeta está en tus manos.»

Emma no miró al animal. Se sentía incapaz de no mirar a ningún otro sitio que no fueran los ojos del dios de la muerte. Su iris y su pupila se habían tragado ahora también el blanco de sus ojos, como si el trato le hubiese seducido hasta un estado de oscuridad infinito.

—No. Te daré algo más a cambio —le falló la voz al final de la frase.

El hombre se dobló de la risa frente a ella, y a Emma le pareció más alto, más fino, más fuerte y más intimidante que antes. Sus carcajadas rebotaban en las paredes de las Catacumbas de Idek, perforando los oídos de la Portadora como agujas en la piel. Se estremeció.

—¿De verdad crees que hay algo en ti que me interesa? Por más que seas la Portadora —le advirtió con burla y sorna—, no hay nada en tu debilidad y repugnancia mena que a mí podría llegar a llamarme la atención en lo más mínimo. —Emma quería llorar—. A mí me dan igual las muertes, las guerras y

las pérdidas. Deberías de sentirte afortunada de que le estoy dando mi tiempo a una escoria terrestre como tú. No me quitaría el sueño irme ahora y dejarte morir: incluso si eso significa dejar que miles más mueran contigo. Os recibiré a todos aquí, a las puertas de mi reino.

Sintió cómo una lágrima le caía desde el ojo izquierdo. Emma había leído en un libro que las lágrimas de tristeza nacían primero de ese. Las ganas de vomitar que sentía sólo confirmaban sus sentimientos.

Estaba claro que la chica ahora se daba cuenta de que estaba hablando con el verdadero diablo. No era amable, ni sentía piedad o misericordia hacia ella. Era simplemente, como él mismo había dicho, un hombre de negocios.

Uno que negociaba con la muerte.

«*Debes hacerlo, niña.*» La voz de Akilah, maternal y sincera como el primer día, hicieron que más y más lágrimas se deslizaran por las mejillas de la chica. Tenía que haber otra forma, otra manera de sobrevivir y de no sacrificar a la que se había convertido en su mejor amiga.

Akilah la había acompañado durante sus noches en vela, sus lágrimas, retos y viajes. Había estado ahí para ella cuando no entendía algo y estaba perdida, y Emma sabía que no hubiese llegado hasta allí si no fuera por ella.

La miró con detenimiento, deseando que el tiempo se detuviese allí para siempre. Sentada sobre la gravilla y en la penumbra de las galerías, sus ojos ambarinos, cálidos pero feroces, brillaban más que nunca. El pelo blanco que le cubría la cara y el pecho contrastaba con el abrigo marrón del pelaje sedoso y brillante que le llegaba desde las patas delanteras a la cola.

La miraba como siempre, con la boca cerrada, quieta y en silencio, como si al hacer algún ruido, o al mover la pata o la cabeza ambas se fuesen a despertar de un fantástico sueño que se había tornado en una pesadilla.

«*No te puedo hacer eso. Eres mi tripulante.*» No era capaz de articular palabras entre las lágrimas.

Estaba segura de Irahl se divertía al presenciar aquello.

«*Yo siempre estoy contigo, reina de nadie. Incluso cuando parece que no lo estoy, como tu tripulante, te sigo a todos los lados. Velo por ti y cuido de ti para que estés bien. No hay nada que pueda romper esto, ni siquiera la magia de un dios.*»

«*Pero...*»

«*Llevaba muchos años esperando a conocerte, a poder reunirme contigo: porque esa es mi misión desde el momento en el que ambas nacimos en el mismo instante. Yo soy parte de ti, Emma Calmcacil, y no hay nada que*

ni tú ni yo podemos hacer respecto a eso. Sólo la muerte en sí misma puede separarnos, y darle mi esencia a Irahlt no podrá hacerlo.”

—¿Qué pasa si acepto el trato? ¿Si te entrego su alma? —Emma se limpió las lágrimas—. ¿Ella morirá?

Él chasqueó la lengua como si ella fuera una aguafiestas.

—Es cierto que no se puede matar a un tripulante —admitió él—. Estos dichosos animales sólo mueren una vez que su mena lo hace. Sin embargo —añadió, sonriendo de forma casi sádica de nuevo—, mis poderes sí me permitirían quedarme con su esencia, con la magia que os conecta. El lobo no morirá, pero probablemente no os volváis a ver. Se convertirá en un perro pulgoso: sin más.

Emma apretó la mandíbula. Quería insultarle y gritarle, pero sabía que aquello no traería nada bueno.

«Te encontraré.» La intentó convencer la loba. *«Aunque sea lo último que haga. Pero no puedes tirar todo esto por la borda, Emma.»*

La chica se dio cuenta entonces de que, si moría durante el hechizo, Akilah moriría con ella. Que si huía y dejaba que Cáleim ganara, él la cazaría hasta tenerla en sus garras y destrozarle la vida, torturarla para que muriera la muerte más dolorosa que pudiera imaginar, y Akilah también fallecería con ella. ¿Era entonces aquella la única forma de salvar a la loba?

Quizás entonces Emma debería de hacer el trato con el diablo. Era la única manera de evitar la muerte de Akilah, que ocurriría inevitablemente si seguían conectadas. Nada le aseguraba a Emma que ella fuera a sobrevivir a aquella guerra, pero este trato podría asegurarle de que Akilah lo conseguiría.

—Está bien —dijo sin más.

El hombre volvió a reír, y Emma miró a su tripulante, ignorándolo.

«Si esto significa que tú vives y yo sigo adelante...» le dijo a su querida amiga. *«Entonces mi corazón estará feliz al saber que estás a salvo, Akilah.»*

Emma volvió a llorar sin poder evitarlo. No sollozaba, pero sentía las lágrimas húmedas escurriéndose por su clavícula y por su pecho.

«Yo siempre estoy contigo.» Le recordó ella, como intentando también convencerse a sí misma. Aunque se estaba intentando mantener fuerte por las dos, como siempre hacía, Emma podía oír la tristeza en su voz, que le invadía la cabeza por última vez.

—Procedamos entonces.

El dios comenzó a hablar en ese idioma desconocido en el que él y Forthan habían interactuado antes, pero los ojos de Emma se mantenían unidos a los

de Akilah en un intento de grabar su brillo en su mente, y no la abandonaron en ningún momento.

Su cuerpo entero estaba temblando. Las manos se le agitaban frente a la boca, intentando frenar los sollozos que le sacudían los hombros en un intento en vano de callarse a sí misma. Se le nublaba la vista y le escocía el pecho, los pulmones, la sangre. Cada latido de su corazón quemaba como un fuego que le calcinaba las venas.

«Adiós, niña. Estoy segura de que nos volveremos a encontrar.»

Y a Emma no le dio tiempo a contestar, porque entonces la imagen de Akilah se desvaneció tras dos simples parpadeos, como si de verdad fuese un fantasma que nunca había estado allí, a su lado.



Las botas de Lyuke eran más negras que marrones gracias al polvo del árido suelo sobre el que caminaba. Solamente días lo separaban de la guerra.

Las luces estaban ya encendidas en el castillo y más allá de las murallas, donde las tiendas de los soldados se encontraban. Era evidente que como mano derecha del rey él no dormía allí, pero sí lo hubiese hecho si su puesto hubiera sido mantenido como soldado raso de la Infantería Dorada. El cargo que le había otorgado Jack le había obligado directamente a renunciar a la armadura de color del Sol Tasartir.

La periferia de la zona de descanso estaba desierta, pero según se adentraba entre las telas que hacían las veces como dormitorios, se iba encontrando con mujeres y hombres de todas las edades sentados en el exterior. Había soldados que hablaban entre ellos y afilaban sus espadas y cuchillos; y otros escribían cartas de despedida a sus seres queridos. Muchos no sobrevivirían a los siguientes días, y todos lo sabían.

Algunos saludaban al hombre rubio y la vasta mayoría no le miraba a la cara.

Aunque estuviera allí para comprobar el estado de las tropas en representación del rey, se sentó con cinco hombres que se calentaban alrededor de un fuego. Uno de ellos tocaba la guitarra, y ninguno dijo nada cuando vieron al general unirse a ellos.

Cerró los ojos con cansancio contenido mientras el sonido de los acordes le envolvía.

Algo le tocó el hombro. Giró al cabeza y miró a un viejo de pelo marrón que le tendía una copa de un brebaje barato y alcoholizado. Lyuke se lo agradeció con un hablëisa y le pegó un buen trago.

Cuando el joven al otro lado de la hoguera comenzó a cantar, Hèltron reconoció la canción enseguida.

Antiguamente era un poema de guerra, pero los más talentosos lo acompañaban con música. El padre de Lyuke lo había cantado cuando habían perdido a su madre por tuberculosis y antes de marcharse al frente. Estaba escrito en obleico antiguo, pero el rubio era capaz de entender algunas frases.

“Si la gente cae, el rey cae con ellos. Sea nuestro destino brillante. Diles a mis hermanos que Bayten les protege. Que sus dragones vuelvan.”

Los hombres se unieron al coro, y los que no se sabían la letra, que eran pocos, daban más y más tragos a sus vasos.

La diestra del soldado, de pelo corto y negro, pareció golpear las cuerdas con más fuerza, casi con rabia. Los ojos asustados de los presentes se buscaban los unos a los otros, intentando aferrarse a la empatía que era imposible no sentir.

La pena no tardó en invadir a Lyuke. Era obvio que estar allí, entre los hombres que morirían en días le hacía odiar más y más su situación.

Se levantó cuando la canción terminó y dejó el vaso en el suelo, huyendo antes de que alguien le detuviese. Intentó ordenar sus pensamientos mientras volvía a su trabajo, a su ronda, pero las fúnebres palabras de la canción no abandonaban su mente.

De las otras personas que aún estaban afuera de sus tiendas muchas no le prestaban atención, y las que sí, se miraban y susurraban entre ellas. Lyuke no tardó en avistar la tienda de dirección de los equipos médicos: el despacho improvisado de su amiga Hëlen.

El elfo Áminor parecía seguirla como un perro faldero a todos los lados. Era obvio que intentaban ocultar su relación a los demás, pero Lyuke conocía demasiado bien a su compañera y no podía ocultárselo, aunque lo intentara. Llevaba sospechando durante una semana y la confirmación había llegado la noche anterior, cuando de camino a su habitación los había visto a los dos entrar en la alcoba de la chica.

Sí, le había hervido la sangre. Desde que su padre había muerto y había sido enviado a la Bahía de la Piedra Negra para servir al comité de los menas, Lyuke se había fijado en la chica de la cabellera larga y rubia.

Nunca se había atrevido a hablar con ella, se limitaba a admirarla desde la distancia de vez en cuando, pero ambos habían sido obligados a trabajar juntos para rescatar a Jack y a Emma en su llegada Onteira y, desde entonces, sus sentimientos habían acabado siendo algo más que ya no podía controlar.

Su parte racional le había hecho echar el freno, pero sabía que en parte eso no cambiaría su forma de verla a ella. La guerra comenzaría en cuestión de minutos y eran los sentimientos como esos los que podrían hacer que Lyuke perdiese la vida.

Se giró y salió caminando en otra dirección. Volvió atrás, retrayéndose en su camino y subiendo por los escalones interminables de piedra que recorrían la muralla hasta el castillo. Pasó a través de los guardias, que le abrieron el portón principal.

Entró en el salón de bienvenida y caminó a paso rápido por las alfombras del castillo. Las paredes marrones estaban desnudas, y los suelos y tapicerías habían visto mejores tiempos. Se podía ver que el anterior rey no había podido mantener a los enemigos en el exterior.

Las escaleras laterales crujían bajo sus pies debido a la humedad que traspasaba por los muros. Las temperaturas habían comenzado a bajar considerablemente desde que el ejército había llegado a la capital. El castillo era lo poco que había sobrevivido a la guerra. Aunque el reino de Sacleim tenía una larga historia y una gran tradición, no era muy extenso. La mayoría eran valles y bosques que Lyuke había visitado cientos de veces tras quedarse huérfano en sus misiones para el Consejo de los menas.

La única buena parte de perder a sus padres era que había podido huir de la maldita tierra del Rey Gnomo, la cual odiaba apasionadamente.

Llegó al segundo piso en un momento y decidió salir a airearse a una de las numerosas terrazas del castillo. Se inclinó sobre la barandilla y observó las luces de las antorchas y las hogueras desde arriba. Habían intentado mantener al mayor número de hombres dentro de los muros de la ciudadela, pero había sido imposible, así que algunos de ellos dormían más allá del muro norte, en plena colina.

El batir de unas alas fuertes se oyó a su derecha. Su tripulante Aray se posó en su hombro, clavándole las fuertes garras en el hombro. Lyuke siseó con dolor e intentó espantar el águila calva.

El ave no dijo nada tras posarse en la barandilla, y ambos se limitaron a observar las luces juntos. Las lunas iluminaban ya el cielo mientras que la fría noche los acercaba a su quizás último invierno.

Capítulo 9

El frío de la guerra

El rey Séregon había decidido convocar una reunión de último minuto para acordar los detalles que faltaban y comprobar que todo estaba en orden y preparado para cuando los Soles alcanzaran el cenit.

Sin embargo, había decidido llamar solamente a las personas que de verdad le hacían falta en aquella reunión. Había decidido que Hëlen y Áminor eran prescindibles por razones que había determinado esa mañana.

Cuando Meagha y Lyuke entraron a la sala, se cerraron las puertas y los tres se sentaron alrededor de la mesa redonda de roble, donde se había extendido un mapa y se habían dispuesto monigotes de madera para simplificar la planificación estratégica de su primera batalla.

Era obvio que la mujer se había arreglado más de lo normal aquella noche, y a Jack le fue imposible no reparar en cómo llevaba el pelo negro y sedoso trenzado en una kilométrica trenza, y en cómo el camión de tono vino le translucía un poco a través de la túnica negra que llevaba encima. La piel oscura le relucía a la luz de las velas y sus ojos negros e inteligentes le aguantaban la mirada sin problemas desde el otro lado de la mesa. Nadie podía negar que era hermosa, incluso más que Emma.

—Os he reunido para hablar de algunos últimos detalles de la organización de las tropas y para compartir con vosotros unas noticias que me han acabado de llegar en un cuervo.

—¿Dónde están Hëlen y el elfo? —preguntó Lyuke casi al instante.

La voz de Meagha resonó potentemente en la habitación.

—Su nombre es Áminor.

—Lo que sea —masculló él de vuelta como si ambos fuesen dos perros de lucha a punto de morderse.

—No he creído que su presencia sea necesaria ahora mismo: ambos tienen sus propios asuntos de los que ocuparse. —Le pareció ver cómo su amigo ponía los ojos en blanco—. Las noticias son que las tropas de Cáleim no se han movido. Tenemos, como ya sabéis, espías en diversos puntos del sur de la península para saber su desplazamiento, y parece ser que no están avanzando hacia nosotros.

—Cáleim utilizará la magia para mover a sus tropas al castillo en cualquier momento, sus poderes lo conseguirían sin casi esfuerzo.

Jack le sonrió a la mujer.

—Eso mismo he pensado yo... Es por eso que creo que la decisión más sensata es avanzar al sur lo más posible antes de que hagan un movimiento, y así intentar ganar tierra.

Lyuke asintió.

—Así tendremos la posibilidad de retroceder a Walleyz ante una derrota, y si es estrictamente necesario, a la Bahía de la Piedra Negra.

—Cuanto más terreno tengamos al comienzo, más tiempo ganaremos. Pero, su majestad —dijo Meagha—, no creo que debiéramos trasladar a todos nuestros hombres hacia el sur.

—Por supuesto que no. Necesitamos al menos un tercio de ellos entre las murallas del castillo: serán nuestro plan B en caso de que algo salga mal. — Jack se pasó la mano por el mentón. Le comenzaba a rascar la barba—. Intentaremos llegar entonces a las Colinas de Ran.

Lyuke y Meagha se miraron. El rubio apuntó al mapa con indecisión.

—¿Las tierras bárbaras? No hay ley ni guerra que reine allí.

—¿Quieres luchar en el bosque de Elium? —razonó Jack con autoridad—. Puede que los bárbaros las habiten, pero es la única otra manera de poder llegar a la Península de Fälet que no sea el bosque.

Lyuke asintió. Las colinas eran altas, llenas de valles que se podían ver desde las cimas de los alcores, y aquella geografía les podría dar ventaja si se encontraban en la cima.

Decidieron entonces que dos tercios de cada batallón acudirían a la batalla. Meagha sería la encargada de liderar la Infantería de las Runas, que era como se le llamaba a la división de magos menas. Lyuke sería el general de la Infantería Dorada, llena de caballeros que blandirían sus espadas y gnomos que atacarían con sus hachas. Emma se hubiese encargado de la Infantería del Aire, los arqueros, pero debido a su ausencia Jack le había dado el honor a algún otro general. Serían los tres cuerpos de caballeros, administrados por Trúlius, los que atacarían los primeros.

Las lunas estaban ya muy altas en el cielo cuando la reunión se terminó. Meagha se fue de la habitación en seguida, pero Lyuke pidió hablar con su rey a solas.

—Jack, necesito preguntarte algo.

El rey se levantó de la silla, listo para marcharse, pero le intentó sonreír al rubio.

—¿Sí?

—¿De qué asuntos deben de ocuparse Hëlen y el elfo? Ambos son miembros del consejo. —A Jack le pareció oír la furia en su voz, pero no estaba seguro. Lyuke siempre se mantenía muy calmado.

Se pasó la mano derecha por el pelo.

—Hëlen está a cargo de los servicios médicos, pero pensé que no le vendría mal que alguien le echara una mano.

Pudo ver en sus ojos que sí estaba furioso. Las mejillas de Lyuke se tiñeron de color, como si un volcán hubiese entrado en erupción bajo ellas.

—¿Insinúas que lo elegiste a él? —su voz se había teñido de rabia, y Jack retrocedió hacia la puerta casi instintivamente, asemejando tener prisa.

—En efecto.

Se obligó a calmarse y a inflar el pecho. A erguirse al completo.

—¿Y qué sabe ese elfo sobre medicina?

Jack casi podía sentir cómo le salía una nueva cana.

—¿Estás quejándote de mis decisiones, Lyuke?

Entonces, se hizo el silencio. Se miraron el uno al otro, y Jack observó con intensidad los ojos azules del otro, que tanto se le asemejaban a los de su tío. Nunca lo había mencionado ni lo mencionaría nunca, pero la semejanza estaba allí.

Lyuke bajó entonces la cabeza, como un perro asustado, y negó.

—No, mi rey —aseguró.

—¿Entonces? —Jack no le dio tiempo a responder—. Pensé que se llevarían bien por el simple hecho de que son amigos. —Intentó no sonreír cruelmente ante el dolor que veía en los ojos de su compañero.

—Son más que amigos —susurró él como si Jack no se hubiera ya dado cuenta.

—¿Y eso qué importa? Esos sentimientos te costarán la cabeza, hermano mío.

Y Lyuke no respondió. Jack abrió la puerta y salió, dejándole sólo. ¿Por qué podría Lyuke tener lo que quería cuando la guerra le había arrebatado a Jack lo que él ansiaba?

Él era Jack Séregon, hijo de Ashtril el Dorado y rey de la corona de Walleyz, la corona del león blanco. Si él no podía tener a la chica que amaba, entonces un simple caballero como Lyuke no podía tampoco.



Esa noche, Hëlen recogía sus pertenencias de la tienda de mando de su división. Había conseguido organizar a todos sus hombres y mujeres en grupos

que se dosificarían según la necesidad. Le entristecía ver a niños y a niñas de no más de quince años entre sus filas, pero aquello era la guerra.

—¿Nos veremos esta noche?

Levantó la cabeza para mirar al elfo. Era guapo eso nadie podría negarlo. Sin embargo, el hombre no tenía nada más interesante aparte de sus facciones rectas y cuerpo esvelto y esculpido. Era un buen pasatiempo, pero nada más.

La chica se recogió el pelo en una coleta y suspiró, intentando sonreírle a modo de disculpa.

—Lo siento, pero estoy muy cansada. Quizás otro día.

Recogió su bolsa y se disponía a salir cuando él la agarró por el brazo.

No le molestó su tacto —ya lo había sentido muchas veces— sino su modo de detenerla como si él fuera su dueño. No podría estar más equivocado. Hëlen era buena cuando se trataba de leer el miedo y las trazas de la muerte en los ojos de las personas, pero no se le escapaba tampoco la devoción que aquel elfo sentía por ella.

—¿Otro día? —inquirió él—. La guerra comenzará en cuestión de cuarenta y ocho horas.

Ella tiró de su extremidad y se deshizo del agarre. Subió el mentón y lo miró desafiante.

—Lo sé. ¿Necesitas olvidar eso? ¿O qué?

Pudo ver cómo tensaba la mandíbula y miraba a su alrededor, buscando calmarse.

—Créeme —dijo, y su voz le dio escalofríos—, lo tengo muy presente. Simplemente...

Volvió a extender la mano y le acarició la mejilla con cuidado. Hëlen pensó que se le doblarían las rodillas y caería al suelo. Había algo en su forma de tocarla (cuando lo hacía con delicadeza) que conseguía que se rindiese a sus pies como si fuese él su primer novio.

—¿Simplemente? —se obligó a preguntar.

—Me gusta mucho estar contigo. —Él le sonrió una sonrisa entera y de piedras de luna.

Dio un paso más hacia ella y la chica avanzó también casi por reflejo, sucumbiendo a un deseo contra el que ya no luchaba. La abrazó por la cintura, y ella podía sentir sus grandes manos a través de la tela del vestido blanco que llevaba, aferrándose a su cuerpo con sed y hambre. El pecho firme de él chocaba contra el de ella, y el que calor que emanaba de su musculatura la bañaba en una fiebre roja. Podía sentir su aliento cálido acariciarle los labios

con ternura y, sin embargo, no veía más que placer y tentación en sus ojos grisáceos.

—A mí también me gusta estar contigo —le aseguró ella despacio—: nos podemos ver mañana.

Él pareció pensárselo y acabó asintiendo con la cabeza, la cual bajó para besarla. Su pelo pelirrojo le hizo cosquillas en la frente mientras sus labios devoraban los suyos como si no hubiese probado bocado en días. Sus manos le acariciaban la espalda buscando desarmarla.

Helen se obligó a separarse de él, aturdida, y poco a poco fue caminando lentamente hasta las puertas del castillo.

Capítulo 10

La sombra del solsticio

Meagha y Jack habían coincidido en uno de los salones el día antes del solsticio. Ella estaba tocando uno de los pianos que no habían sido destruidos tras los ataques de Cáleim al castillo.

El joven rey sabía que su padre los había incorporado al castillo por su madre, la cual había tocado el instrumento durante muchos años, por si acaso ella decidía visitarlo alguna vez en Onteira.

La madre de Jack había dejado de tocar cualquier tipo de teclas cuando Ashtril había muerto, y había vendido el piano negro que había en el salón.

Meagha tocaba una versión algo oxidada del movimiento número 23 de Tchaikovsky, cosa que sorprendió al rey, pero aun así, Jack se sirvió una copa del mueble bar y se sentó en uno de los sofás a escucharla.

La chica se mantuvo absorta en la pieza durante otros diez minutos, y cuando hizo sonar la última nota, el chico le dedicó un aplauso quedo.

Ella se levantó del banco e hizo una cómica reverencia. Llevaba en pelo negro suelto y una diadema que se lo quitaba de la frente. Tenía puesto un conjunto rojo de jersey y falda con botas negras para la nieve.

El frío había llegado muy rápido a Walleyz, y aunque las nevadas no se habían quedado en el suelo a largo plazo, de vez en cuando el cielo lloraba copos y granizo.

La mujer se sirvió a sí misma una copa y se sentó al lado del rey.

—Permítame decirle que la decisión de reanudar la guerra en invierno ha sido un disparate, mi señoría.

Jack le sonrió de forma cortés. La chica le había sido buena compañía en algunas noches de soledad, pero sobre todo era una gran estratega y una muy talentosa maga, por mucho que fuera humana. Con el debido entrenamiento y las situaciones y experiencias adecuadas, incluso los niños de descendencia no-mena podían acceder a la esencia mágica de Onteira.

Era así como Jack la aceptaba como aliada: porque su cerebro le era útil cuando el suyo estaba nublado por la tristeza.

—No le quedó otra al gobierno de Onteira: mi padre había muerto y Cáleim necesitaba volver a su cueva para recargar pilas y crear un nuevo ejército a partir de las sombras. Nos las arreglaremos.

La chica asintió y le dio un buen trago al alcohol, cerciorándose de que

Jack se fijaba en sus labios rojos y carnosos. “*No esta noche*”, pensó él.

—Como ya le he dicho antes, siento mucho la pérdida de su padre. El rey Dorado nos dio mucho que...

La mente de Jack se volvió blanca. La forma en la que Meagha había pronunciado el color había despertado algo en él. Parecía tenerlo olvidado, pero le hubiera sido imposible desprenderse del recuerdo después de que ella lo dijera así.

La voz que le había hablado desde su vuelta a Onteira, riéndose de él, había vuelto. La portadora de sus dolores de cabeza estaba justo ante sus narices. Había dormido en su cama y quizás querría matarle en ella.

Por la cara que debía de haber puesto, ella se había dado cuenta de su desliz, porque le sonrió de manera inocente, casi intentando distraerle mientras se inclinaba hacia él.

Con todo, Jack soltó el vaso, que cayó al suelo, dejando una mancha oscura en la alfombra marrón, y le agarró el fino cuello moreno con una mano.

El brazo se le tensó y el cuero del guante le crujió por la fuerza.

Ella se agarró de las muñecas del hombre y luchó por aire, pero Jack sólo apretó más fuerte mientras la miraba con asco, deseando romperle el pescuezo.

—¡Eras tú! ¡Todo este tiempo! —La voz resonó entre las paredes de piedra, y la estancia se volvió más fría que antes, incluso con la estufa encendida.

Le soltó la garganta y la tiró al suelo. La chica tosió antes de explicarse mientras retrocedía hacia atrás.

—Sólo cumplía órdenes, mi señor.

Jack infló el pecho con cólera y se limpió las manos enguantadas en los pantalones, como si le disgustara la presencia de la chica con la que se había acostado.

—¿De tu rey el gnomo?

Ella asintió y le respondió con respeto, de la forma que sabía que él disfrutaba que le hablasen desde que le habían coronado.

—Él dudó a qué bando pertenecía durante un tiempo, y fui yo la encargada de intentar enloquecerle a usted. Mi rey sabía que mi magia telepática es muy potente. Es por ese logro por lo que he acabado aquí, representándole a él y sirviéndole a usted una vez que él se decidió.

Jack retrocedió, de repente muy cansado, y volvió a sentarse en el sofá.

—Casi lo conseguiste: tú voz en mi cabeza era una pesadilla.

Ella pareció relajarse, pero no se levantó del suelo.

—Gracias por el cumplido.

Él la miró con mirada de advertencia y ella volvió a guardar silencio. Jack se levantó con dificultad, pero caminó hasta ella y acarició la empuñadura de su espada Wentrez. Allí, sobre su cuerpo indefenso, se sentía muy poderoso.

Él era el nuevo rey, y nadie se iba ya a reír de él.

—Vete —le ordenó.

—Pero...

—Vete. —Retrocedió de nuevo hacia el mueble bar y se sirvió otra copa de vino—. Antes de que te corte la cabeza.

La puerta se cerró con un pequeño portazo al salir la chica.



Esa noche, Emma ganaría. Cuando volvió a la guarida del mago y se sentó en la cama que le había sido asignada, supo que no tenía sentido practicar.

Aunque se hubiese memorizado todos los libros, aunque hubiese practicado día y noche, Emma habría muerto de igual manera. Sólo el sacrificio que Akilah acababa de hacer la podía salvar.

Una parte de ella se alegraba de haber ido a ver qué tenía el Mago de los Dos Soles entre manos, pero la mayoría de su cerebro se lamentaba con severidad la pérdida de su amiga.

Ahora que sobreviviría al hechizo, Emma se preguntó si pasaría sus últimos días sola al volver hacia Walleyz.

La verdad es que nunca se había planteado que fuese a llegar tan lejos, y no tenía ningún plan o estrategia que le garantizaba que fuese a sobrevivir. Tenía que volver a la Explanada de Trílea, solo que esta vez no tenía un caballo que caminara por ella y que cargara sus bolsas. Tampoco tenía a su tripulante para le cuidara las espaldas. Estaba completamente sola.

¿Qué estaba haciendo allí? Debería volver a las puertas del tártaro y rogarle al Dios de la Muerte que le devolviera a Akilah y que se llevase su vida a cambio. Estaba claro que iba a morir, y la idea de hacerlo sola y perdida la aterrorizaba. Sus planes de encontrar a sus padres vivos quedaban ya muy lejos, en la fantasía.

No sabía cómo había podido pensar que eso llegaría a ser posible. Suponía que la única manera era esperar y rezar que ganaran la guerra, y después rezar un poco más para pedir que aun respiraran.

La chica no las tenía todas consigo.

Se levantó y se miró al espejo. Su reflejo le hizo retroceder un paso con horror. Tenía los ojos rojos e hinchados, con bolsas casi azules bajo ellos. Su piel estaba más pálida que de costumbre, reseca alrededor de la nariz y en las mejillas. Podía ver los rasguños y moratones que la magia de Forthan le había dejado en el cuello.

¿Era aquello parte de su sádico plan? ¿Debilitar a sus presas para que el hechizo las matara más fácilmente? Emma supuso que nunca llegaría a saberlo.

El solsticio no ocurría en Oteira cada pocos meses, como en la Tierra. Los ciclos solares eran tan largos y confusos que las condiciones sólo ocurrían cada muchísimos años. Mucha gente sólo veía uno en su vida, y solían ser razón de celebración. Esta vez, marcaba el inicio de la guerra.

Emma supuso que Forthan utilizaba su plan de forma maestra cada dos o tres solsticios. Durante ese tiempo es posible que otras Portadoras se acercasen a sus puertas para buscar su ayuda, y era entonces cuando él las traicionaba para darle, literalmente, sus almas al diablo.

Le entró un escalofrío. Decidió ducharse y cambiarse de ropa, y tras eso, se dirigió a la sala de la magia y siguió estudiando.

Aunque nada de aquello le fuera a ayudar a sobrevivir al hechizo, uno de esos nuevos trucos podría llegar a significar la diferencia entre la vida y la muerte más adelante. Tenía que sobrevivir; porque si no lo hacía, el sacrificio de Akilah, que había dado su magia para que Emma sobreviviese a la suya, habría sido en vano.

Forthan no tardó en volver. Ajeno a que la chica había descubierto su secreto, se sentó frente a ella en el suelo y la batalla comenzó.

Emma cerró los ojos, y la oscuridad absorbió su visión y su cerebro. Podía aun así sentirlo todo. Un cosquilleo en el cuello le dijo que estaba preparada, y algo le mostró cómo el hombre se rascaba la mandíbula. Estaba pensando, así que Emma, por primera vez, atacó primero.

El tirón en el estómago la hizo encogerse, pero se le cerró la garganta y cuando le faltaba el aire por un momento oyó a Forthan quejarse. Quiso abrir los ojos y admirar su trabajo, pero se concentró y atacó con más fuerza.

Una bofetada de esencia mágica se estampó contra su mejilla derecha, lo cual le hizo girar la cara. Sintió la sangre saliéndole de la herida, pero empujó el pecho, decidida a devolvérsela.

Siguieron así un rato, la magia volando entre sus cuerpos sin descanso, ambos buscando el mejor momento y el mejor espacio donde lanzar sus

hechizos y atacar.

Emma podía sentir, tras una sesión muy larga, su cansancio y el de su contrincante. Ambos atacaban más despacio, pero Emma sabía que Forthan la estaba empujando al límite: la batalla de prueba nunca era tan larga.

Se cansó de pronto, y dejó de atacar. Los golpes de Forthan seguían chocando contra su espalda, pecho y estómago, pero ninguno de los dos decía nada. Para aquel hechizo, Emma necesitaría mucha energía, por lo que probablemente sería el último.

Necesitaba una calma mental absoluta, así que se iba refractando de la situación poco a poco, mientras los golpes seguían. Pensó en Akilah: la avaricia de aquel hombre se la había robado.

Emma imaginó sus movimientos, y las palabras del conjuro. Sintió como un par de lágrimas de esfuerzo le caían en la herida del pómulo y le quemaban. Le crujió la espalda, le dieron náuseas, y un gimoteo de dolor le salió de la boca.

Sintió un golpe muy fuerte impactar contra algo. Creyó oír truenos a la distancia, pero eso era imposible: estaban bajo tierra.

—Tú ganas esta vez, Emma Calmcacil. —La voz le salió rasposa, moribunda.

Le pesaron los párpados cuando los abrió. Forthan estaba espatarrado en el suelo ante ella de forma bastante cómica, pero su pecho, el cual se sujetaba con la mano, desprendía un humo gris que olía muy mal.

Emma lo había electrocutado, pero no lo suficiente para matarlo: lo necesitaba vivo para el hechizo. Las ganas de acabar con su vida no le habían faltado.

No hablaron más mientras el hombre usaba un conjuro para curarse, pero esa noche, Emma se fue a la cama con una sonrisa. Ella misma intentó un hechizo de curación antes de meterse bajo las suaves colchas, pero no consiguió cicatrizar sus heridas, sólo sanarlas mínimamente.



Al día siguiente, Emma estudió en soledad y no se esforzó mucho en su última batalla de nivel. No quería que el hombre sospechara de ella y de su rabia, y le dijo que lo entendía todo cuando, tras ganar, el hombre le explicó que no creía que sus avances le harían sobrevivir al hechizo.

Emma asintió en silencio, pero el Mago de los Dos Soles se equivocaba.

Esa noche, antes de irse a la cama por última vez, Emma se preguntó si Cerai de Bätreum, la Portadora de la nota, habría sobrevivido al conjuro.

Quizás había aceptado que iba a morir y por eso había dejado sus enseres allí, dentro de la cómoda: no había forma de saberlo.

Esa noche, Emma soñó. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, pero sus sueños eran muy vívidos y parecían reales.

Primero, podía ver a Jack y a ella misma en un parque. No podía reconocer el lugar, y aunque tenía bancos de metal, como los que se veían en cualquier área verde de Londres, la vegetación no parecía terrestre.

Era una noche estrellada, y ambos estaban allí, cogidos de la mano, como si la guerra no comenzase al día siguiente.

—Deberíamos de montar en las espaldas de un dragón y huir a Eitrea —le decía Jack en el sueño.

—¿Por qué no a una de las otras tres lunas?

—Siempre me ha gustado el brillo azulado que desprende esa —le dijo el chico mientras sonreía. Parecía libre de preocupaciones, como si aún fuese un adolescente normal—. Además, es la más pequeña, así que no podrás alejarte mucho de mí.

Le besó la mano, pero Emma no pudo sentir el tacto de sus labios contra su piel.

—¿Por qué querría alejarme de ti, Jack?

De repente, la imagen se le desvaneció de la mente, y un sueño más confuso y angustioso la invadió. Estaba sola en la oscuridad, como si Jack, el parque, el banco y las estrellas ya no estuvieran.

Una luz muy fuerte pareció cegarla por un momento y una figura nació del fulgor.

Una mujer morena, con ojos verdes y vívidos la miraba desde la distancia. Vestía una túnica larga, roja y majestuosa. Emma observó cómo movía la cabeza y los labios, como tateando una canción sádica que ella no podía escuchar.

Algo o alguien agarró sus hombros y tiró de su cuerpo violentamente hacia atrás. Emma pudo escuchar los susurros de la mujer como si su boca estuviese justo en su oído.

—No te fies del lobo.



Lyuke le pidió a su mejor amiga que se reuniera con él en la muralla este del castillo. Ahí se habían construido algunas chozas que funcionaban como puestos de comedor ahora vacíos, al ser la última noche antes del solsticio.

Ella llegó algo tarde, y al chico le entró la melancolía al ver cómo las

cosas habían cambiado. Antes era él el que se retrasaba, pero ahora ella tenía a otro hombre al que atender.

Ni siquiera se disculpó por hacerle esperar, pero a él no le importó demasiado.

Hablaron de sus tareas durante un rato, sentados en una palestra de madera que alguien había construido sin mucho arte, hasta que él no se pudo aguantar más las preguntas.

—¿Es entonces ese elfo tu nuevo novio?

Los ojos marrones de ella se le clavaron en el alma como cuchillos incandescentes.

—¿Estás preguntando si le amo? —Lyuke no respondió—. El amor es para críos —le dijo ella—. Estamos en una guerra.

Él miró hacia arriba y sacudió la cabeza mientras hacía un sonido de burla con la boca.

—Eso es una sandez. —Se llevó la mano a la cadera, donde descansaba su espada dentro de la correa. Apretó la empuñadura con rabia—. El amor no se planea. No puedes decidir no enamorarte porque no te conviene.

Ella se recogió el pelo en una coleta, y le dejó de mirar para observar también las lunas.

—Quizás sean esos pensamientos los que te van a acabar matando, Lyuke.

Él se levantó de su asiento en el suelo, harto de que se riera de él. El joven rubio sabía que su amiga sabía perfectamente cómo él se sentía por ella.

Cómo se había sentido desde el comienzo de su formación en la Bahía de la Piedra Negra junto a ella.

Si le estaba diciendo todo aquello era porque no quería enfrentarse a lo que él tenía que decirle y se conformaba con acostarse con el elfo esporádicamente.

—Pues eso es lo que deberías de decirle a tu amado —le reprochó—. No lleva mucho tiempo aquí y desde el principio te ha seguido como si te conociera de toda la vida. ¿No te parece sospechoso?

Ella se levantó también y se acercó a él con un ademán desafiante. Lyuke tenía ganas de golpear algo, de irse, y los ojos de Hëlen reflejaban lo mismo.

—Que tú estés celoso de él no significa que sea una mala persona —le soltó ella—. La guerra empieza mañana: quizás el infame eres tú por decirme esto ahora.

Lyuke miró al suelo y negó con la cabeza. Reafirmó su abrigo a su alrededor. De repente le dolía mucho el pecho, como si le estuviera dando una

taquicardia, pero el dolor le llegaba tan profundamente que le aceleraba el latido y le nublaba los ojos con lágrimas.

—¿Sabes? —le dijo él antes de irse—. A veces me gustaría que el infinito que hay entre nosotros se pudiera eliminar con un beso —levantó la vista y la miró con odio—. Pero ahora me doy cuenta de que a veces es mejor guardar las distancias.



La chica despertó con un grito. Tenía los hombros, la espalda, y la parte de detrás de las rodillas bañadas en un sudor frío que la congelaba.

Se quitó las mantas de encima y se frotó la cara. Emma reconocía a la mujer. Tenía el mismo aspecto que lucía Bayten en los cuadros del castillo de Elium. Sin embargo, no sabía por qué la diosa de los animales, los dragones y la magia había aparecido en sus sueños o lo que querían decir sus palabras.

Tras una ducha, decidió no darle importancia a ninguno de los dos sueños. Era cierto que echaba de menos a Jack y a Akilah, y aquella era la única explicación lógica de sus delirios nocturnos.

Además, aquel era el día. El rey Séregon y su ejército estarían preparándose para la primera batalla. El fin del armisticio llegaría en pocas horas, en cuanto los soles llegaran al cenit sobre el trópico de Trílea. Aquella sería la noche más larga del año lunar: el frío se acercaba.

Emma sabía que no nevaba en la península de Fälet, pero la Bahía de la Piedra Negra, el despoblado Archipiélago del Tiempo, las Torres de la Cala del Sol y el resto del norte del planeta se habían ya comenzado a despedir del calor y comenzarían pronto a darle la bienvenida a una nieve permanente que duraría meses.

Si el Dios de la Muerte no había mentido y la Portadora sobreviviría al hechizo, entonces debería de darse prisa en llegar a territorio aliado o el frío se convertiría en su peor enemigo.

Cuando Emma salió al pasillo, las luces estaban encendidas, por lo que supo que no faltaba mucho para el amanecer. Tal y como el Mago le había dicho, quedaban pocas horas para el momento.

Emma se pasó el resto del día preparándose para su partida. Leyó e intentó memorizar algún otro hechizo, por si acaso, y llenó su bolsa con ropa de abrigo. Se lavó los dientes y el pelo a conciencia, no sabiendo cuándo volvería a tener agua limpia a su disposición. Cuando ya no sabía qué más hacer para matar el tiempo, se quedó sentada en la cama, que había hecho como si nunca hubiese dormido en ella.

Cerró los ojos, intentando huir de la sensación de ansiedad que le revolvía el estómago y le oprimía el pecho poco a poco, cada minuto algo más que el anterior. Intentó pensar en Jack, intentando continuar el sueño de la noche anterior. Parte de ella pensaba que nunca se volverían a ver, y que, si lo hacían, ninguno de los dos sería ya el mismo.

Era verdad que una vez que llegaron a Onteira, ambos dejaron de ser quienes eran. Ya nada quedaba del chico y la chica de Londres que se conocían desde niños.

Su amistad y sus caracteres habían cambiado y ya nada volvería nunca a ser lo mismo. A Emma ya no le importaba tanto como lo había hecho semanas atrás con su partida.

Los puños letales del Mago golpearon la puerta de su dormitorio y la sacaron de su ensoñación, sorprendiéndola.

—¿Estás lista, Emma Calmcacil?

La voz sonaba amable, acallada por la pared que los separaba, pero Emma pudo distinguir el ansia y la sed de muerte en ella.

—Sí.



Jack estaba sentado sobre un bordillo de piedra observando el solsticio. Normalmente aquella época del año era motivo de reunión y celebración, algo así como la Navidad en la Tierra, pero ese invierno nadie había salido fuera de las chozas para celebrar que los soles volvían a estar en posición cenital después de tantos años.

Los ciclos solares y lunares eran mucho más largos que los terrestres, así que Jack se sentó a observar algo que quizás no volvería a ver hasta que fuera más mayor y más adulto. Aunque quizás moriría antes de eso.

Lyuke se reunió a él y se sentó a su lado. Ambos iban envueltos en gordos abrigos y calzaban botas de nieve rudimentarias.

—Quedan nueve minutos —le dijo Jack, que miraba su reloj de pulsera con ansiedad.

Lyuke asintió y se pasó una mano por la barba rubia. Se la estaba dejando crecer.

—He hablado con Hëlen —le contó, aunque sabía que no le importaba—. No ha salido bien.

Jack asintió rápidamente sin mirarle, como si fuera de esperar.

—Claro —se limitó a responder.

—¿No crees que oculta algo?

El rey se giró hacia él y Lyuke vio el brillo juvenil en sus ojos. El brillo que indicaba que su amigo, al que le gustaba saber la verdad, seguía allí, enterrado bajo las piedras sobre las que se soportaba el trono de un rey.

—¿Quién? ¿Áminor?

El destello se fue tan rápido como había llegado. El rubio asintió con la cabeza y Jack resopló.

—No lo sé —le dijo—. Pero te sorprendería saber cuánta gente oculta algo en este maldito castillo en ruinas.

Jack no elaboró más y Lyuke no se atrevió a preguntar sobre de lo que él se había enterado, porque el rey hizo una señal a su reloj de pulsera indicando que era la hora y los dos miraron al cielo.

No mucho había cambiado desde hacía diez minutos, pero los dos soles formaban una bonita y perfecta diagonal en el horizonte.

Tasartir, más abajo y más pequeño que nunca, con el diminuto Ireth a su derecha, algo más arriba.

Jack se levantó y desenfundó su espada. El metal brillante de Wentrez se reflejó contra la luz de los soles, formando un espejo de perfectos destellos. El rey se giró hacia su mano derecha y le dio la sonrisa más sádica que Lyuke había visto nunca.

Ojos azules entrecerrados en cansancio, barba desaliñada, pelo despeinado, y una piel casi tan blanca como los dientes.

—Que comience la guerra.

Capítulo 11

Infierno de sangre

Sus muñecas y sus tobillos estaban atados a la silla de la sala de la magia. Se sentía atrapada, pero no le importaba. Observaba a Forthan en silencio mientras trabajaba.

Emma se preguntó por qué estaba atada a la silla mientras él realizaba la pócima, pero supuso que todo formaba parte de su plan de asesinato. Así se aseguraba de que ninguna de las Portadoras cambiase de idea.

La soga que le rasguñaba las extremidades le recordaba que no había a dónde ir.

El hombre sólo tenía un bol, una cuchara, cinco botellas y dos tarros. Todo estaba sobre el escritorio, y no había libro o instrucciones que estuviera leyendo mientras operaba.

La chica se mantuvo en silencio.

¿Tendría que beberse aquello? ¿Sería un veneno el que se suponía que la mataría?

No estaba segura de si el diablo iba a romper su promesa, pero si era un hombre negocios, Emma confiaba en que no lo hiciera. No estaba allí sentada para echarlo todo por la borda ahora.

El Mago de los Dos Soles comenzó vertiendo un líquido incoloro que parecía simplemente agua. No midió la cantidad, así que Emma supuso que no importaba.

Procedió a abrir una botella más pequeña, y a echar un pequeño chorro de un líquido verde de consistencia pegajosa. Lo revolvió con la cuchara hasta que todo se disolvió y la mezcla se hizo completamente transparente.

Esperó un minuto completo, mirando el recipiente de barro con ojos como platos. Abrió un tarro grande como un puño y añadió una pizca de polvo azul que desapareció en el líquido sin efecto aparente. Pareció entonces debatirse entre abrir una nueva botella o un bote más grande que el anterior, como si no se acordase bien del orden. Se frotó la barba rojiza, que se había dejado más larga, y se decidió por la primera opción.

Volcó casi todo el contenido en la botella y susurró con rabia, como si estuviese enfadado de que el contenido estaba a punto de acabarse. Abrió el bote después y cogió un pequeño pedazo de algo marrón que Emma no pudo distinguir. Lo desmenuzó entre sus dedos como si fuese un trozo de pan blando

o arcilla seca, y Emma arrugó la nariz ante el olor de todo mezclándose, incapaz de taparse la cara con las manos.

Forthan removió despacio durante largos minutos, comenzando a canturrear el ritmo de una canción que Emma no conocía.

—¿Ha visto alguna vez al Dios de la Muerte?

La mano derecha del mago paró de revolver por un instante para después seguir haciéndolo más rápido que antes.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Vive usted muy cerca de las puertas a su infierno.

Forthan rio entre dientes mientras echaba cuatro gotas de una última botella. La poción tenía un tono marrón verdoso y desprendía un olor asqueroso a azufre que hacía que la chica quisiera vomitar.

—Irahl't no atiende a cualquiera —respondió él como si fuese una obviedad.

—Claro.

Ninguno de los dos dijo nada más mientras Forthan casi derramaba un último líquido incoloro más allá del bol. Le templaba la mano.

Revolvió algo más y cogió por fin una perlitita blanca del tamaño de una almendra de una lata descolorida de color azul. La soltó a una distancia prudencial del líquido, como si las salpicaduras le pudieran quemar como el aceite que salta en una sartén, pero lo único que hizo la bola fue eliminar el color y el olor de la mezcla. El mago revolvió un poco más y después se volvió hacia Emma, como si no estuviera a punto de asesinarla.

—¿Para qué es el mejunje?

Ella le miraba con seriedad.

—Digamos que actuaré como hilo conductor en tu cuerpo para que la magia llegue al Poder y lo amanse. —Quizás la iba a matar electrocutada, como Emma le había atacado a él dos noches antes—. Ahora mismo es como un caballo desbocado.

—Gracias por darme un lugar para quedarme y por hacer esto por mí —mintió Emma.

—No hay de qué. —Las comisuras de sus labios se extendieron en una sonrisa más grande—. Es mi deber como Mago de los Dos Soles. Este poder se me dio de la mano de los Dioses tal y como te dieron el tuyo.

Emma asintió. Quería desatarse, pero sabía que quedaban minutos para que llegase el momento. Forthan se fue de la habitación durante unos instantes y aó todas las luces al volver. Encendió dos candelabros en la mesa, la cual

había puesto justo delante de la chica, y se sacó un reloj de bolsillo plateado de los pantalones.

Lo comprobó y asintió para sí.

—Quedan tres minutos. ¿Estás lista?

Ambos sabían que la profecía decía que el Poder moriría solo, pero Emma confiaba que su trato con el Dios de la oscuridad fuera suficiente para cambiar el destino.

—Sí, cuando usted quiera.

Estiró la espalda contra el incómodo respaldo de la silla y relajó las extremidades para no lastimarse más con la soga.

Forthan asintió solemnemente. Se había vestido completamente de negro para la ocasión, listo para atender a su funeral.

Juntó las manos y comenzó a recitar frases ensayadas en obleico antiguo, el idioma que tanto Irahlt como él usaban para llevar a cabo sus tratos.

Emma quería cerrar los ojos, pero se obligó a mantenerlos abiertos y avispados. El hombre cogió el recipiente con la pócima incolora y lo alzó, como esperando que algún tipo de luz se reflejara en su superficie. Evidentemente eso no ocurrió, estaban bajo tierra, como topos. Calló y lo mantuvo así durante diez segundos, y Emma se preguntó si los soles estarían alcanzando el cenit en ese momento.

Forthan continuó con sus palabras y se acercó con pasos solemnes hasta la chica. Le puso la mano izquierda en la cabeza mientras vertía todo el líquido en su pelo. Emma cerró los ojos, sintiendo cómo le escurría por la cara, por la ropa, se perdía en su cuello y le mojaba el pecho.

Pudo oír cómo el mago posaba el recipiente en la mesa y abrió los ojos. Ambos se miraron durante un instante, y Emma apretó la mandíbula mientras Forthan gritaba cinco palabras en aquel lenguaje arcaico.

Después, lo único que pudo sentir era dolor.



Hëlen y Áminor se sentaron en el suelo, rodeados del resto de los equipos médicos. Algunos lloraban y otros miraban la diagonal que formaban los dos soles con admiración.

Ambos no dijeron nada mientras el solsticio alcanzaba su momento culminante en el segundo exacto, pero Áminor intentó cogerla de la mano y ella se sacudió el gesto de encima con crueldad.

Al acabar, cuando todo el mundo se iba para reanudar sus quehaceres, listos para avanzar hacia el Sur de Onteira, él la detuvo y le preguntó qué le

ocurría.

—He tenido una pelea con Lyuke.

—¿Qué ha pasado?

—Digamos que se me confesó y la cosa salió mal. —Áminor pareció contento, como si pensara que ella había rechazado al rubio porque estaba enamorada de él—. Me dieron ganas de romperle el cuello.

El hombre sonrió más fuertemente y le pasó un brazo por los hombros. Ella puso una mueca de asco.

—Le habrás roto el corazón —razonó él.

Ella se escurrió de su abrazo y puso los ojos en blanco antes de farfullar.

—Mejor un corazón roto que un pescuezo partido por la mitad.



Parecía que tres mil cuchillos se le clavaban en la espalda, el pecho, los riñones y el cráneo. Sentía el desenfrenado ritmo de su corazón en la cabeza, y con cada latido una nueva sensación punzante la invadía.

No tardó en gritar y en llorar, y su voz le rasguñaba la garganta mientras la piel le quemaba y algo inexistente le clavaba invisibles agujas en cada centímetro de su piel.

No podía abrir los ojos, pero cuando lo hizo, pudo distinguir entre las motas blancas, naranjas y rojas que veía, la sonrisa inhumana de Forthan.

Él creía estar cerca, pero Emma sabía que tenía que luchar contra el dolor de lo que fuera que le estuviera haciendo.

Sufrió durante una eternidad. Tiraba de sus ataduras y se rasguñaba las muñecas y los tobillos, pero no le importaba. El resto de su cuerpo quemaba desde adentro y el exterior parecía estar siendo acuchillado de manera cortante. Le pareció sentir cómo se le desprendía el pelo, cómo la piel se le derretía y le caía en los zapatos mientras aullaba en su suplicio. Cuando intentó abrir los ojos de nuevo para comprobarlo no pudo ver nada más que un infierno rojo como la sangre.

Podía oír el tictac de un reloj, pero después pensó que los escozores y pinchazos la habían vuelto loca.

De repente, todo pasó, la boca de Emma se cerró y cayó casi desmayada sobre el respaldo, sin poder decir nada o mover un dedo.

—Hora de la muerte... —oyó a Forthan decir como si estuviese jugando a los cirujanos tal y como Emma hacía cuando era una niña—. Siete cuarenta y dos Post Meridiem.

Una sensación de alivio le recorrió el cuerpo.

Abrió los ojos con esfuerzo y tosió.

—¿La muerte de quién? —dijo con inocencia.

Parecía que Forthan hubiese visto un fantasma, pero el hombre no movió un músculo cuando se miraron a los ojos. Emma sentía el cuerpo entumecido, y dudó si el Mago la intentaría matar manualmente. Ambos sabían que ahora el Poder le podría matar en un instante, y Emma vio en sus ojos cómo se rendía.

Carraspeó antes de hablar.

—La del caballo desbocado, por supuesto.

Se tambaleó hacia adelante a la hora de desatarle los pies y las manos a Emma. Sus dedos estaban fríos, pero trabajaban rápidos y nerviosos. La ayudó a levantarse con cuidado, sujetándola por las muñecas, y por un momento Emma olvidó que aquel hombre había intentado asesinarla. Se vio reflejada en sus ojos oscuros, y pudo ver en ellos que no se atrevería a hacerle daño en alguna forma que no fuera el hechizo.

Cuando se estabilizó, Emma vio que no había demostración visible del dolor que había sentido durante el hechizo.

Los únicos moratones y rasguños que conservaba eran los que Forthan le había dado durante sus pruebas y las quemaduras que la cuerda le había dejado tras estar atada durante una eternidad.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó tras soltarla.

—La verdad es que no siento nada nuevo. —Dio un paso hacia atrás, dejando una distancia de seguridad entre sus cuerpos—. ¿Cómo debería de sentirme?

—No estoy seguro —le confesó él—. Pero ninguna de las Portadoras a las que he intentado ayudar siente nada en específico.

—Eso es porque las matas. —Crispó las manos en puños y su voz resonó grave y profunda, peligrosamente—. Para mantenerte joven bajo tierra, como un parásito.

Había tenido que perder a Akilah para eso. Para estar allí, en ese momento, aun respirando ante aquel ser estúpido. Se sentía humillada, una perdedora ante el destino regido por unos Dioses que habían hecho de su vida un teatro dramático.

—Emma Calmcacil...

—¿No te importa la guerra? ¿La muerte de miles? ¿El legado de los menas? ¿De tus padres y hermanos? —Ella caminaba hacia él y él retrocedía hacia la puerta—. ¿Qué creías que haría Cáleim contigo si yo moría?

Forthan se encontraba a dos escasos metros de la puerta, pero Emma sabía

que no le dejaría huir.

—Cáleim no puede hacerme nada —declaró él, su acento cavernícola rebotando con el eco en la habitación—. Soy el Mago de los Dos Soles.

Sus ojos viajaron a todos los lados y se giró con rapidez, agarrando el pomo de la puerta. Emma se quedó allí, de pie, con los brazos cruzados y sonriendo de forma despiadada mientras él se peleaba para abrirla sin descanso.

El hombre torció la mitad de su cuerpo para mirarla, casi ya rindiéndose. Emma dejó que su cabeza se cayera hacia la izquierda.

—Yo sí puedo hacerte algo.

El Poder agarró al mago y lo lanzó espalda al techo. El hombre gritó y Emma lo vio sufrir y sufrir en silencio.

Capítulo 12

El reino del enemigo

Los ojos le escocieron cuando salió a la superficie. La luz le taladraba la cabeza, y en sus primeros intentos de ver algo sólo podía divisar manchas. Por un momento, pensó que tras el solsticio el mundo se había convertido en un infierno oscuro y destrozado. Sin embargo, pronto recuperó la visión, y pudo comprobar que todo a su alrededor parecía estar tranquilo e intacto. Tal y como lo había visto antes de entrar bajo tierra. Sentía frío, pero los dos soles brillaban en el cielo y las nubes se paseaban tranquilamente por el horizonte.

Se pasó las manos por la ropa. Tenía la camiseta llena de sangre.

No había matado al mago, pero sí le había dejado un buen corte —que dejaría cicatriz— a través de su rostro, desde el ojo izquierdo a la barbilla. Se había imaginado la esperanza y después muerte de otras Portadoras como ella y no había podido sino cobrarse un poco de venganza. Algo insignificante comparado con las vidas que se había cobrado Forthan para mantener su rostro sin arrugas.

Las cosas que había retirado de la silla de Victoria antes de adentrarse en la oscuridad de la cueva ya no estaban allí. Alguien o algo se las había llevado, y no pudo evitar sentir un escalofrío al pensar que alguien la seguía o que el enemigo había adivinado su posición.

Caminó de vuelta al norte, despacio, pero sin detenerse, y no tardó en dejar atrás el arco negro que anunciaba la entrada a Idek. La hierba ya algo seca por el frío comenzaba a nacer bajo sus pies, esperando recibir algo del calor de los soles.

Los árboles comenzaron a rodearla según se iba alejando de las Catacumbas, y pronto perdió la esperanza de encontrarse de nuevo con Victoria. Si seguía viva, la yegua estaría ahora viviendo en libertad y sólo los dioses sabrían dónde.

Se sentó debajo de un árbol para tomarse un descanso. Había cogido algo de comida de la cocina de Forthan, pero no suficiente. No sabía adivinar si el hambre o el frío la iban a matar antes.

Justo cuando iba a darle un sorbo a la limitada cantidad de agua que tenía, Emma escuchó un aullido.

Claro, profundo, fuerte y largo. Cerró la botella y la guardó en la mochila

con las manos temblándole. Reconocería aquella llamada en cualquier parte. Agarró la bolsa y saltó hacia arriba, echando a correr entre los árboles. Un segundo ladrido, más cerca. Más cerca.

Akilah estaba allí.

¿Dónde? Miró a su alrededor con ansía, había perdido el rumbo, ya no escuchaba sus aullidos. Intentó relajarse, pararse a pensar, pero los latidos de su corazón le retumbaban en las orejas, como si la sangre estuviese saliendo por ellas.

Escuchó algo detrás de sí, entre los árboles, pero antes de poder girarse a comprobar si era Akilah la que la observaba desde la penumbra, un doloroso pinchazo en el cuello lo volvió todo negro, y de repente, estaba cayendo.



Lyuke pensó que el viaje no podía ser más monótono.

Habían decidido partir de inmediato al sur, para intentar llegar a encontrarse con Cáleim más abajo y tener más terreno a sus espaldas a la hora de la primera batalla.

Jack había asegurado que Cáleim sabría dónde estaba y que él mismo movilizaría a su ejército para la batalla.

Era evidente que lo haría a través de la magia, pero también contaba con soldados de carne y hueso entre sus filas y no podría teletransportarlos a todos a la vez. Les dijo que no había de qué preocuparse: se encontrarían con la batalla más al sur y el terreno a sus espaldas quedaría asegurado.

—Puede que sea un Nigromante —había dicho el rey con el pecho inflado—, pero si algo he aprendido de los informes de las primeras batallas es que no es un tramposo.

Lyuke no estaba tan seguro, pero no se había atrevido a llevarle la contraria.

El rey le había dotado de la más brillante armadura dorada, que hacía directa referencia a su escuadrón de infantería, y le había dado un semental destrero, negro como el carbón, con unos músculos fuertes como el hierro y una cresta de tejido fuerte en el cuello que abrazaba la propia armadura del equino.

Lyuke estaba bastante seguro de que su rey también tenía un caballo del mismo tipo, al igual que la mayoría de los oficiales, pero el suyo era de un blanco muy puro, probablemente albino, y tenía unos ojos azules y claros como el hielo.

Los soldados seguían detrás de ellos en una fila muy larga, y aunque Lyuke

no se había quejado en lo más mínimo, sí empezaba a impacientarse.

—¿Cuándo pararemos a descansar?

Se inclinaba hacia él en la montura al preguntarle, pero el joven ni siquiera lo miró.

Había desenfundado su espada y miraba su reflejo, como ido. Jack habló, pero Lyuke no entendía el idioma que hablaban en la Tierra, el llamado *inglés*. Se preguntó qué estaba diciendo Jack para sí mismo, repitiendo lo que parecía ser la misma palabra o frase una y otra vez como un mantra, pero no tuvo la audacia de volver a hablar.

—Muerte, sangre, muerte, sangre...



Cuando despertó, estaba tumbada en una cama. Inmediatamente, se removió en busca de su captor, pero lo único con lo que se encontró fueron unas sábanas azules marino, su color favorito, con paredes tapizadas a juego en divertidos diseños de terciopelo. Todos los muebles eran blancos, limpios y finos como las nubes, y los ventanales cubiertos en cortinas de aspecto etéreo le robaban el habla. Parecía la habitación de un noble o de un rey.

Se levantó rápidamente, y fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien la había cambiado de ropa y le había puesto un camisón blanco de mangas largas que le llegaba hasta las rodillas, entallado en la cintura y con encaje en el bajo. Se relajó un poco al ver que llevaba puesta su misma ropa interior, pero el pánico volvió a ella enseguida.

Se aproximó a las ventanas, enormes y que cubrían toda una pared, y lo que divisó por ellas le dejó la mente en blanco por un momento.

Inmensos jardines que se fundían con el horizonte. Pastos verdes, arbustos, árboles y flores de los más vivos colores, fuentes, lagos y ríos con el agua más cristalina que había visto nunca.

Aquel no podía ser el arrasado castillo de Walleyz, pero tampoco la incultivable Cerghá. “¿Verdad?”

¿Dónde estaba? ¿Cómo había podido caer en un truco tan estúpido? El nerviosismo se convirtió en ansiedad y se le atascó el aire en la garganta. “*Voy a morir. Voy a morir. Voy a—*”

La puerta se abrió, y mientras se giraba en guardia, intentó agarrar una flecha del carcaj, pero era obvio que ya no lo llevaba a la espalda.

Pudo sentir el frío que nació del parqué y la atravesó entera cuando aquel hombre entró en la habitación y la miró de arriba a abajo.

Por un momento, no supo qué decir, pero el miedo se fue de ella como si

su madre le hubiese dado un abrazo.

Llevaba el pelo castaño perfectamente peinado casi en forma de tupé natural, con los laterales más cortos que la lustrosa parte de arriba. Las cejas acentuadas abrazaban perfectamente sus serios ojos verdes, y la barba de tres días definía su mandíbula cuadrada y sus pómulos marcados. La nariz perfilada y estrecha... Emma no tendría nunca suficiente tiempo para describirlo.

¿Se había Emma confundido de palacio y había acabado en el de un príncipe? ¿O estaba aún soñando y solamente se había tropezado al correr?

—No pensé que ibas a ser tan hermosa cuando mandé que te capturaran.

Emma se obligó a pensar en sus palabras en vez de en su voz.

—¿Crees que te has equivocado de chica? —le preguntó ella con cautela.

Él río para sí y su sonrisa la deslumbró. Parecía muy feliz para ser alguien que acaba de raptar a una joven que corría por el bosque. Se dio cuenta de que no había cerrado la puerta tras él, y Emma podía ver un pasillo con suelos oscuros y paredes tapizadas de blanco y dorado tras el cuerpo del joven.

—Reconocería a La Portadora en cualquier parte. —Le sonrió como si fuera un viejo amigo—. Has dado mucho que hablar por aquí.

Emma apretó la mandíbula y dio un paso hacia la ventana, más lejos de él. Volvió el miedo, con más fuerza. Podía sentir su corazón latiendo desbocado en el pecho, y por un momento temió que él pudiera oír también su pánico.

—¿Quién eres y dónde estoy? —preguntó sin rodeos.

—¿Estás impaciente hoy?

—Puede que sea La Portadora —le avisó—, pero deberías saber que no soy famosa por mi mansedumbre.

Él pareció sonreír incluso más, como si fuera aquella reacción la que estaba esperando exactamente. Emma reparó en su atuendo. Camisa gris, chaleco y pantalones negros, capa azul.

—Mi nombre es Keir, hijo de Cáeim, y estás, evidentemente, en Cerghá, en el nuevo palacio del reino de Fälet.

Por un momento, Emma fue incapaz de procesar la información. Tenía que ser una broma, simplemente no podía ser verdad.

¿Dónde estaba su pelo rojo como la sangre? ¿Sus ojos negros y mortíferos que debería de haber heredado de su supuesto padre?

Aquel hombre que estaba ante ella no aparentaba más de veintitrés años y no tenía el aspecto de un villano, asesino e hijo de nigromante. Parecía un príncipe de cuento de hadas, y eso sólo le hizo desconfiar más de él.

No le cabía la posibilidad de que fuera capaz de hacer nada malo, de ser el heredero de un reino con soldados hechos de almas de muertos y el hijo de un rey que había matado a un dragón.

—Mientes —declaró Emma—. No te pareces en nada a él.

Él pareció confuso y sorprendido por un momento. Ladeó la cabeza, pero volvió a sonreír.

—¿Cómo dices?

—No te pareces a él —repitió ella—. En nada: él es un villano, un Nigromante. Ha matado a miles y yo le mataré a él en cuanto le tenga delante —le hirvió la sangre—. Tiene el corazón de un dragón, pero seré yo la que se lo arranque del pecho.

Ahora, Emma no estaba segura de nada. El joven había sonreído incluso más, como si le hubiera gustado lo que había oído. Emma quería matarle allí y ahora, pero el terror que sentía le impedía moverse, incluso si él la miraba con algo parecido a la amabilidad en sus ojos.

—Mi nombre es Keir —repitió el joven—, y, aunque no me parezco a Cáleim, soy la mano derecha del rey y básicamente el heredero al trono: muchos dicen entonces que soy su hijo adoptivo.

Sin más tiempo que perder, Emma alzó el mentón mientras subía la mano derecha. De su palma nació una llama, que inundó su piel con calor sin llegar a quemarla. La apuntó hacia su enemigo, el cual no pareció inmutarse ni lo más mínimo, no pareció temer el fuego, pero la miró como si nunca hubiese visto nada igual, como si su nerviosismo le interesara pero no le pusiera nervioso. Como si quisiera saber cómo funcionaba el Poder exactamente, como si sólo sintiera curiosidad.

¿Por qué tendría el Nigromante a un crío como ayudante? No lo sabía, pero eso servía para indicarle que tenía que haber algo de especial en Keir. La miraba desde el umbral de la puerta con los fuertes brazos cruzados sobre el pecho, parecía estar perdiendo la paciencia, parecía apurado, tenía prisa por conseguir algo.

No llevaba armas: ni una espada, ni un arco. Nada.

—Baja la mano, lobita —le pidió bajito.

—No eres quién para darme órdenes —gruñó ella de vuelta, asqueada con el mote.

La llama se avivó sobre su palma, intentando acercarse más al joven. Él sonrió de nuevo, pero esta vez su sonrisa le decía a Emma que él se estaba divirtiendo.

—¿No me tienes miedo? —preguntó él.

—He conocido a la muerte —dijo Emma sin mentir—, y tú no te comparas a él.

Aquello sólo pareció entretenerle más, y a Emma se le acababa la paciencia también.

Dio un paso hacia Keir, y él no se movió. Avanzó de nuevo hasta que, con un solo soplo, el fuego le podría quemar la cara.

Vio sus ojos verdes, de casi el tono de las ramas del enebro, desde el otro lado de las ascuas, y le desafió a hacer nada. Aparentaba estar tranquilo, y sus ojos no le sonreían, la exasperación los carcomía y la miraban con preocupación mientras su mueca de alegría se esfumaba completamente de su rostro. ¿La temía ahora?

—No es necesario montar un espectáculo, Emma.

Sabía su nombre. Aunque aquello era obvio si Cáleim estaba entre las paredes de aquel palacio. Tenía que matarlo. Era ahora o nunca. Podía sentir el Poder a su alrededor, esperando.

—¿Ah? —Ladeó la cabeza, sin casi inmutarse—. A mí me parece que quemarte esa bella cara que tienes sería muy entretenido.

—No si quieres ver a tus padres.

Se le atascó el aliento en la garganta. Le faltó el oxígeno, y parecía que a la llama que nacía entre sus dedos le ocurría lo mismo. Ni siquiera había pensado en eso.

Keir subió la mano poco a poco, esquivó despacio el fuego, y le tocó suavemente la muñeca. Ese simple roce fue suficiente para que la lumbre quemara la piel de Emma, que con un grito de dolor la ordenó extinguirse.

Se miraron con sorpresa, y Emma se preguntó si Keir había utilizado algún truco para volver su magia contra ella.

El Poder gritó a su alrededor, pero sólo ella podía oírlo. Sufría porque el toque de Keir había hecho que algo le pusiera cadenas. Emma sintió como ya no podía utilizarlo al completo, como algo tiraba de él hacia atrás, lejos de ella.

Emma volvió a retroceder hacia la cama, hacia la ventana, donde se sentía más segura, pero el joven miró a su alrededor y se fue, cerrando la puerta tras él como si lo que había hecho le hubiera avergonzado, dejando a Emma completamente sola en las garras del enemigo, llorando.



Lyuke pensó que se volvería loco enseguida. Jack y la estúpida de Meagha

llevaban horas discutiendo en la tienda de alto mando.

Cada vez que un asunto se zanjaba, ella volvía con uno nuevo sobre el que quejarse.

Jack había por fin dejado que se detuvieran hacía unas horas. Todos los soldados, magos y médicos habían montado sus tiendas justo detrás de una colina, sobre la cual el rey había mandado situar el puesto de vigilancia.

Pasarían la noche allí y reanudarían la marcha hacia las Colinas de Ran (de las cuales no estaban muy lejos) al amanecer.

Lyuke estaba a punto de decirle a la humana que se callara. La verdad es que no sabía qué era lo que había pasado entre aquellos dos, que parecían llevarse más que bien días atrás, pero tampoco iba a gastar saliva en descubrirlo.

No era ningún secreto que detestaba a Meagha tanto como detestaba a Áminor.

En ese preciso momento el rey y la humana discutían sobre la colocación de unas tropas. El rey había decidido algo respecto a la Infantería de las Runas, de la cual la chica estaba al mando, y ella no parecía estar de acuerdo con su decisión.

La conversación se volvió tan agitada que el rey y la mujer no tardaron en perder las formas. Lyuke lo miraba todo sentado en un cesto, como si fuera un gran espectáculo con el cual entretenerse en la víspera a una guerra.

—¡He dicho que la disposición...!

Jack dio un golpe a la mesa, se levantó de su asiento, y desenfundó la espada. Apuntó el final a la garganta de la chica y el rubio se levantó de un salto, en guardia.

La chica tragó, pero no se movió ni un centímetro. Los ojos de Jack brillaban con una sombra más oscura que nunca, y Lyuke tembló en terror.

—Soy tu rey —dijo él como si no fuera algo obvio—. Y si vuelves a alzar la voz contra mí, entonces puedo asegurarte que la colocación de tus tropas será el último de tus problemas.

Jack bajó la espada, la enfundó y Meagha salió corriendo como un conejillo asustado.

El rey se sentó de nuevo con un suspiro y miró a Lyuke con una sonrisa forzada. El rubio se la devolvió con incluso más dificultad y volvió a tomar asiento también.

—No queremos matar a nadie antes de que empiece la primera batalla, ¿verdad?



La chica esperó durante horas. Los Soles comenzaban a esconderse, y se preguntó si Keir iba a volver. Quizás para que ella pudiera ver a sus padres, quizás para matarla.

Había encontrado vestidos, ropa interior, camisas y pantalones en los vestidores.

Se había bañado y cepillado el pelo, y la chica que la saludaba en el espejo, ahora limpia y fresca, le parecía mucho más débil que la que se había enfrentado al joven de la capa azul.

Se peinó el corto pelo (que le comenzaba a volver a crecer) y se puso una camiseta roja y unos pantalones negros de lino.

Todos los demás tejidos parecían demasiado sofisticados para una arquera.

Esperó de nuevo, sentada en la cama. Había intentado abrir la puerta y las ventanas, pero ni siguiera su magia (la poca que podía utilizar tras su encuentro con aquel joven) lo conseguía. Era obvio que las habían sellado con algún hechizo que ella no sabía descodificar aún. Probablemente magia oscura.

De repente, le invadieron las ganas de llorar de nuevo. Se volvía a sentir muy cerca de la muerte. ¿Cómo había podido ser tan lerda? Era evidente que tras escapar de la trampa de Forthan, Emma se había sentido en la cima del mundo. Pensaba que ahora que había sometido a su Poder, ahora que la magia ya no iba a poder consumirla gracias al hechizo protector y que sentía su don como parte de sí, como si algo la acompañara siempre, ya nada sería capaz de pararla. No podría haber estado más equivocada. Aunque aquella trampa parecía haberla acercado a sus padres tanto como quería, también la había llevado a las fauces de la muerte.

Si Keir no había mentido, Cáleim en persona tenía que estar en aquel castillo. Para él había sido muy fácil, demasiado sencillo. Había bastado con reproducir el aullido de Akilah para que sus defensas y reflejos cayeran al suelo.

Había echado a correr por el bosque como una posesa sin siquiera reparar en la persona que le iba a lanzar un dardo con un veneno somnífero.

Y ahí había acabado, en el hogar del enemigo. Encerrada cual princesa o reina en la torre. ¡Qué paradoja! Ella misma le había dicho a Akilah que no había nacido para ser reina, y ahora, el perder a su amiga y querer recuperarla la habían dejado, de nuevo, encerrada en un lugar desconocido. Estaba a punto

de volver a ver a Irahlt, y esta vez, tal y como él había dicho, la recibiría a las puertas de su reino con los brazos abiertos.

Por lo menos, quizás sería capaz de volver a ver a sus padres, y, sin embargo, aquella situación le parecía demasiado fácil. ¿Iba Cáleim a dejarla verlos antes de morir? Quizás solamente quería hacerla sufrir antes de córtale la cabeza, o asesinarla lentamente.

Quizás también le arrancaría a ella el corazón del pecho.

En medio de todo aquello estaba Keir. Un joven apuesto que, a simple vista, podría haber sido príncipe de cualquier reino de ensueño. De las Torres de la Cala del Sol, quizás. O incluso de los pueblos de Puerto Luz, al suroeste de Onteira.

Alguien llamó a la puerta, pero Emma no respondió. La gran madera blanca se desplazó para dejar ver a una chica algo menuda y muy flaquita.

Tenía la piel bronceada como la del heredero de Cáleim, los ojos muy azules y el pelo negro y largo, muy muy liso. Tenía la nariz muy grande y una mancha blanca de nacimiento le teñía la mejilla izquierda.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a Emma muy despacio, como si la temiera. La chica no se movió de la cama ni habló. La sirvienta hizo una reverencia y La Portadora reparó en su negro vestido, sencillo y sin decoraciones.

—Hola, señorita Calmcacil. —Su voz era tan tímida como ella, dulce como la de un ruiseñor—. Mi nombre es Brina y seré su doncella durante el tiempo en el que se hospede con nosotros.

Emma frunció el ceño. Cáleim le había otorgado una ayudante antes de morir.

—Puedes llamarme Emma.

La chica le sonrió, y la chica se dio cuenta de que tenía un espacio entre los paletos y los dientes algo torcidos.

—El príncipe Keir ha sido quien me ha asignado: me ha pedido que la vista para que pueda cenar con él.

Emma quiso fruncir el ceño incluso más ante sus palabras, decirle que ella no iba a cenar con nadie, pero sabía que Brina no tenía la culpa de nada. Se levantó suspirando de la cama y la chica se puso a trabajar.

Entonces había sido el “príncipe” del castillo quien le había pedido que se arreglase. Quizás era tradición que uno tuviera un aspecto presentable antes de morir.

Brina le pidió que se pusiera un vestido en vez de camiseta y pantalón.

Emma se negó a ponerse un corsé, así que la muchacha la ayudó a meterse en un vestido verde bosque con acentos y bordados dorados. Tenía algo de escote y, como el camisón, se le ceñía a la cintura. Largas telas en forma de pico le caían de las mangas, desde los codos hasta las muñecas, y el bajo dorado caía al suelo y no dejaba ver sus pies.

Era pesado, muy muy pesado, y a Emma no le gustaba. No era apropiado para nada. Ni siquiera para ir a la tumba con él. *“Demasiado grueso, arrastra entero, me estorban las telas de los brazos”*; se quejaba a Brina, que le decía que era el vestido más típico de Onteira. Emma sólo había visto algo como aquello en los libros de historia medieval.

Tras calzarla unas botas bajas labradas en cordobán, la peinó. No había mucho que hacer, ya que Emma se había cortado la melena, pero Brina parecía tener que asegurarse que no había ni un nudo en el cabello de la chica.

La maquilló, pero Emma dijo que nada de polvos blancos. Al final, la joven se miró en el espejo, y estuvo a punto de no reconocerse.

Siempre había soñado que se vestiría como si fuera de la realeza para su graduación o para su boda, pero no imaginó que un vestido medieval iba a ser lo que se pondría el día de su muerte.

Brina la acompañó fuera de la habitación, y Emma le pidió perdón a toda Onteira por fallarles, por no poder cumplir con la profecía, tras cruzar el umbral.

Tres guardias las esperaban fuera para escoltarlas. Estaban hechos de carne y hueso, y no de almas, como los otros vasallos de Cáleim que Emma había conocido hasta entonces. Llevaban una sobrevesta azul oscuro con una estrella de ocho puntas en el centro que resaltaba sobre el metal brillante de la armadura.

Brina lideró el camino hacia la derecha, para bajar por una inmensa escalera de caracol de mármol, con ventanales y vidrieras decoradas con dragones, guerreros y reyes. El palacio era hermoso, y los zapatos de Emma resonaban contra el mármol de los escalones, haciendo que se estremeciera.

La sala principal a la que daban las escaleras estaba también cubierta de mármol blanco, y las paredes estaban decoradas con columnas y arcos, cuadros y cristales coloreados.

Brina se detuvo frente a un gran portón salvaguardado por dos guardias más. Se despidió de Emma y la dejó sola frente a la entrada.

Los guardias abrieron las inmensas puertas negras para ella, y el gran comedor se presentó justo detrás.

Dos grandes lámparas de araña colgaban del techo azul marino, y las paredes decoradas con pinturas acababan en una bóveda pintada de estrellas.

Una larga alfombra blanca decoraba todo el suelo, y Emma imaginó que sería horrible tener que limpiar una mancha de vino de ella.

La mesa era larguísima, como la del castillo de Elium, pero la habitación tenía vida propia en comparación con la anterior.

Al final de la mesa negra, Keir estaba sentado en la cabecera.

Se levantó cuando los guardias acompañaron a Emma dentro de la habitación y la obligaron a acercarse a él. La ansiedad de la chica comenzó a crecer.

Llevaba puesto un atuendo diferente. Estaba vestido entero de negro. Completamente. Emma tembló. Estaba segura de que aquella noche él atendería a un funeral.

Le besó entonces la mano, como si aquello tan solo se tratara de una cita, y el cuerpo de Emma volvió a temblar debido a otras razones.

Le apartó una silla a su lado y la ayudó a sentarse, y tras hacer él lo mismo y para sorpresa de Emma, les pidió a los guardias que se retiraran.

Sin embargo, esta vez iba armado. La chica había podido ver el mango de la daga que le sobresalía del cinturón.

—Estás preciosa.

Emma asintió con parsimonia, sin atreverse a mirarle. Pensaba que mirar sus ojos la condenarían inmediatamente a morir.

Se preguntó por qué Cáleim no estaba presente en la cena, pero se dijo que era mejor así. No creía que él fuera mostrar la confusa amabilidad de Keir.

—Me han disfrazado. Pero espero que no lleve mucho esperando.

No había podido callarse su opinión. El nerviosismo empezaba a convertirse en furia. Él rio.

—Tutéame —le pidió ignorando sus primas palabras—. No llevo mucho esperando, pero tengo hambre.

Cuando las doncellas entraron por una puerta más pequeña con comida, el estómago de Emma rugió. Quizás estuviera a punto de morir, pero se resignaba a hacerlo con el estómago lleno.

Las sirvientas dejaron pollo, verduras de vivos colores, frutas, vino y agua en la mesa. Emma no sabía por dónde empezar, pero se sirvió y comió ávidamente. Se dijo que no había vergüenza ni pena que valiera frente al enemigo.

Cuando el estómago se le había calmado, Emma miró a Keir.

—¿Cuándo podré ver a mis padres?

Parecía que el joven se empapizaba con la comida. Le dio un buen trago a la copa de vino tinto y le sonrió a su acompañante.

—Debo hacer enviar un cuervo antes de eso.

La chica soltó el tenedor sobre el plato.

—¿A quién? —La colera le nació en la barriga y le subió por la garganta como bilis que escupir—. ¿No está tu rey aquí? ¿Listo para matarme?

Keir suspiró y la miró a los ojos. Emma quería gruñir.

—Mi maestro está en el frente de batalla. Yo tengo como misión cuidar de ti hasta que vuelva, pero no va a matarte.

Parecía que quería decir algo más y que no se atrevía a ello, pero la furia de Emma no le dejó ver eso en sus ojos verdes. Ella se levantó del asiento de sopetón y la silla se cayó al suelo.

—¿Y si no tiene pensado matarme qué va a hacer conmigo?!

Él se levantó también, más despacio, y le intentó volver a tocar el brazo, pero Emma retrocedió furiosa, casi lista para matarle con la magia. Con su furia, parecía que el Poder se iba librando de las cadenas que lo restringían.

—Emma, cálmate, por favor.

Parecía de verdad querer que ella se relajase, que abordara la situación con la cabeza fría, que le escuchase, pero a ella le daba igual lo que él deseara. No había nada que el hijo de Cáeim pudiera decir que a ella le fuera a interesar.

—¡Te odio! ¡¿No lo entiendes?! —Alzó la mano y comenzó a pensar en un hechizo—. ¡Voy a...!

Y entonces él consiguió agarrarla por el antebrazo y ella pensó sentirse desfallecer. Había algo en él que frenaba su magia y que dolía cuando la tocaba. Se retorció bajo su tacto y él aprovechó su momento de debilidad para tomarla por los hombros. El Poder huyó de su alcance.

—Tienes que calmarte —le dijo con tranquilidad absoluta mientras la sujetaba para que no se cayese de rodillas. Le susurró lo siguiente—. Si no lo haces no podré ayudarte.

La cara del joven se contorsionaba en una expresión de dolor, como si él también sintiera lo que le ocurría a ella. A la chica le faltaba el aire, y quería doblarse a la mitad para recuperarlo.

—¿Ayudarme a qué?

Casi no podía hablar, y la voz clara le salía ahora rasposa y ahogada de la garganta. Sentía el pecho ardiendo, quemándole las entrañas como si la llama

que había sostenido sobre la cara de Keir hacía horas se encontrase ahora en ella.

—A no perder la cabeza de los hombros.

Capítulo 13

Las promesas del odio

Emma se había obligado a relajarse después de que Keir le hiciese una nueva promesa. Le dijo que le podía conceder, sin el permiso de Cáleim, una visita a los calabozos para hablar con Clark Séregon, el tío de Jack.

Al parecer, Cáleim le había mantenido vivo como uno de los prisioneros de guerra que tenía en los sótanos de su impresionante palacio.

Emma no entendía por qué el joven quería hacerle favores, o por qué se comportaba como si fuesen amigos. No entendía por qué estaba tan ansioso por ganarse su confianza.

Mientras Keir la acompañaba por las escaleras, Emma se dio cuenta de que Cáleim no trataba a todos sus prisioneros como la trataba a ella.

La mayoría de las celdas estaban vacías, pero todas estaban hechas de barrotes gruesos de metal y de un muro mágico que impedía cualquier hechizo escapista. Las únicas fuentes de luz que iluminaban las paredes y suelos de piedra eran unas tristes antorchas ya casi extintas.

Se olía el frío, la desesperación y la suciedad en el lugar.

Emma se recogía el final del vestido, no queriendo mojar la tela en charcos de aguas de orígenes desconocidos.

Keir abrió una puerta más al final del pasillo. La chica seguía mirando las celdas en busca de sus padres, pero sólo veía mendigos o locos en ellas.

Al cruzar el umbral, le entró un aire más fresco. Aquella estancia estaba más limpia y mejor iluminada, pero no dejaba de ser una cárcel.

Keir se quedó atrás mientras le señalaba los barrotes a Emma. Ella se acercó con miedo, y pudo vislumbrar a un hombre, más flaco de lo que lo recordaba, tumbado en el suelo leyendo un libro.

Su celda, a diferencia de las demás, tenía una cama, una mesa y una silla, había un pequeño arco en la pared que parecía llevar a un retrete.

La chica soltó el vestido y colocó las manos sobre los barrotes, que le helaron la piel. Clark no parecía darse cuenta de que estaba allí, o de que Keir también había entrado. Quizás se había vuelto loco y era de verdad capaz de hundirse en un mundo de ficción en el sentido extremo de la palabra.

—¿Clark? —Emma le llamó.

Él entonces se incorporó despacio, como si no tuviese mucha prisa, le hizo un doble a la esquina superior de la página izquierda del libro a modo de

marcapáginas, lo cerró, y lo dejó a su derecha en el suelo.

Llevaba puestos un jersey negro y unos pantalones marrones. El pelo le había crecido más largo y más canoso, y al subir la mirada, pareció no reconocerla.

Emma se ruborizó: era obvio. Se había cortado el pelo y la habían vestido como a una princesa.

Por un momento no supo qué decir. Miró hacia atrás a Keir, y su mirada verde musgo la estudió por un momento eterno. Después se dio la vuelta, salió, y cerró la puerta tras de sí para darles intimidad.

Sorprendida por su tacto una vez más, Emma volvió a girarse hacia Clark y apretó los barrotes con más fuerza.

—Clark —le repitió—: soy yo, Emma, Emma Calmcacil, la amiga de Jack.

Unas pequeñas gotas bañadas en recuerdos parecieron reflejarse en sus ojos rojos y aados que la miraban de forma autómatas.

—¿Quién?

La chica quiso sollozar. Aunque no le había dado tiempo a conocerle demasiado, aquella voz la transportaba meses atrás, a una época donde aún creía ser una chica normal, y donde sus padres estaban siempre esperándola en casa para cenar después de que ella volviese del colegio.

Pero su vida normal había quedado muy atrás ya, así que se obligó a mirarle con dureza, a forzarle a despertar del letargo en el que se había sumido al ser un prisionero.

—¡Emma! ¡La amiga de Jack: tu sobrino! ¡Tu sobrino Jack!

Parecía entenderla más.

—¿Jack? —preguntó como un niño.

—Sí, Clark, Jack Séregon.

Entonces, como si el apellido hubiese despertado por fin algo en él, el destrozado hombre se lanzó hacia adelante y chocó contras las barras, gritando incoherencias.

Emma cayó hacia atrás y chilló de la sorpresa, y gracias al alboroto, Keir entró de golpe en la habitación y le sujetó los hombros a la joven.

—¿Estás bien?

Emma jadeaba con estupor al ver la cara desfigurada de Clark, que ahora lloraba sin descanso. Intentó decirle que sí, que le quitara las manos de encima, pero por un momento sólo pudo mirar la escena que tenía enfrente con horror.

Quiso huir, no tener aquella conversación con el hermano del rey Ashtril,

pero sabía que no podía dejar pasar la oportunidad.

Las manos de Keir se deslizaron desde sus hombros a sus codos, suaves pero respetuosas, y la ayudó a levantarse. Emma asintió, no queriendo agradecerle con palabras, pero a él no pareció importarle lo más mínimo cuando le susurró al oído.

—No te hará nada —le aseguró como si él también lo conociera personalmente—. Pero estaré fuera: llámame si me necesitas.

Estuvo a punto de decirle que se fuera al infierno, que se suponía que no debía de comportarse así si de verdad era el hijo de Cáleim, pero se contuvo y volvió a asentir.

Oyó cómo el sonido de sus botas se alejaba y cómo la puerta volvía a cerrarse tras él.

Emma se volvió a arrodillar sobre el frío suelo, esta vez más lejos.

“No te hará nada.”

Se quedó en silencio, pensando cómo consolar al hombre inocente frente a ella, pero no se le ocurrió ninguna idea que valiese la pena intentar. La voz rota, rasposa y sin uso de Clark le nació con dificultad de la garganta, como el sonido de las cuerdas carcomidas por el tiempo de un violín que lleva décadas sin ser tocado.

—Está muerto, ¿verdad?

Emma negó con la cabeza una y otra vez, pero la verdad es que ella no podía saber si Jack aún respiraba. Esperaba que sí. La angustia le comió el pecho al responder.

—No, no... Está en el frente. Es el nuevo rey y está luchando contra Cáleim.

Él levantó la cabeza y la miró sin creérselo. Se secó las lágrimas con la torpeza de un niño pequeño al que le han devuelto el juguete por el que había armado un berrinche, y se acercó de nuevo a Emma, a los barrotes de su jaula, pero esta vez más despacio, con delicadeza.

—¿Y qué demonios haces tú aquí entonces?

Parte de Emma quiso reír a pleno pulmón, pero la otra aún temía que el hombre se hubiese vuelto loco en su estancia en aquel palacio como fugitivo. Eso es lo que indicaban sus pelos, sus ojos, sus rasgos, la manera de hablar...

La verdad era que aquella pregunta ya comenzaba a parecerse al hombre al que Emma había conocido en aquella persecución por las calles de Londres.

—He tenido que emprender un largo viaje y el final no ha salido como esperaba —se limitó a responder.

—Claro —parecía haberse acordado de algo—. Has cambiado mucho —divagó él entonces.

—Clark, ¿dónde están mis padres?

La mirada de él viajó hacia alguna otra parte de algún otro planeta —quizás a la Tierra— muy, muy lejos de allí. Emma volvió a agarrarse a los barrotes, queriendo ahora eliminarlos. El latido descontrolado de su corazón, el cual se le subía por la garganta, le impedía decir nada más, apenas podía seguir respirando sin desesperarse y gritar.

—¿Tus padres?

—Sí. —Soltó todo el aire que parecía aún tener en sus pulmones de golpe, agobiada de tanto secretismo—. Mis padres: ¿los has visto?

—No —dijo él como si fuera algo obvio—. No me he movido de aquí en meses.

Las manos de Emma se escurrieron de las barras despacio, debilitadas por estar tan cerca y a la vez tan lejos.

—Te han capturado —añadió él en voz ansiosa, sus ojos azules brillaron de forma desconocida para la chica—, ¿sabes para qué?

—No lo sé: Keir dijo que no me matarían, pero no sé qué es lo que quiere Cáleim de mí.

Emma negó con la cabeza.

—¿No es obvio?

Antes de que él pudiera continuar, Keir entró de nuevo en la habitación.

—Emma —dijo despacio— debemos irnos.

La chica quiso decirle que aguardara, pero Clark llamó su atención con la mano para decirle en voz muy baja una última cosa.

—No te dejes engañar por Cáleim.

—Podréis volver a veros otro día.

Emma miró la cara de Clark mientras Keir tiraba de ella, más lejos, y más lejos, y más lejos.



Keir la guio de vuelta a su habitación, a su propia prisión, sin necesidad de guardias. Porque tener aquella habitación de princesita para ella sola no dejaba de hacerla una encarcelada.

La cara de la chica estaba completamente inexpresiva. Haber conseguido ver a aquel hombre había trastornado parte de su ser. Había creído ser más fuerte tras lo que había vivido desde que se había separado de Jack, de Hëlen y de Lyuke. Creía que haber tenido que sacrificar su conexión con Akilah, que

se había convertido en su mejor amiga, la había curtido para lo que estaba por venir, y, sin embargo, estaba equivocada. Había burlado a un mago milenario, había sobrevivido a un hechizo igual de longevo y seguía sin ser capaz de pensar claramente ahora que estaba cara a cara con el pasado. Con lo que quería recuperar.

Encima de todo esto, de nuevo, allí estaba Keir. Tratándola como si ella estuviera allí por gusto propio, como si no fuera el enemigo y su autoproclamado rey no hubiese intentado asesinarla en el pasado o no estuviera luchando contra Jack y su ejército en ese mismo momento.

Jack... mentiría si dijera que en ese momento no le echaba de menos. Necesitaba uno de sus abrazos, uno de esos que la hacían sentirse en casa. Por mucho que se había dicho eliminar sus sentimientos hacia él, por mucho que se hubiese obligado a actuar indiferente para que el momento del adiós doliese menos, necesitar al menos de su amistad irremplazable era, de vez en cuando, inevitable para ella.

Keir abrió la puerta para la chica, que entró dentro sin decir nada ni hacer ningún gesto, y dudó antes de seguirla adentro.

—Cáleim llegará en un par de días o noches —le avisó con voz cuidadosa, como si al hablar más alto la espantaría y ella se fuese a resguardar bajo la cama o tras las cortinas. Parecía nervioso, como si estuviera haciendo algo que no debería—. Te pido que no le digas que has visto a Clark.

Emma se giró hacia el joven. De pie en el umbral, pidiéndole algo a su prisionera, se le antojaba débil e indefenso. Se preguntó si la dejaría huir ahora si lo intentaba, pero la verdad es que eso daba igual. Emma sabía que sería incapaz de huir sin ver a sus padres antes. Tenía que liberarlos a ellos y a Clark, o no se lo perdonaría nunca. Y para ello, tenía que utilizar a Keir. No iba a poder hacerlo sin él y esas visitas que le había ofrecido.

—Dijiste que no había que pedirle permiso.

—No hay que pedirle permiso si no sabe que lo has hecho —aclaró él.

El cerebro de Emma se quedó en blanco. ¿Quién era él en realidad y por qué la ayudaba? ¿Por qué le hacía favores? La Portadora estaba demasiado cansada como para preguntar, pero aquello no amansó su miedo y su nerviosismo, su odio hacia el chico.

—No se lo diré si me dejas volver mañana durante más tiempo —razonó.

—Está bien.

Él ladeó la cabeza mientras la miraba, como si Emma se tratase de un espécimen de alguna otra especie desconocida, y después se giró hacia el

pasillo para marcharse.

—Espera.

Él volvió a darse la vuelta y dio un par de pasos hacia ella. Tenía los ojos cansados, pero a la vez alertas. Como si romper las reglas de su superior le preocupase y a la vez le excitase. Emma no sabía que estaba ocurriendo entre Cáleim y su segundo al mando, pero más le valía descubrirlo pronto si quería aprovecharse de ello.

—¿Sí?

—¿Cuándo veré a mis padres?

Él miró a otro lado, y a Emma no le gustó el gesto. Cada vez que preguntaba por ellos se le aceleraba el corazón sin remedio. No sabía si podría continuar si algo les pasara.

—Te dije que no sé cuándo ni cómo será posible —dijo el moreno sin mirarla a la cara.

Emma se mordió la lengua antes de empujarle al extremo.

—¿Pero por qué no? Están en los calabozos, ¿verdad? Puedes llevarme...

Él se giró abruptamente hacia la salida.

—Por favor, deja de preguntar.

Y Emma calló, porque sabía que se arriesgaba a ser tratada como una verdadera prisionera.

—Perdona. —Él se giró y se miraron a los ojos. Se obligo a escupir otra palabra que no quería decir—. Y gracias.

Él le sonrió y asintió, cerrando las puertas tras de sí, dejándola sola bajo la tenue luz de los candelabros de su habitación y de las cuatro lunas de Oteira, que la parecían vigilar en todo momento. Siempre grandes y brillantes.

Emma se sentó en la cama y se comenzó a quitar el vestido. Naleat, la luna más grande, estaba llena, mientras que Saleira, y Lineat estaban menguantes y crecientes respectivamente. De Eitrea, la más azul, sólo se veía media.

Se pasó las manos por la cara y suspiró. Le dolía la cabeza.

Tenía entre dos días y dos noches para rescatar a sus padres y a Clark y para conseguir que todos escaparan sin perder la vida en el intento.



Como Lyuke se esperaba, no habían llegado muy lejos.

Los soldados que estaban de guardia en el puesto de observación en lo alto de la colina habían despertado al rey y a los generales al amanecer, tras la noche más larga del año solar. Jack y Lyuke habían entonces ordenado que el

ejército se preparara: habían visto movimiento al sur.

Cáleim se tomó su tiempo en hacer que sus propias tropas se prepararan para la batalla. No fueron a buscarlos, no los atacaron mientras dormían. Solamente se quedaron allí, a algunos campos de distancia, esperando a que las tropas de Jack fueran a su encuentro. Se habían cerciorado de que los habían visto, pero habían esperado a ser atacados.

Por eso ahora estaba Jack a lomos de su caballo, con Lyuke detrás. El propio rey acompañaría a su amigo en la lucha.

Antes de descender hacia la muerte, Jack se obligó a dedicarles algunas palabras a sus hombres, o por lo menos a los que podían oírle.

—¡Ha llegado el momento! —les dijo, intentando no mostrar su propio terror—. ¡Ha llegado la hora de conseguir lo que es nuestro! ¡De devolverle a Oteira su libertad! —la multitud bramaba con ansias de luchar—. ¡Que las lunas estén con vosotros! —Jack veía niños, jóvenes en cota de malla y armadura de metal—. ¡Que los seis dioses estén de vuestra parte!

Desenfundó a Wentrez y la alzó, y así, sin más, los generales ordenaron el avance y Jack mandó a sus hombres a la muerte.

En cuanto sus tropas comenzaron a descender, las de Cáleim se acercaron para encontrarse con ellos a medio camino.

Los tres cuerpos de caballeros, con montura y estacas, eran la primera línea de defensa, comandada por Trúlius. Acabarían con el campesinado que Cáleim pondría delante, sería una carnicería.

Lyuke gritaba órdenes mientras avanzaban, pero Jack no podía decir nada más. Cada vez que sus hombres se movían más hacia la batalla, su corazón latía más fuerte.

Observó, pensando que vomitaría, como las dos masas de gentío se fundían en una. Cómo las flechas volaban desde lo alto de la colina, los arqueros habían disparado al fondo de las masas enemigas. Le pareció ver a varios de sus hombres morir enseguida, pero no podía estar seguro. Se estaba quedando atrás.

Lyuke se giró hacia él en la montura. Su armadura brillaba con el amanecer de los soles, que poco a poco se alzaban, y en sus ojos pudo ver el pánico de un niño que iba a morir tal y como su padre. Quizás con un caballo más grande, con una espada más afilada. Pero de la misma forma después de todo.

—¡Vamos, Jack!

El momento de sumarse a ellos no tardó, y en un abrir y cerrar de ojos, Jack estaba entre la lucha.

Todo había sido muy mecánico. Había blandido la espada con maestría y sin problema alguno. Él y las infanterías llamadas físicas se ocupaban de los soldados reales. La infantería de las Runas de los soldados de sombras.

En seguida le cogió el tranquilo. Desde el caballo, era más fácil.

Sacudió la muñeca. Cortó un cuello por debajo del casco. La sangre volaba y se perdía entre los cuerpos. Los gritos y llantos le nublaban los sentidos. Su caballo pisaba cadáveres, de los suyos y de los del otro bando.

No sabía dónde estaba Lyuke, pero ¿eso qué importaba?

Vio como uno de sus hombres caía delante de él. La adrenalina se le disparaba. Le temblaban las manos, las piernas. Tiraba de las riendas con fuerza para el caballo no se desbocara. Jack lo entendía, él también quería huir de tanta muerte.

Estoque, giro, apuñalada. Un hombre le clavó un puñal a su caballo. Otro le hizo un corte en el hombro, entre las bisagras de su armadura. No era profundo, solo le dolía el susto. Jack le cortó un brazo al enemigo, el cual se cayó al suelo. No veía a Cáleim, ¿habría acudido a la batalla?

Le pareció ver a Lyuke a su lado. Se giró. Algún tipo de magia le golpeó en el abdomen. Se cayó del caballo.

Capítulo 14

Su cita con la muerte

Emma se despertó en el medio de la noche, cubierta en un sudor frío que le empapaba el camisón. Retiró las colchas de su cuerpo, que se habían enredado mientras ella luchaba contra su pesadilla sin éxito alguno.

Se sentó contra el cabezal de la cama e intentó respirar profundamente para calmarse. Las colchas azules marino ya no le parecían tan mágicas, le daban ahora miedo, como si su cuerpo fuese a ser capaz de hundirse en un sueño horrible del que no despertaría nunca.

Había soñado con la muerte de sus padres a manos de Cáleim, y aunque no era la primera vez que su cerebro le enseñaba en sueños esas mismas imágenes, esta vez le habían parecido más reales que nunca.

Se preguntó si tenía algo que ver con el hecho de que Keir no la hubiese llevado hasta ellos. Probablemente sí. O quizás su cuerpo había entrado en un bucle continuo de terror. No saber si iba a morir en las próximas horas le estaba volviendo loca.

Se levantó y miró el reloj que estaba en la pared. Tenía el diseño de una paloma blanca dibujada detrás de los números negros e indicaba que eran casi las dos de la mañana.

Fue entonces al baño, y caminó despacio a través de las baldosas de cerámica, como si al hacer ruido, alguien le fuera a asesinar por despertar al castillo.

Cuando, tras lavarse la cara y peinarse la maraña de pelos, volvió a la cama, se preguntó si alguien habría dormido antes en ella. Quizás una princesa de verdad.

Se tumbó entre las mantas y mullidos cojines, pero el frío no la dejaba pegar ojo. Se retorció en círculos, temerosa de volver a soñar con mucha sangre.

Cerró los ojos con fuerza, y se cubrió con las mantas hasta la barbilla. La cabeza paraba de darle vueltas justo cuando algo repiqueteó contra una de las ventanas.

Se sentó como si su cuerpo tuviera un resorte y miró alrededor como una maníaca, pero lo único que vio al otro lado del cristal fueron a las lunas y a un búho.

Tenía las uñas de la pata derecha contra el cristal, y cuando sus ojos

negros como agujeros se encontraron con los de Emma, volvió a hacerlas sonar contra la ventana como si estuviera tocando un piano de cristal.

La chica volvió a levantarse con un suspiro, y al acercarse más se dio cuenta de que no era un búho, sino alguna especie de cárabo. Era más pequeño de lo que lo hubiese sido un búho real y además sus plumas parecían tan suaves y mullidas como los cojines de la cama de Emma.

La chica se dio cuenta de que la variedad de *Onteira* tenía el plumaje más bien azulado, en una variedad de negro noche perfecto que le conjuntaba que ni pintado con otras plumas blancas como las estrellas que se repartían de manera aleatoria entre su plumaje.

Se limitó a mirarlo, pero entonces el pájaro, que estaba posado en la repisa y la miraba con intensidad, volvió a hacer sonar sus pequeñas garras contra el vidrio de la ventana.

—¿Qué quieres de mí?

Emma intentó abrir la ventana, y, para su sorpresa, funcionó. El ave rapaz voló dentro con velocidad y se posó encima de un armario. La chica lo miró con curiosidad, pero enseguida se fue hacia la puerta. No fue capaz de abrir esta ni ninguna otra ventana. Su magia tampoco parecía funcionar, las cadenas de Keir seguían alrededor del Poder, como si él fuese tan preso como Clark.

Volvió a acercarse a donde el cárabo había estado antes, y subiendo más la hoja de la ventana hacia arriba, se inclinó hacia afuera.

El aire fresco le golpeó la cara como un huracán, y estaba a punto de sentarse a espiar el jardín cuando el ave soltó un sonido de alarma. Quedo, no muy alto, corto pero muy hermoso. Emma se giró y observó cómo volvía a volar para posarse en una silla cercana a la chica. Ella se apartó de la ventana y entonces el pájaro aprovechó para salir volando por ella.

Emma observó cómo desaparecía en la noche para después mirar hacia abajo. Su habitación estaba sólo en el segundo piso.

Sacó un pie primero, y se agarró como pudo a la trepadora que crecía a su derecha en la pared. Las manos le quemaron cuando se resbaló al salir completamente, pero sus pies desnudos encontraron algún tipo de saliente sobre el que posarse.

Se preguntó si Keir habría deshecho el hechizo para aquella ventana a propósito o si, por el contrario, simplemente se había estropeado y el truco había dejado de funcionar.

Las manos le sangraban y los tallos y hojas se le clavaban en los pies. Pensó que iba a caerse, pero justo entonces, sus pies tacaron hierba.

Suspiró aliviada y se pasó las manos por el camisón, que se manchó de la sangre de los cortes.

Miró a su alrededor, buscando al ave. Todo había sido demasiada coincidencia, pero las plantas y los árboles entre los que se encontraba ahora hicieron que se olvidara.

Intentó buscar una salida, pero enseguida se dio cuenta de que aquello era un patio, y que nada salvo las puertas cerradas podrían haberla llevado a alguna parte.

Tras decidir que no era por ahí por donde iba a poder escapar, Emma se propuso perderse entre las flores y arbustos.

Algunas partes de la vegetación tenían vivos colores que brillaban bajo las luces de las lunas, y la chica se sorprendió al ver las flores todas abiertas. Quizás se cerraran durante el día, como las onagras de la Tierra.

Emma acarició unos tulipanes azules llenos de motas rojas como gotas de sangre, y su tacto de terciopelo le besó las heridas de las palmas de las manos en vez que hacer que le resquemasen.

Suspiró al pasar por un arco de mármol que daba lugar a un campo de las rosas más bonitas. No tenían espinas, y eran todas del blanco más puro que Emma había visto nunca.

Se encontró entonces una fuente con la estatuilla de una pareja bailando encima. Los chorros rodeaban a los bailarines como si fueran parte de la coreografía.

Al mirar el agua ensimismada, cuyas gotas en el aire se fundían con las estrellas, Emma pensó que se estaba imaginando la música, pero era real. Se dio cuenta cuando comenzó a sonar más y más fuerte, más y más cerca de ella.

Por un momento, le entró el pánico. Quizás la habían vuelto a descubrir y estaban ahora esperando para volver a atraparla. Se mantuvo alerta, pero El Poder no le advirtió de nada. Esta vez, no corrió entre la vegetación, sino que caminó en guardia, de arbusto en arbusto y de árbol en árbol hasta dar con el cementerio.

Las tumbas estaban dispuestas sin patrón aparente alrededor de un pequeño quiosco blanco que albergaba un único banco dentro. Aunque las flores que crecían entre las placas de piedra eran preciosas, lo que sorprendió a Emma fue ver a los fantasmas.

Mujeres y niños de aspecto etéreo que bailaban y se reían entre las tumbas al son de la música que la había atraído hasta allí.

Se dio cuenta de que ninguno de los hombres ni ninguna de las mujeres

reparaban en su presencia. Varios caminaban y danzaban a su alrededor como si ella no estuviese allí en realidad. Y quizás para ellos, no lo estaba.

Tenía que haber sido obra de Cáleim. El nigromante hablaba con los muertos, con el más allá, e incluso había creado un ejército de almas oscuras que ahora estarían intentando llevarse la vida de Jack.

Sin embargo, la imagen que se desplegaba ante sus ojos seguía siendo hermosa, obra de Cáleim o no, y Emma no pudo encontrarle ningún pero a aquella reunión entre lo vivo y lo muerto.

Se sentó en el suelo, al lado de un arbusto con frutos rojos y jugosos, y observó cómo las imágenes de los fantasmas, de los muertos, comenzaban a desaparecer.

Algunos parecían entristecerse mientras su imagen se esfumaba y la música se alejaba, y algunos se abrazaban mientras el viento se llevaba el humo que componía sus ya no cuerpos.

Emma miró con un suspiro el vacío cementerio. No sabía si lo había soñado, si había sido un espejismo debido a las emociones del día anterior, pero estaba segura de que, en ese momento, sin música y sin espectros riéndose, el cementerio del palacio del enemigo tenía un aspecto macabro.

Justo cuando estaba a punto de levantarse del suelo, pudo oír unos pasos tras ella. Claros, fuertes, firmes, pero a la vez delicados y silenciosos. Emma sabía que no iba a poder hacer nada para evitar a Keir. Porque estaba claro que era él.

Si algo había aprendido de vivir con una loba era a escuchar. Cada rama rota, cada susurro del viento. Desde que había conocido al enemigo, lo había estudiado, y aquello también tenía que ver con la forma en la que caminaba.

Sabía que no le iba a hacer daño, así que se mantuvo sentada en el suelo y se alisó el camión blanco. Estaba ahora manchado de tierra y de sangre, pero no creía que él fuera a darse cuenta. A no ser que fuera tan observador como ella.

—Has sabido ver mi invitación.

Ahí estaba la confirmación por la que esperaba. La voz de Keir y la razón que había tenido el ave rapaz para ir a visitarla.

—¿Tienes como tripulante a un cáрабо?

No miró hacia él al preguntarle. Mantenía la cabeza gacha, mirando al suelo y arrancando hierba mientras pensaba en el joven a su lado. Todo lo que salía de su boca era una trampa. El enemigo no tenía ninguna razón para invitarla a los románticos jardines. Él no quería ver las estrellas con ella. A

Emma no le hubiese sorprendido si Keir hubiera mandado al ave para engañarla, haciéndole pensar que sería capaz de escapar, para más tarde matarla justo al lado del tétrico cementerio ahora vacío de almas.

—No, es un amigo...

Emma no le dejó continuar.

—¿Y entonces cuál es tu tripulante?

Una víbora o una serpiente. Intentó adivinar.

—No soy mena, así que no tengo un tripulante —dijo como si no le importara demasiado.

—Sin embargo, sí albergas magia en ti —aseguró.

—Hay ciertos trucos al alcance de cualquiera.

—Vaya —se lamentó ella con sarcasmo hiriente—. Qué desperdicio de carne humana.

La frustración comenzaba a darle valentía frente a él. No levantó la cabeza tampoco esa vez, pero pudo oír motas de dolor en la voz de Keir.

—Dices tú, que deseas no tener magia en ti más que nada en este mundo.

—Tú no sabes nada sobre mí, Keir.

Entonces Emma subió la cabeza hacia arriba. Él llevaba vaqueros y una camiseta negra de manga corta puesta, como si nunca se hubiese ido a dormir. Se le marcaban los músculos de los tríceps en tensión. No le había gustado su comentario, pero Emma no lo había dicho para agradarle, sino todo lo contrario.

La muchacha no podía apreciar el verde musgo de los ojos de Keir desde el suelo, pero sabía que si le había enfadado entonces estarían más oscuros de lo normal.

—Sé más de lo que piensas, Emma.

La chica se levantó, y él retrocedió sobre su pie derecho despacio, como si no se lo esperara. Como si estuviera acostumbrado a dominar y a conquistar como su padre. Como si no se creyera que Emma podría revelarse contra sus palabras. Si pensaba de ella así, si creía que era una mera princesa de las Islas del Final, entonces era que mentía y, efectivamente, no sabía nada sobre ella.

Se irguió delante de él, más baja pero más grande, y le miró a los ojos, lanzando flechas con los suyos.

—No me importa lo que sepas —le advirtió—. Si lo que has oído viene de boca de Cáeim, entonces de mí no conoces mucho: no te descuides al invitarme a reunirme contigo en el medio de la noche, o tu cuerpo podría

aparecer entre los de este mismo cementerio.

Ella decía la verdad. Ahora que estaban al aire libre, ahora que la magia fluía alrededor de Emma con libertad y que podía sentirla como si corriese por su sangre, sabía que no había nada que le impidiera levantar la mano derecha, sentir el retortijón en el estómago y dejarse llevar.

Podría hacer que el Poder tomase su cuerpo humano, podía torturarlo como había torturado a Forthan, pero esta vez, iría algo más lejos. Emma sabía que una vez que lo atacara, su furia no le permitiría dejarlo con vida. No había célula en su cuerpo que tuviera una pizca de piedad para Keir: no para el amigo de Cáleim.

Y, sin embargo, había una razón por la que Emma no le había matado aún. Era una razón obvia: Keir sabía dónde estaban sus padres, o eso había insinuado.

Él no respondió a sus amenazas con enfado, por el contrario, pareció apreciar sus palabras, porque sus tensos brazos se relajaron y miró a la chica ante él con una sonrisa, como si de verdad no se creyera de lo que ella sería capaz si él la empujaba al extremo.

¿No le había contado Cáleim el resultado de su intento de rapto?

—No te traje aquí para engañarte: quería que vieras el espectáculo que ocurre cada noche —dijo él con paciencia.

Emma asintió, pero no le dio el gusto de concederle la última palabra.

—Genial —dijo ella, mirando hacia atrás, hacia las tumbas—. Pero el espectáculo estaba muy bien sin ti aquí.

Le miró con una sonrisa, tan falsa y llena de odio como pudo, y contuvo las ganas de escupirle los mocasines que llevaba puestos.

—¿Por qué me odias tanto? —dijo como si no hubiera nunca roto un plato—. Te he tratado bastante bien desde que has llegado.

Emma lo estudió una última vez y pasó por su lado, asegurándose de que su hombro izquierdo chocaba contra su fuerte brazo.

—Yo no llegué aquí, tú me capturaste. Y, además —dijo, mirando atrás y subiendo su vista hacia su cara perfecta—, no hay razón para decir que yo te odio a ti: pero odio a tu maestro, y los amigos de mis enemigos sólo se merecen una cosa.

Se detuvo, esperando a que se lo preguntase. El camino de vuelta a su ventana quedaba delante de ella, esperándola para regresar a su jaula. La verdad era que Keir conjuntaba con todas las rosas, pero también con el cementerio a sus espaldas.

Él la miró con pena, como si Emma fuese una niña trastornada que no supiese la verdad sobre el mundo. Ella se preguntó cómo un hombre como él podría ser el segundo al mando de un inhumano animal como Cáleim.

—¿Y qué me merecería yo, si soy tan amigo de Cáleim como tú dices?

La voz grave de Emma, ya cansada pero siempre al acecho, como un lobo, le dio la cruel respuesta en la que ella creía entonces de corazón.

—La muerte y nada más que la muerte.



Jack había llorado. Como un niño. Toda a noche. Y eso que habían vencido.

Ninguno de sus amigos cercanos había muerto o salido gravemente herido, y aun así, ver cómo el equipo de Hëlen arrastraba a los muertos de vuelta a la parte de atrás de la colina le había roto el alma.

Meagha le había protegido cuando había caído del caballo. Y menos mal que estaba allí, porque un caballero oscuro había intentado matarlo justo cuando su espalda había chocado contra el suelo. Jack había tenido que seguir luchando a pie, y había estado cerca de morir varias veces.

La armadura le había salvado de otras espadas y de un par de dagas. Solo había sufrido algunos cortes en la cara, en el hombro y tenía moratones debido a la caída. Al menos conservaba su vida, y eso era lo que importaba.

Otros no habían tenido tanta suerte, y aún así sus hombres, entre ellos Lyuke, que se había mantenido sereno y al frente en lugar del rey, habían luchado con furia hasta el final.

Jack pidió que no se le molestara hasta que fuera la hora de avanzar. Sopesaba las bajas, no muchas para primera batalla. Aún estaban en condiciones de avanzar. Nadie había visto a Cáleim, y en cierto momento los caballeros oscuros se habían esfumado como ceniza al viento. Ganar la lucha tras eso había sido pan comido, y sin embargo el rey no se sentía como si hubiera vencido.

Se preguntó dónde estaba Emma. Cuánto le llevaría volver. Si conseguían matar al Nigromante, la guerra estaría ganada. Ella podría volver a la Tierra y él podría abdicar en cualquiera y esconderse junto a su madre. No quería volver a sostener aquella espada en su vida, pero sabía que si no lo hacía ahora, entonces moriría.

Él y todos los demás.

Se dijo que aquello era estúpido, y el terror tras participar en aquello se había vuelto tan real que ahora entendía el miedo de Emma como si él también

lo sintiera.

Quería volver al pasado, decirle a su tío que deberían de mudarse a Alemania. O a Chile. A Sudáfrica, estaba muy lejos de Inglaterra. Pero no. Clark Séregon se había quedado en Londres y le había encomendado a Jack vigilar de cerca a Emma Calmcacil, la Portadora del Poder. Había traído nuevas de una guerra a su hogar, había anunciado la muerte de su padre cuando él no se consideraba más que un niño.

Esa guerra llevaba en marcha una década, desde antes de que su padre había muerto. Durante ese tiempo, Trúlius y los reinos periféricos le habían hecho frente a Cáleim, pero este había matado a toda la dinastía Wealmis y se había quedado con el sur. Antes de un fin irreparable, las profecías habían llamado a Jack y a Emma para solucionarlo.

Deseaba que Clark nunca hubiera ido a vivir con ellos. Que nunca le hubiera dicho que debía dejar atrás su infancia y debía unirse a la batalla.

Capítulo 15

Mentira o verdad

Emma se despertó a la mañana siguiente por la puerta abriéndose. Keir la había acompañado a su habitación sin decir ni una palabra, y Emma tampoco había añadido ninguna amenaza más.

La que la visitaba ahora para despertarla era Brina, con el desayuno.

Llevaba puesto un vestido negro y un mandilón blanco y largo, que por suerte no pisaba, y tenía una bandeja entre las manos. Emma se incorporó en la cama y se desperezó sin pena. Estaba muy cansada, pero el colchón era muy muy cómodo, así que, si no hubiera sido porque tenía que escapar, se hubiese quedado allí todo el día.

Brina dejó la bandeja a los pies de la cama y le dio los buenos días.

—El señor Keir me ha mandado traer su desayuno a su habitación —le explicó—. Volveré dentro de un rato para vestirla.

Emma le dio las gracias y su doncella la dejó a solas con el zumo de color morado, las tostadas y huevos de algún ave mágica de Onteira, y el café. Tenía una nota debajo del tenedor. Emma se colocó bien sentada contra los cojines y la abrió.

La letra era cursiva, alargada y muy hermosa, pero estaba escrita en una tinta verde esmeralda que le recordó al rapto de sus padres y a la nota que Cáleim le había dejado.

“Buenos días, Emma.

Supuse que no querías desayunar con tu enemigo, así que le pedí a tu doncella que te subiera la comida a tu habitación. Espero que eso no te moleste tampoco. No sé si te gustan los huevos con tostadas, pero a mí sí.

He vuelto a organizar los detalles para que puedas volver a hablar con tu amigo Clark Séregon. Por favor, reúnete conmigo en los jardines, cerca del cementerio, en dos horas. Nadie te detendrá a la hora de llegar hasta a mí, han sido mis órdenes personales como mi invitada de honor.

Disfruta de la comida.

Atentamente,

Keir, tu hombre muerto.”

Emma no pudo evitar reír ante la firma de la nota. Seguía odiándole tanto

como antes, pero el hecho de que no se lo tomara en serio llegaba también a entretenerla un poco. Seguro que aquello haría que su muerte fuera más divertida.

Comió con avidez, sin darse cuenta hasta ese momento de cuánto necesitaba el alimento, y salió de la cama cuando Brina volvió a entrar en la habitación. Le mandó bañarse y asearse, y cuando Emma salió del baño la doncella tenía un nuevo vestido para ella. La chica resopló.

—¿No puedo ponerme unos pantalones?

—Es la moda de la corte, mi señora.

Emma accedió, y la chica la ayudó a enfundarse en un vestido completamente rojo, de tacto de seda, que tenía el escote y las mangas de color casi dorado.

A Emma siempre le había gustado el color rojo.

La chica la sentó en una silla y la maquilló, pero cuando quiso peinarle el pelo comenzó a desesperarse.

—¿Por qué se ha cortado el pelo tan corto? —le preguntó—. El color es hermoso.

—El pelo largo estorba en combate.

La chica no añadió nada más, pero Emma tomó la oportunidad para hacerle algunas preguntas y obtener algo de información.

—Brina, ¿qué me puedes decir sobre Keir?

Emma pudo sentir cómo las manos de la chica se tensaban mientras le hacía una trenza de raíz.

—No sé si se me permite decir mucho, mi señora.

Emma sonrió, mirando por la ventana.

—¿No te dijo tu señor que estuvieses a mi pleno servicio?

—Sí, señora.

—¿Entonces?

La chica suspiró, pero le dijo a Emma todo lo que parecía saber.

—El príncipe Keir es el hijo adoptivo de nuestro rey, mi señora. —A Emma ya no le importaba que no la llamara por su nombre—. Se dice que él mismo le creó —susurró Brina—, pero yo no estoy segura: se dicen muchas cosas entre las paredes del castillo.

» Es un buen hombre —continuó—. Y muy apuesto. El rey aún no le ha casado, ni nadie cree que lo haga pronto. Parece darle bastante igual lo que haga su heredero, por eso lo ha dejado aquí, en Cerghá.

Emma sopesó sus palabras.

—Brina, tú sabes que yo soy del bando contrario, ¿verdad?

La chica asintió, pero Emma no podía verla.

—Por supuesto, todo el mundo lo sabe, mi señora.

—Entonces, ¿por qué crees tú que el príncipe Keir me está tratando tan bien cuando lo que deseo es matar a su padre?

Emma pensó que la chica se asustaría o se escandalizaría ante sus palabras, pero por lo que dijo, no había parecido importarles lo más mínimo.

—Pues probablemente que sea porque el príncipe tiene un buen corazón: debe él de querer gustarle. Y entre usted y yo, quizás él quiera que lo mate.

Emma no supo qué más añadir.

Quiso insinuar que era una trampa, que el príncipe no debía de querer ser amigos o matar a su padre, pero no se atrevió a decir nada más.

Brina le explicó entonces cómo antes de la última guerra Cáleim había llegado a Cerghá y había dado un golpe de estado.

Había matado a la reina Bronwen Wealmis, a su marido el rey, y a su armada entera con ayuda de su ejército de muertos y la de un dragón al que había domado. Muchos campesinos habían muerto intentando defender su reino y sus tierras, incluidos los padres de Brina, y ella había tenido que empezar a trabajar en el castillo para poder sobrevivir a la hambruna que había anegado al resto de la población durante meses. Nunca había visto a Cáleim en persona, ya que rara vez se paseaba por el castillo, pero ella decía que era mejor así: —Bastante es trabajar para el asesino de mis padres —se lamentó mientras acababa de peinar a Emma—. No me quiero imaginar lo que haría si le viese a la cara.

La joven se dio cuenta de cómo mucha gente odiaba a Cáleim. Eso podría serle muy muy útil. Se preguntó si Brina tendría razón y Keir quisiera en realidad que Emma sobreviviese para librarse del nigromante.

Cuando Brina dejó que Emma se levantara, la guio hasta el espejo, para que pudiera ver la trenza que le recogía de lado la parte superior del pelo, dejando el resto suelto.

Emma le agradeció su tiempo, y Brina se despidió de ella con un abrazo. *“Quizás sepa que voy a morir hoy y por eso me ha contado tantas cosas.”* Sin embargo, Emma había aprendido ya que aquel no era el estilo de Keir.

Se obligó a olvidarse de aquello y volvió a mirarse en el espejo. Con el pomposo vestido y elaborado peinado, Emma no se podría haber reconocido nunca. *“A Jack le hubiera encantado”*. Pero aquella ya no era ella. *“Este es un disfraz que me pongo para llevar a cabo mi plan, ¿verdad?”*

Mientras salía de la habitación, Emma pensó en su nueva estrategia. Si Keir tenía un corazón tan limpio y puro como Brina decía, si odiaba a Cáleim tanto como ella, entonces él sería un muy buen aliado. Quizás así él la dejaría ver a sus padres y Emma podría escapar con ellos antes de que Cáleim se presenciara allí para matarla. Era hora de descubrirlo.

Caminó por los pasillos hacia el jardín, siguiendo el camino que Keir le había enseñado la noche anterior para volver a su habitación, y aunque los guardias la observaban sin quitarle ojo de encima, ninguno la paró o intentó detener antes de salir a los jardines.

Las sandalias de Emma tenían algo de tacón y repiqueteaban contra las piedras del jardín. Se sorprendió al ver las flores aún abiertas, y se preguntó cómo funcionaba la fotosíntesis en aquel pequeño mundo.

Cuando llegó al cementerio, no vio a Keir allí, y se supuso que había llegado algo pronto.

Emma se acercó a las lápidas. La mayoría tenían en ellas el apellido Wealmis.

La chica vislumbró las de los reyes y sus hijos, las más grandes de todas, y se preguntó por qué Cáleim había enterrado a sus enemigos en su jardín.

Estaba a punto de ir a sentarse dentro del quiosco cuando alguien se abalanzó sobre ella. Emma estuvo a punto de caer al suelo, pero sus reflejos hicieron posible que esquivara a su atacante durante un corto segundo. El vestido le estorbaba y dificultaba sus movimientos, y estaba segura de que aquel forcejeo estaba durando más de lo necesario. Por un momento pensó que Keir sí que la había citado para matarla esa vez, pero cuando pudo verle la cara al hombre, no le reconoció.

Tenía el pelo largo y rubio y gritaba en un idioma que Emma no entendía mientras los ojos azules parecían salirse de las cuencas. Le llevó las manos al cuello e intentó ahogarla torpemente. Justo cuando Emma comenzaba a sentir cómo el Poder se volvía más fuerte a su alrededor, listo para acabar con la vida de aquel estúpido, alguien tiró del pelo del hombre, lo apartó de ella, y le cortó con una espada la yugular.

El hombre intentó gritar, pero la sangre había salpicado su propio rostro y el cuerpo de su asesino. Veinte segundos después, estaba muerto.

—Qué desperdicio.

Keir soltó el cuerpo sin vida en el suelo, cerca de una tumba, mientras Emma intentaba recuperar el aliento, pero le era imposible. Veía sangre en todas partes y su propio corazón bombeaba con fuerza. Las caras de sus

padres le inundaban la mente.

—¿Estás bien?

Él había caído de rodillas delante de ella, y había soltado su espada en algún sitio que Emma no había llegado a ver.

—Creo que sí —se obligó a decir.

Keir la ayudó a levantarse y a sostenerse, y aunque quería empujarle, le dejó que la llevara a sentarse a un banco más alejado del cadáver.

Se fue un momento y volvió con la espada limpia y enfundada. Tenía que haberla limpiado en las ropas del muerto.

Se sentó junto a ella y se pasaba las manos por la cara.

—Estaba a punto de matarlo yo misma —le aseguró Emma.

—No lo dudo —suspiró él—. Siento que haya ocurrido eso: era uno de nuestros soldados.

Emma asintió y pensó sus próximas palabras.

—Si Cáleim no me mata: esta gente lo hará antes —le advirtió.

Le observó con atención, poniéndole a prueba. Si lo que había dicho Brina era cierto...

—No te matará.

Emma se tragó la sonrisa de inocencia.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no le dejaré.

Sus ojos se encontraron y por un momento, a Emma se le olvidó el plan.

Estaba más guapo que de costumbre, pero la chica no supo decir por qué. Quizás era el traje blanco —ahora algo manchado de sangre— que le conjuntaba con la piel bronceada.

Emma se preguntó por qué iba armado de nuevo. Quizás fuera por ella: quizás sí que se había tomado sus amenazas en serio, aunque él había prometido ayudarla a no morir desde el principio. Fuera como fuere, aquella espada le había salvado la vida. Aunque ella podría haberse defendido sola.

Sacudió la cabeza y se miró las manos. Le dolía la garganta por las manos del atacante. Aún podía sentir las; frías, duras, fuertes, apretando más y más.

—¿Por qué me has pedido que viniera aquí?

Él se pasó las manos por el pelo. Emma frunció los labios mientras se alisaba la falda del vestido.

—Para explicarte lo del cementerio: le pedí a Cáleim que tras matarlos les diera un lugar digno donde descansar. —Pausó durante un instante—. No sabía que habría alguien más esperándote aquí.

La joven se atragantó con un suspiro. Quizás Brina tenía razón y Keir era una buena persona después de todo, le acaba de salvar la vida, pero eso seguía sin explicar muchas cosas. Quería hacerle más preguntas respecto a los muertos y la música, pero no era importante.

—¿Es cierto entonces lo que me han dicho sobre ti?

Emma se acercó a él sin miedo, aún sentada en el banco. Él le sonrió como si aquella dinámica que había entre ellos, aquel tira y afloja, fuera mejor que un libro.

—Depende —dijo él—. Se dicen muchas cosas sobre mí.

Emma elevó una ceja y habló alto y claro.

—Dicen que Cáleim te creó: que no eres simplemente su hijo adoptivo o su segundo al mando —Emma dudó al continuar—. Que eres suyo porque él sólo te dio la vida.

A Keir se le borró la sonrisa por un momento, pero no tardó en recuperarla.

Él también se inclinó un poco hacia Emma, pero eso no la hizo retroceder. Sus cuerpos estaban muy cerca, como si él deseara contarle un secreto, pero habló claramente cuando le respondió, como si no le importara que alguien los escuchara hablar.

—Dicen lo que es cierto, entonces: Cáleim realizó un hechizo de magia negra hace diez años, en su casa de la Isla Conquistada, en la costa de Fälet, y fui yo lo que obtuvo a cambio de ello.

—¿Cómo?

—Resucitando a un muerto.

Emma tendría que haber temblado, retrocedido, huido, pero no lo hizo.

—¿Es tu nombre entonces Keir?

—¿Por qué no lo iba a ser? —Se frotó el brazo—. No sé cómo se llamaba el anterior dueño de mi cuerpo, ni lo sabré nunca. Keir es como Cáleim me bautizó, y ese es mi nombre desde entonces.

Emma asintió y miró al suelo durante un segundo.

—¿Le consideras tu padre? ¿Eres completamente leal a él?

Lo miró de arriba abajo, sin poder aún creerse que él fuera el hijo (aunque no fuera uno biológico) de su enemigo.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Le sonrió divertido, y por alguna razón, Emma dudó al responder.

—Si la respuesta fuera que no —le prometió a la fuerza, y bajó la voz por si alguien estaba escuchando su mentira—: entonces ya no tendrías que

llamarte a ti mismo *mi hombre muerto*.

La respuesta que le dio ella pareció sorprenderle, pero después, rio. Una risa pura, juvenil y seductora. Emma nunca había escuchado sonido así en su vida.

—Te alegrará entonces saber que no obedezco mucho a Cáleim. — Entonces su sonrisa se borró—. Discrepamos en un montón de cosas.

Emma se acercó más a él sin vergüenza aparente, pero el corazón volvía a latirle desbocado como minutos antes: y no le gustaba aquello. No le tocó, no alargó la mano para consolarle, pero algo que no estaba dentro de su plan nació en su pecho: la compasión y la empatía. Entendía cómo Keir se sentía: obligado a ser un símbolo, a cumplir con un papel que él no había decidido tener. Haber crecido demasiado rápido. No saber quién es uno mismo. Emma conocía muy bien aquellos sentimientos.

—¿Es esa la razón por la que me ayudas? ¿Por la que le desobedeces? ¿Por la que me prometiste esa noche que me ayudarías a sobrevivir a él?

Él se frotó las manos, y toda su confianza pareció desaparecer de un plumazo. Miró al suelo y después sus ojos de color musgo se encontraron con los marrones de Emma una vez más.

—Te ayudo porque en parte sé que tienes razón —susurró—. Sé que he nacido en el lado erróneo de esta guerra.

» Puede ser que para ti sea un villano, y no espero que cambies de idea tras esto, pero la verdad es que se nos acaba el tiempo para idear algo: he hecho cosas en el pasado de las cuales no estoy orgulloso, he sido testigo de decisiones imperdonables. Pero, Emma, pensar que millones morirán en esta guerra cuando yo podría haberlo impedido...

Ella juntó las manos sobre el regazo y asintió.

—Estás arrepentido.

Él negó con la cabeza y la miró con intensidad.

—Si dejo que tú mueras eso significa que dejo que todos tus reinos aliados mueran también: y no sé si seré capaz de vivir con eso.

Emma se levantó del banco de sopetón, y no sabía si era porque aún tenía las emociones a flor de piel, pero el plan se fue por la borda.

—¿Y por qué no has hecho algo antes? —le preguntó, nerviosa y con recargado odio en la voz. No creía que aparentar que podrían ser amigos fuera a funcionar—. ¡Has tenido mucho tiempo para detenerle!

Aunque tuviera aún buenas intenciones, Emma le seguía odiando. Aunque la ayudara, aunque le hubiera salvado la vida, eso no quitaba que había dejado

que aquello llegara hasta allí. Si él hubiera hecho algo antes, Emma no estaría allí, luchando en una guerra que no era la suya, y sus padres no estarían encerrados en algún lugar del calabozo.

Él se levantó casi tan rápido como ella y la agarró de un brazo. Esta vez, nada le pasó al Poder, aún estaba danzando libremente alrededor de Emma, pero ella no lo utilizó contra Keir.

Ahora, mirándola con poca paciencia, con ansiedad acumulada y con el ceño fruncido, ya no parecía un príncipe, sino un chico cansado de aparentar, tal y como ella.

—Escúchame, loba. No me importa si no te gusta —le aseguró, y su voz era más dura que nunca, como si de verdad le diera igual lo que ella pensara sobre él—. No me importa si quieres ser mi amiga o no: lo que quiero es que escapes de aquí con vida y ganéis esta guerra para que yo pueda vivir sin volverme loco.

Ahí estaban sus verdaderas razones para ayudarla. Sin más, le soltó el brazo con violencia para recalcar lo que acaba de decir. Emma se quedó sin palabras, pero no le importó demasiado. Si Keir estaba siendo sincero, entonces aquello significaba que podría sobrevivir sin tener que ser su amiga. Podría vivir y no volver a verle nunca. Al ver que ella no decía nada, él añadió algo:

—No soy un buen hombre —le dijo con voz rasposa—, muchos quieren mi cabeza en bandeja: el momento en el que entiendas eso será el momento en el que podamos ser aliados.

—No pienso que seas un hombre benévolo —le aseguró ella.

Él asintió, y parecía ser fiel a su palabra, porque se intentó quitar la sangre del traje con brusquedad, como si tras sincerarse hubiera perdido toda la delicadeza que aparentemente le caracterizaba. Parecía que tras aquella conversación Emma empezaba a descubrir cómo era él en realidad.

—Perfecto entonces: ¿aún quieres ver a Clark?

—¿Es él parte de tu plan para escapar?

Keir puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, exasperado.

—No, pero pensé que así me iba a ganar tu ayuda: ha acabado resultando más fácil de lo que creía. —Jugueteeó con la empuñadura que sobresalía de la vaina—. Ya te he prometido que podías hablar con él, y yo cumplo lo que digo.

Emma se acercó a él despacio, seria.

—Así que eres un hombre peligroso, pero de palabra.

Una sonrisa escalofriante se deslizó entre sus labios. Emma se imaginó que se parecería a la de Cáleim.

—Exactamente.

Se dieron un apretón de manos y el pacto quedó sellado.



Los cuerpos médicos llevaban carretas atadas a caballos, con los heridos encima.

Nada del otro mundo. Piernas y brazos rotos, o en su defecto, amputados. Cortes, contusiones.

A Hëlen no le asustaba la sangre, pero había empezado a sospechar cuando se había dado cuenta de que Áminor no contaba con tantos conocimientos como había dicho.

Cuando se asentaron en un nuevo campamento, ya más cerca de las Colinas de Ran, ella le plantó cara y le preguntó de qué iban sus mentiras.

Al principio él aseguró que sólo le había pedido a Jack el puesto para poder pasar más tiempo con ella, pero Hëlen pudo ver en sus ojos que el elfo mentía.

—Si tanto te asquea la sangre como dices entonces no es posible que hayas hecho esto por un polvo —le dijo con pereza.

Él pareció herido por sus palabras y se puso a la defensiva.

—Tú no eres sólo un polvo para mí —le aseguró Áminor—. Yo te quiero.

Hëlen tragó saliva. Era obvio que ella no estaba enamorada de él, pero se inclinó sobre su cuerpo y le besó como si lo estuviera. Él la abrazó con cariño y ella le pasó las manos por las mejillas con cuidado.

—Entonces demuéstremelo —le pidió con pasión. Él la interrumpió intentando beber de sus labios de nuevo, pero no le dejó continuar—. Dime por qué has mentido de verdad.

—Me odiarás si lo hago.

—Yo nunca podría odiarte, Nor —le mintió.

Pareció que el simple uso del mote fue suficiente, porque tras un suspiro, él se deshizo y lo confesó todo como si fuera un crío.

—Trabajaba para Cáleim hasta hacía no mucho. —Hëlen no podía creerse lo que oía—. Pero entonces te conocí a ti. Estoy muy enamorado de ti —le dijo con prisa, y comenzó a sollozar como si aquello le doliese más que la batalla que acababan de vivir—. No he mandado nada de información —le aseguró—. ¡Es más! Le he mandado información falsa...

Hëlen le besó de nuevo para que parase de lloriquear. Sus labios sabían a

lágrimas saladas, y el corazón de la mena latía a mil por hora. Se había estado acostando con un traidor todo aquel tiempo. Se sentía sucia, pero al separarse le sonrió.

—Te creo —le volvió a mentir—. Tranquilo, amor, no pasa nada.



Los pasos de ambos resonaban por los pasillos. Emma se colocaba el vestido cada poco, harta de lo incómodo que era.

Keir caminaba a su lado serio, y a Emma comenzaba a darle algo de miedo su nueva personalidad. Parecía preocupado, estresado, y Emma creía que era porque Cáleim se acercaba.

Al menos le complacía ver que aquel chico no era tan perfecto como aparentaba.

No tardaron en llegar a la celda de Clark. Esta vez, Keir cerró la puerta tras de sí y se acercó junto a Emma a los barrotes.

La chica se arrodilló en el suelo y el hombre se encontró con ella al otro lado de la barrera.

—¿Qué te ha pasado en el cuello?

Emma no podía ver su propia garganta, pero supuso que las marcas de las manos de aquel hombre habían quedado impresas en su piel.

—He sufrido un altercado con un guardia, pero estoy bien —le aseguró ella—. ¿Cómo estás tú?

—Tan bien como se está cuando uno está encerrado.

Emma presenció cómo los dos hombres intercambiaban una mirada llena de significado.

—Me alegro de verte, Clark.

—Sí.

La chica ladeó la cabeza con confusión.

—¿Es que vosotros os reunís para tomar el té o qué? —escupió.

—Hemos tenido alguna que otra conversación antes —aclaró Keir.

Clark tomó asiento en el suelo y Keir hizo lo mismo junto a Emma. La chica se movió a un lado para alejarse más de él, pero el joven no pareció darse cuenta.

—¿Cuándo llega?

Emma volvió a mirar a ambos hombres.

—Mañana —aseguró Keir.

Emma tiró de la camisa de su aliado, que se giró para mirarla sorprendido.

—Me dijiste que él no era parte del plan.

—Él ideó el plan.

La chica cerró los ojos y respiró profundamente. Comenzaba a agobiarse. Y cuando un lobo se agobia, abre las fauces.

—Keir y yo pensamos que cuando Cáleim mandara capturarte, huiríamos los tres. Nos aseguraríamos de que llegarías a salvo a Walleyz para cumplir la profecía. El otro día... Me sorprendió verte, eso es todo.

Emma abrió los ojos.

—¿Cómo sabes de sobre la predicción?

Clark hizo un movimiento de cuello hacia el moreno enfrente de él, el cual asintió.

—Cuando huyamos —dijo Keir—, Clark vendrá con nosotros.

—Vale. —Emma asintió con la cabeza—. ¿Y cuándo y cómo será eso?

—Dentro de dos días, Cáleim llegará mañana al castillo... Es mejor que aún no sepas el cómo.

—Pensé que teníamos un trato. —Emma frunció los labios.

—Es por tu propia seguridad —intervino Clark.

La chica se frotó las manos y decidió apechugar.

—¿Cuándo liberaremos a mis padres?

Keir se pasó una mano por el tupé.

—Nunca he visto a tus padres —le aseguró entonces—: Cáleim los tiene encerrados en alguna mazmorra secreta. Mañana descubriremos dónde y se vendrán con nosotros.

Emma sintió que se le rompía el corazón, pero en vez de decir nada más, asintió. La impaciencia le consumía el alma.

Hablaron durante un rato más, y aunque a Emma le acabó resultando agradable, sentía ese nuevo dolor de nerviosismo en el estómago.

Keir la estaba acompañando de nuevo hasta su habitación cuando se detuvo en el sitio antes de abrirle la puerta.

Frunció los labios, arrugó la frente y le pidió algo:

—Cambia esa cara, ¿quieres?

—Tú no lo entiendes —gruñó Emma—. No tienes padres de verdad. Llevas vivo diez años.

—Sin embargo, mi personalidad sigue siendo la de la persona que murió en este cuerpo: y tengo empatía. —Emma lo dudaba—. Te prometo que los encontraremos y saldremos todos sanos y salvos de esta.

Capítulo 16

El castigo del traidor

A la mañana siguiente, cuando Brina entró a vestirla, Emma se dio cuenta de que la doncella estaba más pálida que de costumbre.

La ayudó a prepararse en silencio, y esta vez no se peleó contra Emma cuando ella no quiso ponerse un vestido ni maquillarse.

La Portadora eligió un pantalón vaquero negro y una camisa blanca. Se peinó y esperó sentada en la cama, mirando por uno de los ventanales hasta que Keir entró sin llamar antes a la puerta.

—Está aquí —le avisó.

Emma asintió, se levantó de la cama y miró a su aliado.

—Estoy lista.



Los oídos le retumbaban y se le nublaba la vista. Era incapaz de distinguir entre sus propios sentimientos. En su pecho había terror, histeria y rabia. Mucha rabia.

La puerta de la sala del trono aún estaba cerrada. Keir le posó una mano en el hombro izquierdo y se lo apretó, pero fue incapaz de girarse para mirarlo. Le dijo algo, pero la chica también fue incapaz de entenderlo.

Los guardias comenzaron a abrir las puertas blancas, y Keir entró primero. Emma no podía levantar la mirada de sus mocasines negros, que iban pisando la alfombra roja cada vez que uno de los guardias la obligaba a dar otro paso al frente. Roja como la sangre.

El guardia soltó su hombro y le dio una patada detrás de las rodillas para que Emma cayera sobre ellas. El pelo le cubría la cara. Creyó oír voces que gritaban, quizás la de Keir, pero lo único que podía escuchar con claridad era su corazón, latiéndole a una velocidad de vértigo.

Entonces, apretó los ojos y se forzó a mirar hacia arriba.

Pelo rojo, no se le veía el blanco de los ojos, cicatrices en la cara, piel amarilla y de tono enfermo. Sonrisa sádica. Sed de sangre. Muerte.

—Por fin nos conocemos.

Su voz era átona, desgarrada y nasal.

Emma no respondió. Se limitó a mirarle, tragándose las ganas de vomitar. Creyó sentir la mirada de Keir sobre ella, pero no podía despegar los ojos de su enemigo. Vestía totalmente de negro, menos la túnica bajera, que era blanca

y no se la había cambiado antes de ver a Emma, porque estaba empapada de sangre que no parecía ser suya.

Sujetaba un bracamarte entre ambas manos, y la punta estaba apoyada en el suelo, entre sus piernas abiertas. Lo usaba como bastón, y Emma se preguntó cómo sería matarle con aquella misma espada.

Keir tomó el turno de palabra, y Emma pudo oír en su voz la preocupación.

—Emma se ha portado muy bien en su estancia con nosotros, mi señor.

—Ah, ¿sí? —La cara llena de cicatrices se contorsionó en una mueca de burla—. Me alegra oír eso. Nos será de mucha ayuda tu colaboración, Portadora.

Estaba más bien gordo, o era muy ancho. Tenía papada y los labios se le pegaban de forma asquerosa uno al otro. La lengua bífida los lamía al hablar y se rascaba la deformada nariz cada poco. Casi parecía que quería darle arcadas a propósito.

Emma sonrió una sonrisa falsa y desagradable. Inclino la cabeza hacia la derecha y miró a Keir un momento. Él estaba tan pálido como Brina, y se preguntó cómo él podía temer a un ser tan patético y repugnante como el que tenían delante.

—¿En qué pudiera entonces yo ayudarlo?

Y se levantó. Así, sin más. Delante de los guardias, de Keir y del mismísimo Cáeim. Porque prefería morir de pie que vivir de rodillas.

En alguno de los previos instantes, el miedo y la ansiedad se habían replegado para darle libre cauce a la cólera.

Las paredes eran rojas, la alfombra era roja... rojo, eso es lo que Emma quería más que nada.

Dio un paso hacia el trono negro, sin despegar sus ojos de los negros de Cáeim, pero Keir estiró un brazo hacia ella para detenerla y ella dejó de caminar.

—Antes de nada —medió el joven—. Tengo una pregunta para ti, padre.

Emma apretó los labios ahora que ya no la miraba. Cáeim se había girado hacia Keir, y lo observaba con las cejas alzadas y con impaciencia. No como un padre mira a su hijo.

—¿Y bien?

—Nos preguntábamos —Keir retrocedió un paso y habló con voz muy queda, casi muerta—. Ya que Emma nos ayudará en nuestros propósitos... si ella pudiera ver a sus padres.

Entonces el rey rio. Pero no era una risa como la de su hijo. Era enferma,

ensordecedora, enloquecedora, y terminó con una tos igual de asquerosa.

La rabia aumentaba en el pecho de Emma, que comenzaba a ver un mar rojo frente a sus ojos.

—Hijo —intentó recuperar el aliento Cáleim—. Pero si maté a esos imbéciles hace meses.

Nadie dijo nada durante un momento. Emma dejó de ver una marea de sangre, ya no sentía nada en absoluto. Sólo percibía al Poder, que se acercaba al cuello de Cáleim, para ahogar esa garganta que había pronunciado aquellas palabras.

De repente, Keir estaba junto a Emma, y le había tocado en brazo. No se había dado cuenta del momento en el que había vuelto a caer de rodillas, pero sí veía la garganta de Cáleim, palpitando con fuerza mientras reía.

—¡Anda! —sonrió ella también—. ¿Le falta el aire?

La espada calló al suelo como si fuera una baratija. Se le volvía la cara roja, más roja. Se llevaba las manos al cuello. Los guardias acudieron a él para socorrerlo sin remedio, y otros agarraban a Emma y le sujetaban los brazos, pero ella no oponía resistencia: podía controlar el Poder a su antojo sin necesitar de mover un pelo.

Entonces, dolió. Parecido a lo que había pasado con Keir, pero esta vez no era él. Era más cruel, dolía más. El Poder se retraía, se alejaba de Emma y la dejaba indefensa. Podía oír a Cáleim toser de nuevo, pero estaba demasiado concentrada en el tormento que le invadía el cuerpo y que la llenaba entera.

Los guardias ayudaron a Cáleim a levantarse del trono, y se acercó a Emma con pasos agigantados.

Iba a morir, pero ahora ya no le importaba.

El rey alzó la mano derecha, y antes de que pudiera darle en la cara, Keir alzó la suya y le detuvo.

El rey se giró a su hijo y le dobló la cara de un bofetón que le dejó sangrando. Emma no pudo evitar jadear de asombro.

La voz del rey inundó la sala. Miró a Emma con furia, deseando matarla, pero ella sólo tenía ojos para Keir, que se había llevado un golpe por ella y ahora se sujetaba la cara con dificultad.

—¡Lo sabía! ¡A la plaza roja! ¡Ahora!



El frío de los adoquines le traspasaba los pantalones y la blusa. Ya no hacía sol y calor en la península de Fälet. Todo se había sumido en una oscuridad permanente que afectaba también a los corazones de los presentes.

También afectaba al de Emma, pero la rasca le había llegado ahí mucho antes de que los guardias la hubieran arrastrado por el pelo y por la ropa fuera de la sala del trono. La indiferencia le había llegado al corazón cuando Cáleim había confesado que sus padres ya no respiraban.

Keir no había podido saberlo, se dijo. El chico estaba ahora encadenado a un poste encima de una tarima de lo que Cáleim había llamado la plaza roja, le habían quitado la camisa. La zona de tortura estaba en otra parte del castillo que Emma no había visto nunca, pero la chica se preguntó si el Nigromante sabía que en Rusia había también una plaza como la suya. Emma sabía que el nombre de la de Cáleim hacía referencia a la sangre que se derramaba en ella.

Los guardias siguieron arrastrándola hasta encima de plataforma, cerca de Keir, tras un corto descanso. La soltaron como si fuera un peso muerto cerca del chico, que se giró a mirarla con la cara deformada en una mueca de dolor.

Emma se preguntó por qué. El dolor no había aún comenzado para él. Los ojos de Keir, verdes como el enebro, buscaron los suyos, y una sola lágrima se derramó desde el izquierdo hasta el suelo de baldosas blancas. Aquello le dio la respuesta a su pregunta: el dolor aún no había comenzado para Keir, pero ya había comenzado para Emma.

Los pasos de Cáleim resonaron en los adoquines y el pueblo vitoreó. Estaban en un circo y eran el plato principal: Cáleim había organizado un castigo público. O una ejecución.

Él caminó entre los dos jóvenes mientras la gente gritaba, pero Emma no despegó sus ojos de los de Keir. No sabía si estaba intentando luchar contra las sogas que le ataban al poste para que estuviera de rodillas o simplemente le temblaban las manos.

No habían atado a Emma, pero Cáleim había atado al Poder y aquello era casi lo mismo.

Entonces, el Nigromante hizo un gesto con la mano, la multitud guardó silencio y un verdugo subió al tablado con ellos.

Emma vio las botas pesadas que caminaban por delante de su cara con parsimonia. Las ropas negras para que no se notara la sangre. Pero lo que más le llamó la atención fue el látigo.

Negro, trenzado en cuero, de cinco puntas que se retorcían con el movimiento de muñeca.

Emma jadeó y el frío le llegó a la cabeza. Miró a Keir en pánico, pero él ya no lloraba. Le dedicaba a ella su última mirada pura, y Emma no la pudo descifrar.

“Todo va a salir bien” le dijo con los labios, sin hacer ni un solo sonido, y Emma sollozó de pena cuando el primer latigazo le rasgó la perfecta espalda.

El grito ensordecedor de Keir le rompió los tímpanos, pero él seguía mirándola. Emma frunció los labios, intentando no llorar ante la sangre que le escurría por los costados tras el segundo y el tercero, pero no pudo aguantarle la mirada de dolor, no podía seguir observando su cara llena de lágrimas, su cuerpo encorvado que se convulsionaba por el dolor.

Bajó la mirada a los adoquines blancos pero la mano de Cáleim, escondida tras un guante, le tiró del pelo hacia arriba y la obligó a mirar de nuevo.

Cuarto azote y Emma empezó a gritar. Las manos y los brazos de Keir se aferraban al poste como si se aferraran a la vida, y Emma deseó intercambiarse por él.

Todo estaba saliendo mal. La chica se dijo que los alaridos que desgarraban su garganta eran debido al plan que se desbarataba, a sus padres muertos. Se dijo que Keir no le importaba, que la sangre que salía de su espalda y que caía en las baldosas blancas no le importaba. Pero se estaba mintiendo, y lo supo cuando ella misma lloró. Todo estaba siendo demasiado, y pensaba que se iba a desmayar antes que Keir, pero no se podía permitir aquello.

Le pidió a Cáleim que se detuviese, que le diera los latigazos a ella, pero sabía que él no iba a hacer eso: le gustaba verla sufrir de aquella forma, con impotencia.

Llegó un momento, probablemente tras el décimo quinto latigazo, en el que la chica dejó de gritar y sólo se oían los vítores del pueblo, los lloros de otros, y los azotes que el verdugo le propinaba a la espalda del segundo al mando.

Keir dejó de mirarla poco después. Hasta entonces había dejado la cabeza torcida hacia la derecha, y Emma supo que cuando sus ojos se despegaron de los suyos, estaba a punto de desmayarse.

Cuando todo hubo acabado tras el latigazo número treinta, la cabeza de Keir colgaba muerta de sus hombros. Cáleim le soltó el pelo a Emma con violencia, dándole de paso un golpe en la cabeza que la aturdió más de lo que ya estaba y se fue, como muchos de los presentes en la Plaza Roja. Emma gateó a duras penas hasta su aliado, y le desató las sogas con manos temblorosas. Todas las baldosas a su alrededor estaban cubiertas de sangre, y Emma se creyó desfallecer una vez más.

El cuerpo de Keir se inclinó sobre el suyo y su cabeza se tumbó en su pecho, y la ropa de Emma acabó también llena de sangre. Tenía los ojos entrecerrados, y aunque parecía estar volviendo en sí, la chica sabía que la cordura no le iba a durar mucho.

Le frotó las muñecas, que las tenía en carne viva debido a la soga, pero no pudo mirarle la espalda. Sabía que si lo hacía ella se desmayaría también.

—Eres un gilipollas —le dijo desde el corazón.

—Gracias.

A Emma le pareció que le sonreía, pero le rodaron las pupilas hacia la parte de atrás de la cuenca de los ojos y volvió a perder la consciencia de nuevo.

Brina subió corriendo a la tarima seguida de otra mujer y dos hombres. Los dos guardias traían una tabla de madera en la que colocaron el cuerpo de Keir boca abajo, a modo de camilla.

Todos miraron a Emma expectantes, y no fue hasta que su doncella la ayudó a levantarse que la chica entendió lo que pasaba y pudo hablar.

—A mi habitación, rápido.



Los hombres tendieron a Keir sobre la cama, y su sangre manchó inmediatamente las colchas, pero a Emma no le importó. Dejó que las mujeres le limpiaran las heridas, y dio las gracias por que estuviera aún inconsciente.

Les pidió a los hombres que trajeran nieve, porque justo mientras el verdugo acaba de azotarle, los primeros copos de la primera nevada de la península caían.

Se sentó en la cama al lado de su compañero, y Brina quiso curarle un corte que tenía en la frente, pero Emma no le dio importancia (no sabía ni cómo se lo había hecho) y le pidió que fuera a conseguir un sedante.

Tras suministrárselo, Keir durmió durante el resto del día y parte de la noche. Emma le cambiaba la nieve cada poco, la cual Brina traía desde el jardín ahora blanco.

Emma se preguntó si Cáleim había afectado el tiempo y por eso el invierno había llegado tan pronto.

Aquella soledad le dio mucho tiempo para llorar y pensar, y se permitió sentirse triste por una noche debido a la muerte de sus padres.

Pensó que ya no valía la pena continuar.

Jack podría estar ya muerto, al igual que Hëlen y Lyuke, y Keir estaba allí, tumbado con la espalda cubierta de cortes profundos y rebosantes de sangre

que le decoraban la espalda de arriba abajo por su culpa.

Sus padres habían muerto, probablemente sufriendo. Akilah ya no estaba. Quizás era hora de rendirse.

Miró a Keir, que había movido un brazo levemente en sueños, y se dio cuenta de que rendirse no era una opción, porque como él mismo le había explicado, ella era la esperanza de todas aquellas personas que estaban ahora mismo luchando en aquella guerra.

Tenía que huir, llegar hasta el frente, y cuando llegara el momento, luchar contra Cáleim en igualdad de condiciones. Y ganar.

Era eso lo que le debía a sus padres, a los de Jack, a Clark, a todos los hombres que estaban ahora luchando con Jack. También se lo debía a Brina y a Keir.

Si ella se rendía ahora, si perdía las ganas de vivir, entonces estaría condenando a miles, y aunque encontrara descanso en la muerte, esa paz sería falsa, porque cargaría con todas esas almas para siempre y no se libraría nunca del peso que iban a poner sobre su tumba.



En medio de la noche, Keir la despertó. Se había quedado dormida a su lado, tras cambiarle la nieve de nuevo, y él le tocaba ahora la frente, donde tenía el corte.

Emma abrió los ojos y él retractó la mano con vergüenza, pero ella no dijo nada.

—Necesito que me ayudes —le pidió él.

—¿Quieres que te ponga más nieve encima?

Ella se incorporó en la cama, pero en la detuvo con un gesto de dolor.

—Necesito un hechizo de curación: tenemos que escapar cuanto antes.

Emma sacudió la cabeza, que le dolía.

—No sé ningún hechizo de curación: conozco al Poder, y esa no es una magia benévola.

Keir le sonrió, pero pareció una mueca de asco.

—El Poder sabrá qué hacer, está ahí para ayudarte a ti.

Él le posó la mano derecha en la muñeca, y las cadenas que rodeaban la magia de Emma se cayeron al suelo. La chica se preguntó cómo era capaz de hacer eso, pero no encontró la energía para preguntar.

El Poder flotó a su alrededor, y Emma lo guio para que acariciara las heridas de Keir, que pareció poder sentir su tacto, porque cerró los ojos con tranquilidad.

La joven observó atónita cómo los cortes se cerraban un poco, y aunque no llegaron a cicatrizar, sí que disminuyeron notablemente en tamaño. Ya no sangraban, ni parecían poder volver a abrirse, pero los párpados de Emma le comenzaron a pesar de nuevo, y la cabeza se le recostó de manera automática en la almohada.

—Duerme, lobita.



Cuando Emma despertó, estaba completamente sola en la habitación. Las mantas y las colchas aún estaban manchadas con la sangre de Keir, pero no le importó. Alguien le había dejado un bocadillo envuelto en un papel de cera, y lo devoró rápidamente como si alguien le fuese a robar la comida.

Decidió ducharse y ponerse pantalones más gruesos y un jersey, pero tras eso, enseguida se aburrió.

Era de madrugada, pero no podía dormir más. Cada vez que cerraba los ojos veía los marrones de su madre, pidiéndole ayuda, y el ensangrentado pelo castaño de su padre.

No lo podía soportar.

Keir abrió la puerta y la cerró rápidamente tras de sí, como si tuviese prisa o estuviese huyendo de algo. Emma se levantó de la cama, donde se había sentado, por instinto, y ambos se miraron en silencio por un momento.

—Parecías muy afligida mientras me castigaban —se burló él sin más.

—Me acababa de enterar de que mis padres han muerto —ella apretó la mandíbula—. Una vez que salgamos de aquí me da igual si Cáeim te ahoga o te pasa por la guillotina.

Por alguna razón, aquello le hizo sonreír. Se había aseado, y llevaba puesto un abrigo gordo de invierno, pantalones gruesos y botas.

—Gracias por ayudarme con mi espalda.

—¿Cómo está?

—Mejor, Brina me la ha vendado: listo para irnos.

Emma tembló.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—No nos podemos quedar más, es demasiado peligroso. —Keir avanzó hasta ella—. Cáeim sabe que hay algo entre nosotros: de ahí la razón del castigo.

Emma se ruborizó.

—No hay nada entre nosotros —aseguró.

Keir puso los ojos en blanco y le dio una mueca de asco.

—Mira que eres estúpida —la insultó—: hay un plan entre nosotros, ¿verdad?

Emma asintió y miró a otro lado, pero Keir avanzó hacia su armario y empezó a rebuscar entre la ropa. La chica no le detuvo; ni siquiera era su ropa después de todo.

Él le lanzó un abrigo tan gordo y largo como el suyo y le indicó con la cabeza que se lo pusiera. Se sentó en una de las sillas, como si necesitase descansar debido a las heridas.

—¿Nos vamos ya? ¿Ahora mismo? —Se acercó a él con el ceño fruncido mientras se ponía la chaqueta—. No sé si estás en condiciones.

Él volvió a poner los ojos en blanco, como hacía cada vez que Emma le daba demasiadas vueltas a las cosas. Ella acababa con su paciencia.

—Dime, lobita —le dijo mirándola a los ojos con desasosiego—: ¿quieres acabar con la persona que ha hecho de tu mundo un infierno? Porque yo sí.

Emma asintió y los dos partieron por el pasillo. Él iba armado, con su espada bajo la chaqueta, pero Emma no sabía qué había sido de su arco y tampoco preguntó.

Keir tenía prisa en salir al exterior, y contaba con guardias que cubrían a los dos fugitivos. Brina y la otra doncella, junto a más hombres y mujeres, se encontraron con ellos en el exterior del castillo.

Los guardias habían abierto las puertas para ellos con prisa, como si ya supiesen sobre el plan. Muchos salieron corriendo una vez fuera, hacia Emma no sabía dónde, pero sólo se fijó en que le había perdido la pista a Brina y no se iba a poder despedir de ella.

Keir la arrastró hasta detrás de unos árboles, dentro de lo que parecía el comienzo de un bosque, y Emma pudo observar desde allí parte de la fortaleza. Los ladrillos marrones soportaban ventanales y tejados rojos que rozaban el negro de la noche, y todo ello estaba encerrado entre los muros altísimos que ellos dos acababan de traspasar.

—¿Cómo puede ser que haya sido tan fácil?

—El plan ya estaba hecho —le explicó Keir—, pero es muy probable que Cáeim ya se haya dado cuenta de nuestro movimiento.

—¿Y qué hacemos?

No podían caminar de vuelta a Walleyz. La nieve era espesa y el frío traspasaba el abrigo de Emma. Caminar o ir a caballo sería un suicidio, pero tampoco se le ocurría nada más.

—Esperar.

Clark llegó junto a ellos no mucho después. Los saludó a ambos y le pasó a Emma su carcaj y su arco, y no preguntó de dónde lo había sacado.

Los dos hombres miraban el cielo con impaciencia, y Emma se dispuso a hacerlo también.

Justo cuando comenzaba a desesperarse, vio en el cielo algo que se movía. Era un dragón, de tamaño más bien pequeño, cuya silueta se reflejaba gracias a la luz de las Lunas y de las estrellas. Aquel ya no era un acontecimiento extraño: Fälet tenía la mayor población de dragones en toda Onteira.

Sin embargo, la mágica criatura volaba cada vez más bajo, y Emma se tuvo que llevar las manos a la boca cuando el dragón escupió todo su fuego, varias veces, contra la zona norte del palacio.

A pesar de la impresión del momento, Keir y Clark saltaron en vítores, y la chica se dio cuenta de que aquel era su plan.

Keir tiró de su brazo hasta más allá de la arboleda.

—Eso nos dará suficiente tiempo.

Los tres esperaron en silencio hasta que la criatura aterrizó ante ellos.

Emma retrocedió ante el aspecto de sus oscuras escamas y el fuego que encerraban sus ojos rojos.

Keir acarició la cabeza y los dos cuernos del espécimen, que cerró sus dobles párpados ante el tacto y revoloteó sus alas membranosas de felicidad. Las garras se agarraron al suelo con impaciencia, y la larga cola viraba en el sentido del aire, haciendo sombras con las lunas.

—Emma, esta es Ferhia —Keir le dijo, refiriéndose a su nombre como la palabra obleica para “llama”—. Ella nos llevará a Walleyz. ¿Estás preparada?

Emma miró a Clark en pánico, pero él parecía ensimismado con las escamas del animal, que era más alto que ellos tres juntos, así que no le quedó más remedio que asentir.

Esperaba no perder el arco o el carcaj, que Keir le había atado a la espalda con una cuerda que había traído Clark.

Su aliado la ayudó a subirse tras él a los lomos de la criatura, la cual no se movió durante el proceso. Aún muy nerviosa, Emma le tendió una mano a Clark, pero él negó con la cabeza.

—Yo haré un hechizo de teletransportación.

Emma se negó.

—Pero Cáleim lo detectará —le dijo.

—Adonde vamos se está usando mucha magia ahora mismo —replicó él—. Yo me puedo arriesgar, pero tú no, Emma.

La chica miró los ojos azules del hombre durante un momento y acabó asintiendo a duras penas.

La chica se agarró a Keir con un aullido de asombro cuando Ferhia alzó las alas y las batió para tomar impulso y despegarse del suelo.

La chica vio cómo la figura de Clark, a la que ahora acompañaba un león blanco, su tripulante, se iba haciendo más y más pequeña; hasta que desapareció completamente y Emma supuso que se había ido para reunirse con su sobrino.

Tuvo que cerrar entonces los ojos y apegarse más al tronco de Keir. Las escamas del dragón se clavaban en los muslos, el pelo le volaba alrededor de la cabeza debido al viento y cada vez que subían más arriba ella sentía más frío.

Y, allí, más arriba que nunca, Emma se preguntó si iba directa, una vez más, a las fauces de la muerte.

Epílogo

La muerte y la guerra

A Emma le pareció que sólo habían volado durante algunas horas. Horas largas, y frías, pero, al fin y al cabo, tan solo unas horas.

Las lunas parecían haber estado muy cerca durante su silencioso viaje, y estuvo, según ella, a punto de tocarlas varias veces.

Se preguntó si sus padres la estarían viendo desde las estrellas, si estarían vigilándola y cuidando de ella para que no se cayese de los lomos de Ferhia. Keir parecía tener el mismo objetivo, porque la había sujetado fuerte, poniendo su mano sobre las suyas y apretando los brazos de la chica contra su pecho de vez en cuando.

Después de acostumbrarse a los lomos de la dragona, cuyas escamas se le seguían clavando a través del ropaje, había dejado de pensar y se había sumergido en los recuerdos. Le hubiese gustado poder haber abrazado una última vez a su padre o poder haber besado la frente de su madre antes de que muriera. Cuando los Soles comenzaron a aparecer por el este, su calor acarició el cuerpo de Emma que sonrió con nostalgia.

El terror la volvió a invadir cuando el amanecer continuó iluminando la tierra bajo sus pies y ella pudo divisar colinas. Colinas que guardaban una guerra en su interior.

Emma veía a los dos bandos, luchando. Aunque parecían hormigas desde allí arriba y no había mucho que ella pudiese ver en realidad, por la distancia y por el viento que le empujaba el cuerpo y el pelo, se le escapó un sollozo de pánico y pena.

Keir le estaba diciendo algo a gritos, como si fuese el mejor momento para diseñar un plan, pero era evidente que Emma no podía oírle. Sólo se concentró en deshacerse la atadura del carcaj cuando Keir descendió el dragón a tierra, en medio de la matanza, aplastando a inocentes y a asesinos.

Tuvo que saltar de la dragona en seguida, después de Keir, porque el bando enemigo la reconoció de inmediato y algunos soldados se volvieron para atacarla. A pesar de sus heridas, el chico sabía defenderse, y con la ayuda del dragón, le abrían paso a Emma entre la batalla. No sabía a dónde se dirigía, pero ella misma invocó al Poder, que mataba a diestro y siniestro con golpes de muñeca: era obvio que no podía disparar su arco a tan poca distancia de los hombres a los que debía asesinar.

Vio cómo degollaban a un soldado. Cómo le cortaban la pierna a otro. Pero agradeció tener a Keir a su lado, no cuando paró una estocada que se dirigía a su cabeza, sino cuando ella pudo por fin divisar a Jack a sólo unos metros de distancia.

Se quedó congelada en el sitio, como si se le hubiera olvidado que la gente estaba muriendo a su alrededor, y a Jack pareció pasarle lo mismo por un momento. Sus ojos se reencontraron, hielo y café fundiéndose en un abrazo, y Keir la protegió como bien pudo con la ayuda de la dragona, y Emma avanzó hacia a su amigo, que se abría también paso a estocada limpia.

Le había crecido el pelo y la barba. Parecía tan aterrado como ella, pero estaba más alto y parecía mucho más mayor. Llevaba la armadura más brillante que Emma hubiese visto nunca, y su espada reflejaba la luz de los dos soles como si de verdad estuviera luchando contra la oscuridad.

La Portadora gritó su nombre, ahora que él podía probablemente oírla, pero justo cuando se iban a encontrar por fin, después de tanto tiempo, cuando uno estaba a segundos de abrazar al otro, la muerte llamó a la puerta de Emma Calmcacil una vez más.

*Dos elegidos que retornan.
Un reino que resurge.
Un poder que se alza.*

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

Agradecimientos y

otras menciones

He aprendido muchísimas cosas en el viaje que ha sido este nuevo libro. Cosas sobre el proceso, sobre la literatura, sobre mis personajes, pero, sobre todo, sobre mí.

Por eso me alegra muchísimo poder por fin traeros la segunda parte de esta saga.

Es probablemente mi trabajo más personal (al menos que haya visto la luz) hasta la fecha, y espero que me podáis encontrar escondida entre las páginas de este libro.

Algunos de los capítulos fueron escritos al otro lado del Atlántico. Muchos lo fueron durante momentos duros, y es ahí donde mucha gente que me quiere ha aparecido para formar parte de este proyecto.

Aunque podría agradecer durante horas, he decidido ser concisa.

Mi madre y mi padre se llevan, más que de sobra, la medalla. Sois los mejores padres del mundo. Me habéis dejado seguir mis sueños alocados en más de una ocasión. Me habéis dejado aprender y equivocarme por mí sola, y eso es de agradecer. Habéis estado para mí durante los momentos buenos y los momentos malos, y me continuáis apoyando en cada idea de lunática que tengo.

En ese cajón cae Miriam también. Gracias a ti ha nacido Keir, un personaje clave en esta historia que volverá en el próximo libro. Me ayudaste a crearlo y escuchaste mis ideas absurdas y elegiste la que tenía más sentido. ¡Muchas gracias por tu paciencia! No sé cómo habría escrito esa parte central del libro sin tus honestas opiniones.

También les debo agradecer a mis abuelos, que, como mis padres, me siguen apoyando en todo lo que hago. Sois muy importantes para mí y espero que podáis leer más de mis creaciones pronto.

Por último, pero no por ello menos importante, he de agradecer su tiempo a todos los lectores de este libro y de esta saga. Que te estés tomando tu tiempo para sumergirte en este pequeño mundo lo es todo para mí.

Nunca pensé que compartiría lo que hago de esta forma tan pública, pero ha sido un viaje que me está preparando para lo que viene.

Emma, Jack, el resto de los personajes, y yo misma, te damos la bienvenida a Oteira. Espero que te quedes para leer el final de esta obra en *Alzar*.

Y, recuerda: si este libro ha llegado a tus manos. Entonces, **eres uno de nosotros.**